

AUTORA BEST SELLER #1 DEL NEW YORK TIMES

VICTORIA SCHWAB



LOS

Segundo libro de
Las crónicas de Cassidy Blake

TÚNELES DE HUESOS

LOS TÚNELES DE HUESOS

VICTORIA SCHWAB

LOS TÚNELES DE HUESOS

Traducción de Silvina Poch



Argentina – Chile – Colombia – España
Estados Unidos – México – Perú – Uruguay

Título original: *Tunnel of Bones*

Editor original: Scholastic Press, un sello de Scholastic Inc.

Traducción: Silvina Poch

1.ª edición: octubre 2019

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Text copyright © 2019 by Victoria Schwab

Map copyright © 2019 by Maxime Plasse

Publicado en virtud de un acuerdo con BAROR INTERNATIONAL, INC.,
Armonk, New York, U.S.A.

All Rights Reserved

© de la traducción 2019 by Silvina Poch

© 2019 by Ediciones Urano, S.A.U.

Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid

www.mundopuck.com

ISBN: 978-84-17780-25-8

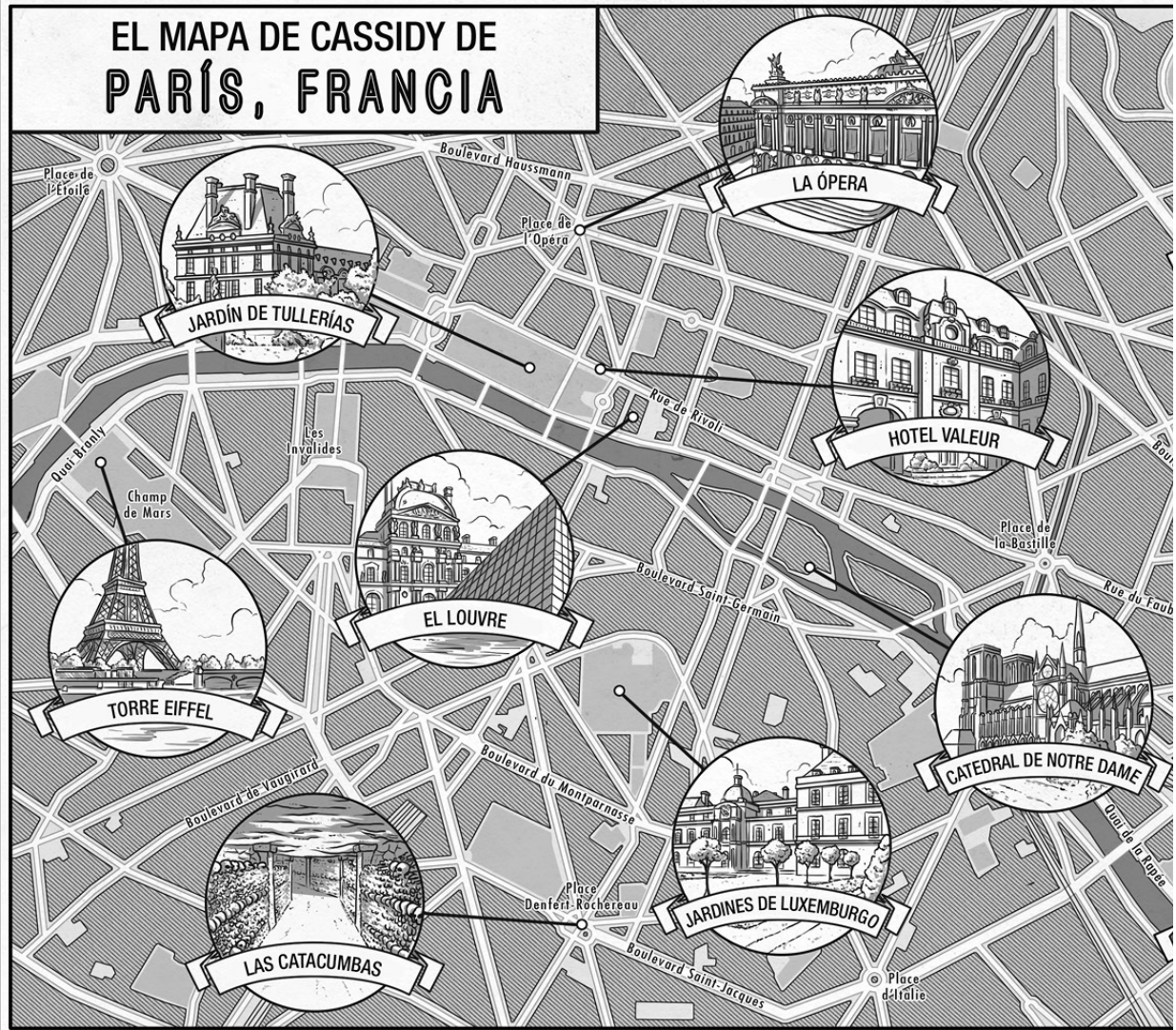
Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

A mi familia, a veces lejos, pero siempre cerca de mi corazón.

«El pasado es un fantasma muy perseverante, que nos atormenta
cada vez que puede».

LAURA MILLER

EL MAPA DE CASSIDY DE PARÍS, FRANCIA



PARTE UNO
LA CIUDAD DE LA LUZ

Capítulo uno

El tren se desliza por debajo de la ciudad con su traqueteo habitual.

Las sombras pasan deprisa por las ventanillas, poco más que manchas en movimiento, negro sobre negro. Puedo sentir el ir y venir del Velo, los golpes persistentes de los fantasmas a ambos lados.

—Bueno, ese sí que es un pensamiento agradable —comenta Jacob, mi mejor amigo, metiendo las manos en los bolsillos.

—Pareces un gatito asustado —repongo con un susurro, como si yo no estuviera también aterrada ante la presencia de tantos espíritus.

Hablando de gatos, Grim me mira enfurruñado desde el transportín, que se encuentra sobre mi falda, sus ojos verdes prometen vengarse por su actual encarcelamiento. Mis padres están sentados frente a nosotros con su equipaje. Encima de sus cabezas, hay un mapa del metro que parece una maraña de líneas de colores, más similar a un acertijo o a un laberinto. Una vez fui a Nueva York con mis padres, viajamos en metro todos los días y nunca logré entender esa locura.

Y eso que estaba en mi propio idioma.

Jacob se apoya contra la pared a mi lado y yo miro otra vez por la ventanilla. Examino mi imagen reflejada en el cristal —pelo marrón y desordenado, ojos marrones, cara redonda y la vieja cámara de fotos alrededor del cuello—, pero el espacio que está junto a mí, donde debería estar Jacob, se encuentra vacío.

Supongo que debo dar una explicación: Jacob es, como a él le gusta denominarse, alguien «con capacidades diferentes». Básicamente, un fantasma. Nadie puede verlo salvo yo. (Y una chica a la que conocimos hace poco llamada Lara, pero eso es solo porque ella es como yo, o yo soy como ella, alguien que cruzó el límite entre los vivos y los muertos, y logró regresar). ¿Si resulta extraño esto de tener un mejor amigo muerto? Bueno, sí, lo es, pero no es ni de lejos lo más extraño que existe en mi vida.

Me llamo Cassidy Blake y, hace un año, estuve a punto de ahogarme. Jacob me salvó la vida y, desde entonces, puedo entrar en el Velo, un lugar plagado de espíritus de aquellos muertos que no encuentran paz. Mi trabajo es liberarlos.

—Tu trabajo según *Lara* —señala Jacob con el ceño fruncido.

He olvidado mencionar que Jacob puede leer mi mente. Al parecer, eso es lo que sucede cuando un fantasma logra hacer regresar a un humano que estaba al filo de la muerte: quedamos un poco entrelazados. Y como si no fuera suficientemente extraño que me siga un chico muerto con poderes telepáticos, la única razón por la cual estamos en este tren es porque mis padres están grabando un programa de televisión sobre las ciudades más embrujadas del mundo.

¿Veis?

El hecho de que Jacob sea un fantasma está comenzando a parecer algo normal.

—*Paranormal* —corrige con una sonrisa torcida.

Pongo los ojos en blanco mientras el tren empieza a disminuir la velocidad y una voz del intercomunicador anuncia la estación.

«Concordia».

—Es la nuestra —indica mi madre levantándose de un salto.

El metro se detiene, descendemos y nos abrimos paso a través de la multitud. Me siento aliviada cuando mi padre sujeta el transportín de Grim (este gato es más pesado de lo que parece) y subimos las escaleras arrastrando las maletas y a nosotros mismos.

Cuando llegamos a la calle, me detengo y me quedo sin aliento, no por el ascenso sino por la vista que tengo frente a mí. Estamos en el borde de una plaza *inmensa*. En realidad, se trata de un círculo rodeado de edificios de piedra clara, que reflejan la última luz del atardecer. Molduras doradas

brillan en todas las superficies, desde los pasamanos de la acera hasta los postes del alumbrado, desde las fuentes hasta los balcones y, a lo lejos, se eleva la torre Eiffel como una lanza de acero.

Mi madre extiende los brazos como si pudiera abarcar toda la ciudad en un gigantesco abrazo.

—Bienvenidos a París.

Uno podría pensar que todas las ciudades son iguales.

Pero sería un error. Venimos de Edimburgo, Escocia, un enclave de piedras pesadas y calles angostas, el tipo de lugar que siempre parece estar cubierto de sombras.

Pero ¿París?

París es elegante, inagotable y deslumbrante.

Ahora que estamos al nivel de la calle, los golpes persistentes de los fantasmas se han apagado y el Velo es solo un roce ligero contra mi piel, poco más que un destello grisáceo en el borde de mi vista. Tal vez París no esté tan embrujada como Edimburgo. Tal vez...

Pero no estaríamos *aquí* si eso fuera verdad.

Mis padres no están interesados en los cuentos de hadas.

Están interesados en las historias de fantasmas.

—Por aquí —indica mi padre, y echamos a andar por una ancha avenida llamada Rue de Rivoli, una calle con tiendas elegantes a un lado y árboles del otro.

La gente camina animadamente con trajes *chic* y tacones altos. Hay dos adolescentes apoyados contra una pared: un cigarrillo cuelga de los labios del chico y la joven lleva una blusa de seda con un lazo en el cuello, como salida directamente de una tienda de moda. Pasamos junto a otra joven con bailarinas con brillos y un chico con una camiseta polo rayada paseando a un caniche. Aquí, hasta los *perros* están perfectamente peinados y

acicalados.

Echo una mirada a mi aspecto y, de repente, me siento muy mal vestida con mi camiseta violeta, mis pantalones elásticos de color gris y mi calzado deportivo.

Jacob siempre está igual: el pelo rubio alborotado, la camiseta de superhéroe arrugada, los vaqueros oscuros y gastados en las rodillas y el calzado tan arañado que no puedo adivinar de qué color solía ser.

—Así soy yo —comenta mi amigo encogiéndose de hombros con evidente indiferencia.

Pero es fácil no preocuparse por lo que piensan los demás cuando nadie puede *verte*.

Levanto la cámara y miro las aceras de París a través del visor resquebrajado. Es una vieja máquina manual, cargada con rollo blanco y negro. Ya era vieja antes de que las dos nos zambulléramos en un río helado cerca de mi casa, al norte del estado de Nueva York. Y luego, en Escocia, se golpeó contra una lápida y el lente se hizo añicos. En una tienda de fotografía, una joven muy simpática me dio un repuesto, pero el lente nuevo tiene un remolino, como si fuera la huella de un dedo pulgar, en medio del cristal; una imperfección más para agregar a la larga lista.

Pero lo que convierte a la cámara en algo muy especial es cómo funciona *más allá* del Velo: captura una parte de lo que hay del otro lado. No ve tan bien como yo, pero no cabe duda de que ve más de lo que debería. Una sombra del mundo de las sombras.

Estoy bajando la cámara cuando suena mi teléfono.

Es un mensaje de Lara.

Lara Chowdhury y yo nos cruzamos en Edimburgo. Tenemos la misma edad, pero se puede afirmar con total certeza que ella está años por delante en lo que a cacería de fantasmas se refiere. También es de mucha ayuda para

ella pasar todos los veranos con el espíritu de su tío muerto, que resulta — resultaba— ser un experto en todo lo relacionado con cuestiones sobrenaturales. Él no era un Intermedio (así es como Lara llama a las personas como nosotras), solo un hombre con una vasta biblioteca y un macabro pasatiempo.

Lara: ¿Ya te has metido en algún problema?

Cass: Defíneme problema.

Lara: Cassidy Blake.

Casi puedo escuchar la irritación en su elegante acento inglés.

Cass: Acabo de llegar.

Cass: Confía un poco en mí.

Lara: Eso no es una respuesta.

Giro el teléfono, esbozo una sonrisa boba y me tomo una foto levantando los pulgares contra la calle atestada de gente. Jacob está dentro del plano, pero obviamente no aparece en la foto.

Cass: Jacob y yo te mandamos saludos.

—Tú le mandas saludos —refunfuña mi amigo leyendo por encima de mi hombro—. Yo no tengo nada que *mandarle*.

En cuanto Jacob hace el comentario, Lara envía una rápida respuesta.

Lara: Dile al fantasma que se mueva.

—Ah, ya hemos llegado —exclama mi madre, señalando el hotel que está justo frente a nosotros. Guardo el teléfono en el bolsillo y alzo la vista.

La entrada es muy ornamentada: cristal biselado, una alfombra en la acera y una marquesina anunciando el nombre: HOTEL VALEUR. Un hombre vestido de traje sostiene la puerta mientras entramos.

Algunos lugares anuncian a los gritos que están embrujados... este no es uno de ellos.

Atravesamos un vestíbulo muy grande y refinado, todo dorado y de

mármol. Hay columnas, ramos de flores y un carrito plateado para las bebidas, lleno de tazas de porcelana. Parece una elegante tienda con distintos departamentos. Permanecemos ahí, de pie, un padre, una madre, una chica, un gato y un fantasma, todos completamente fuera de lugar.

—*Bienvenue* —nos saluda la mujer de la recepción mientras sus ojos alternan entre nosotros, nuestro equipaje y el gato negro en el transportín.

—Hola —exclama mi madre alegremente y la recepcionista cambia a nuestro idioma.

—Bienvenidos al Hotel Valeur. ¿Ya habéis estado antes aquí?

—No —responde mi padre—. Es nuestro primer viaje a París.

—¿Sí? —La mujer arquea una ceja oscura—. ¿Qué os trae a nuestra ciudad?

—Es un viaje de negocios —explica mi padre al mismo tiempo que mi madre contesta:

—Estamos grabando un programa de televisión.

La recepcionista cambia de actitud y sus labios se tuercen con desagrado.

—Ah, sí —comenta— vosotros debéis ser... *los buscadores de fantasmas*. —Por la forma en que lo dice me sube el calor a las mejillas y el estómago me da un vuelco.

—Veo que tenemos una escéptica ante nosotros —señala Jacob a mi lado mientras chasquea los nudillos.

Hace un mes, ni siquiera podía empañar una ventana. Ahora está echando un vistazo en busca de algo que romper y su atención se posa en el carro de las bebidas. Le lanzo una mirada de advertencia mientras articulo con la boca la palabra *no*.

La voz de Lara resuena dentro de mi cabeza.

El Intermedio no es lugar para fantasmas y, desde luego, este lado tampoco lo es.

Cuanto más tiempo se quede, más fuerte se volverá.

—Somos investigadores paranormales —corrige mi madre.

La recepcionista arruga la nariz.

—Dudo que encontréis aquí algo semejante —acota, las uñas impecablemente pintadas repiqueteando en el teclado—. París es un lugar de arte, cultura e historia.

—Bueno —comienza a decir mi padre—. Yo soy historiador y...

Pero mi madre le pone una mano en el hombro como diciendo: «No vale la pena».

Justo cuando la mujer nos entrega las llaves, Jacob logra finalmente empujar el carro de las bebidas y una taza de porcelana resbala hacia el borde. Estiro la mano y sujeto la taza antes de que caiga.

—Fantasma malo —susurro.

—No hay diversión —masculla Jacob mientras subimos detrás de mis padres.



En Escocia, la gente habla de fantasmas de la misma forma en que uno podría hablar de una joven rara o de un chico extraño de su barrio. Algo fuera de lugar, seguramente, pero indiscutiblemente *presente*. Edimburgo estaba embrujada de los pies a la cabeza, desde sus castillos hasta sus cavernas. Hasta Lane's End, esa pequeña y adorable pensión en la que nos hospedamos, tenía un huésped fantasma.

Pero aquí, en el Hotel Valeur, no hay rincones oscuros ni sonidos amenazantes.

La puerta de nuestra habitación ni siquiera cruje al abrirse.

Estamos en una suite, con un dormitorio a cada lado y una elegante sala en el medio. Todo es fresco, limpio y nuevo.

—Es como si quisieras que este lugar estuviera embrujado —señala Jacob horrorizado.

—No —respondo abruptamente—. Pero me parece... raro que no lo esté.

Mi padre debe haberme escuchado porque pregunta:

—¿Qué piensa *Jacob* de nuestro nuevo alojamiento?

Pongo los ojos en blanco.

Suele resultar muy útil tener un fantasma de mejor amigo. Puede venir al cine conmigo, no tengo que compartir los dulces y nunca me siento sola. Por supuesto que, cuando tu mejor amigo no está regido por las leyes de la *corporalidad*, tienes que establecer una serie de reglas claras. No asustar de manera intencional. No atravesar las puertas de baños y dormitorios que estén cerradas. No desaparecer en mitad de una pelea.

Pero tiene sus desventajas. Siempre es incómodo que te vean «hablando contigo misma». Pero hasta eso no es tan incómodo como que mi padre piense que Jacob es mi amigo imaginario: una especie de mecanismo de defensa preadolescente.

—Jacob está preocupado porque piensa que es el único fantasma del hotel.

—Deja de poner palabras en mi boca —indica Jacob.

Libero a Grim, que sube de inmediato al sofá anunciando su disgusto. Estoy casi segura de que nos está maldiciendo por su reciente confinamiento, pero tal vez solo tiene hambre.

Mi madre vierte un poco de alimento en un plato para Grim, mi padre comienza a deshacer las maletas y yo dejo mis cosas en el más pequeño de los dos dormitorios. Cuando vuelvo, mi madre ha abierto una de las ventanas de par en par y está apoyada sobre la baranda de hierro respirando profundamente.

—Qué noche más bonita —comenta atrayéndome junto a ella. El sol ya

se ha puesto y el cielo es un borrón rosado, púrpura y anaranjado. París se extiende en todas direcciones. Abajo, la Rue de Rivoli continúa atestada de gente y, desde esta altura, puedo ver una vasta extensión de verde más allá de los árboles.

—Eso —explica mi madre— es las Tuileries. Es un *jardín*, el Jardín de las Tullerías.

Después del jardín hay un gran río y mi madre me cuenta que se llama Sena y, más allá, una pared de edificios de piedra clara, todos majestuosos, todos bonitos. Pero cuanto más observo París, más me extraño.

—Oye, mamá —pregunto—. ¿Por qué estamos aquí? La ciudad no parece muy embrujada.

—No te dejes engañar por las apariencias —exclama con una sonrisa radiante—. París está *rebosante* de historias de fantasmas. —Señala el jardín—. Las Tullerías, por ejemplo, y la leyenda de Jean el Desollador.

—No preguntes —advierte Jacob, pero no puedo evitar caer en la tentación de hacerlo.

—¿Quién era?

—Bueno —comienza mi madre con su típico tono coloquial—, hace unos quinientos años, existía una reina llamada Catalina, que tenía un secuaz llamado Jean el Desollador.

—Esta historia —señala Jacob— no me cabe duda de que terminará bien.

—Jean se dedicaba a liquidar a los enemigos de Catalina. Pero el problema fue que, con el transcurso del tiempo, él llegó a conocer muchos de los secretos de la reina. Y, por lo tanto, para mantener los asuntos reales en secreto, ella también ordenó que lo mataran. Fue asesinado ahí mismo, en las Tullerías, pero, al día siguiente, cuando fueron a recoger el cadáver, había desaparecido. —Mi madre separa los dedos como si estuviera haciendo un truco de magia—. Su cuerpo nunca se encontró y desde

entonces, durante toda la historia, Jean se les apareció a reyes y reinas, un presagio de la ruina para los monarcas de Francia.

Y, acto seguido, mi madre regresa a la habitación.

Mi padre está sentado en el sofá, el archivo del programa abierto sobre la mesa de café. En un despliegue de comportamiento *casi* gatuno, Grim se dirige a la mesa y se rasca los bigotes contra la esquina de una carpeta.

La etiqueta impresa sobre ella dice: LOS INSPECTROS.

Los Inspectros era el título del libro de mis padres cuando era solamente papel y tinta y no un programa de televisión. Lo irónico de la situación es que, cuando decidieron *escribir* sobre los fenómenos paranormales, *yo* aún no tenía ningún tipo de experiencia de primera mano. No había chocado mi bicicleta en un puente, no me había caído a un río helado, no me había (casi) ahogado, no había conocido a Jacob, no había adquirido la habilidad para cruzar el Velo y no me había enterado de que era una cazadora de fantasmas.

Jacob se aclara la garganta, claramente incómodo con el término.

—¿Salvadora... de fantasmas? —pregunto clavando la mirada en él.

—Espantosamente petulante —afirma arqueando una ceja.

¿Rescatadora?

—No soy un perrito abandonado —contesta, el ceño fruncido.

¿Especialista?

—Mmm, mejor, pero carece de estilo —responde después de considerarlo unos segundos.

De todos modos, pienso intencionadamente, mis padres no tenían la menor idea. Siguen sin tenerla, pero ahora, gracias a su programa, conozco lugares nuevos y personas nuevas... tanto vivas como muertas.

Mi madre abre la carpeta y pasa a la segunda etiqueta, que reza:

LOS INSPECTROS

EPISODIO DOS

LOCALIZACIÓN: París, Francia

Y ahí, abajo, el título del episodio:

LOS TÚNELES DE HUESOS

—Bueno —comenta Jacob enfáticamente—, *eso* suena prometedor.

—Veamos qué tenemos aquí —dice mi madre observando un mapa de la ciudad. Desde el centro del plano, hay números que se extienden en forma de espiral, que van desde el uno al veinte.

—¿Para qué son? —pregunto.

—*Arrondissements* —responde mi padre, y explica que *arrondissement* es una elegante palabra francesa para «barrio» o «distrito».

Me siento en el sofá al lado de mi madre mientras ella pasa al plan de grabación.

LAS CATACUMBAS

EL JARDÍN DE LUXEMBURGO

LA TORRE EIFFEL

EL PUENTE MARIE

LA CATEDRAL DE NOTRE DAME

Y la lista continúa. Resisto el deseo de sujetar la carpeta y estudiar cada una de las localizaciones de la forma en que mis padres claramente lo han hecho. En su lugar, quiero oírlos a *ellos* contar las historias, quiero detenerme en los lugares y recibir los relatos de la misma forma en que los recibirán los espectadores del programa.

—Obvio —masculla Jacob sarcásticamente—, ¿quién quiere estar preparado cuando puede lanzarse ciegamente a lo desconocido?

Déjame adivinar, pienso, eras el tipo de chico que leía el final del libro antes de comenzar.

—No —balbucea y después agrega—, solo si era de miedo... o triste... o

estaba preocupado por... Mira, no tiene importancia.

Reprimo una sonrisa.

—Cassidy —comenta mi madre—, tu padre y yo hemos estado hablando...

Ay, no. La última vez que mi padre utilizó su tono de «reunión familiar», descubrí que mis planes veraniegos habían sido reemplazados por un programa de televisión.

—Queremos que participes más —interviene mi padre.

—¿Participar? —pregunto—. ¿Cómo? —Antes de comenzar el viaje, ya tuvimos una larga charla sobre que yo prefiero no salir en cámara. Siempre me sentí más cómoda atrás, haciendo...

—Fotografías —contesta mi madre—. Para el programa.

—Piénsalo como un vistazo detrás de las cámaras —explica mi padre—. Un contenido extra. A la cadena le encantaría tener material adicional y nosotros pensamos que podría ser bueno para ti colaborar de una forma más activa.

—Para que no te metas en problemas —agrega Jacob, que ahora está sentado en la parte de atrás del sofá.

Tal vez tenga razón. Tal vez sea un ardid para que no me aleje y que los poderosos fantasmas no me roben el hilo de la vida, y así evitar que me arresten por profanar cementerios.

Pero de todas maneras me siento halagada.

—Me encantaría —respondo, abrazando la cámara contra el pecho.

—Genial —afirma mi padre, levantándose para estirarse—. Empezaremos a grabar mañana. ¿Qué os parece si salimos a tomar un poco de aire? ¿Qué tal un paseo por las Tullerías?

—Perfecto —exclama mi madre con júbilo—. Tal vez consigamos divisar al viejo y querido Jean.

Capítulo dos

Decir que las Tullerías es un «jardín» es como decir que Hogwarts es un «colegio».

Técnicamente es correcto, pero la palabra no le hace justicia a ninguno de los dos.

Mientras entramos en el parque, el atardecer va dejando paso a la noche. El camino arenoso es ancho como una calle, flanqueado por hileras de árboles que se arquean arriba de nuestras cabezas bloqueando lo que queda de la puesta de sol. Más senderos se abren en distintas direcciones bordeando amplios jardines verdes salpicados de rosas.

Siento como si estuviera en el mundo de *Alicia en el País de las Maravillas*.

Siempre pensé que ese libro era un poco aterrador y este jardín también lo es. Quizá sea porque todo es más espeluznante de noche. Es por eso que la gente le teme a la oscuridad. Lo que *no* puedes ver siempre es más aterrador que lo que puedes ver. Los ojos te engañan: rellenan las sombras, crean formas. Pero la noche no es lo único que vuelve aterrador a este jardín.

Con cada paso, el Velo se vuelve un poco más pesado, el murmullo de los fantasmas un poco más fuerte.

Tal vez París *esté* un poco más embrujada de lo que pensé.

Mi madre entrelaza su brazo con el de mi padre.

—Qué lugar tan magnífico —reflexiona apoyando la cabeza sobre su hombro.

—El Jardín de las Tullerías tiene una historia muy interesante —señala mi padre con su voz de profesor—. Fue creado en el siglo dieciséis como los jardines reales del palacio.

En el extremo más alejado de las Tullerías, más allá de un sector de rosas que podría competir con las de la Reina de Corazones, se levanta el edificio más grande que he visto en toda mi vida. Es tan ancho como el propio

jardín y tiene forma de U, sus brazos envuelven el final del parque en un gigantesco abrazo de piedra.

—¿Qué es *eso*? —pregunto.

—Eso vendría a ser el palacio —responde mi padre—. O su última versión: el original fue incendiado por una docena de hombres en 1871.

Al acercarnos, veo que algo se alza en el patio del palacio: una resplandeciente pirámide de cristal. Mi padre explica que, actualmente, el palacio alberga al museo del Louvre.

—No parece suficientemente grande para ser un museo —comento frunciendo la nariz ante la pirámide.

—Es porque el museo está *debajo* de ella —responde mi padre, riendo—. Y alrededor. La pirámide es solamente la entrada.

—Un recordatorio —acota mi madre—: a veces, las cosas no son lo que parecen...

Un chillido interrumpe sus palabras.

Rasga el aire y Jacob y yo pegamos un salto. El sonido es agudo y débil y, durante un momento, pienso que viene del Velo. Pero después me doy cuenta de que los gritos son de felicidad. Pasamos delante de otra pared de árboles y nos topamos con una *feria* completa con noria, montaña rusa, tiendas con juegos y puestos de comida.

Mi corazón palpita al ver todo eso y ya estoy caminando hacia las coloridas atracciones mecánicas cuando sopla una brisa que trae el aroma de azúcar y masa. Me detengo súbitamente, me doy la vuelta buscando el origen de ese olor celestial y diviso un puesto que vende CRÊPES.

—¿Qué son los cre-pes? —pregunto pronunciando lentamente la palabra.

—Se pronuncia «creps» —explica mi padre, riendo por lo bajo— y es como una tortita fina, cubierta de manteca y azúcar, o chocolate o fruta, y doblada como un cono.

—Suenan interesantes —comento.

—Suenan *increíbles* —dice Jacob.

Mi madre saca algunas monedas plateadas y doradas.

—Sería una injusticia estar en Francia y no comer uno —exclama mientras nos colocamos al final de la fila. Cuando llegamos al mostrador, un hombre está extendiendo masa fina como un papel sobre una sartén.

Hace una pregunta en francés y luego me mira, esperando una respuesta.

—*Chocolat* —responde mi padre, y no tengo que saber francés para entender *eso*.

El hombre da vuelta el crepe en el aire y esparce un cucharón lleno de chocolate sobre toda la superficie antes de doblar la delicada tortita por la mitad, después en cuartos y deslizarla dentro de un cono de papel.

Mi padre paga y mi madre agarra el crepe. Nos dirigimos hacia las mesas y sillas blancas desparramadas a lo largo del sendero y nos sentamos, bañados por las luces de la feria.

—Aquí tienes, hija —dice mi madre, ofreciéndome el crepe—. Instrúyete.

Doy un mordisco y se me llena la boca con la tortita dulce y caliente, y la espesa salsa de chocolate. Es simple y maravilloso. Mientras nos pasamos el crepe de uno al otro, mi padre dando grandes mordiscos, mi madre limpiándose una mancha de chocolate de la nariz y Jacob observando las vueltas de la noria con los ojos azules muy abiertos, casi olvido por qué estamos aquí. Hago una fotografía de mis padres, la feria a sus espaldas, e imagino que somos simplemente una familia de vacaciones.

Pero luego siento una palmada en el hombro, la presión del Velo sobre mi espalda y mi atención vuela hacia la parte más oscura del parque. Siento su llamada. Yo solía pensar que era solo la curiosidad lo que me atraía hacia el Intermedio. Pero ahora sé que es otra cosa.

Un objetivo, lo que le da sentido a mi vida.

Los ojos de Jacob revolotean hacia mí.

—No —murmura, aunque ve que me pongo de pie.

—¿Todo bien? —pregunta mi madre.

—Sí —respondo—. Tengo que ir al baño.

—No, no tienes que ir —insiste Jacob.

—Vi uno, justo después de los puestos de comida —comenta mi madre señalando el lugar.

—Cassidy —se queja Jacob.

—Enseguida vuelvo —les digo a mis padres.

Ya he echado a andar cuando mi padre me grita que no me aleje mucho.

—No te preocupes —respondo.

Mi padre me lanza una mirada ceñuda. Todavía estoy tratando de recuperar la confianza de mis padres después de toda esa cuestión de quedarme-atrapada-en-el-Velo-gracias-a-un-fantasma-y-tener-que-luchar-para-recuperar-mi-vida-ocultándome-en-una-tumba-abierta (o, como lo recuerdan *mis padres*, la vez que desaparecí sin permiso y me encontraron varias horas más tarde, después de haber entrado ilegalmente en un cementerio).

Es solo una cuestión semántica.

Paso rápidamente delante de los puestos y giro a la derecha apartándome del camino principal.

—¿A dónde vamos? —inquire Jacob.

—A ver si Jean el Desollador sigue aquí.

—Es una broma, ¿verdad?

Pero no lo es. Compruebo si tengo el colgante con el espejo en el bolsillo trasero. Fue un regalo de despedida de Lara.

Lara estaría furiosa conmigo por guardar el colgante en el bolsillo en vez de tenerlo alrededor del cuello. Ella dice que las personas como nosotras no

somos solamente cazadoras; somos faros para espectros y espíritus. Los espejos funcionan con *todos* los fantasmas, incluyendo a Jacob, razón por la cual no llevo el colgante en el cuello. Lara diría, probablemente, que esa es exactamente la razón por la cual debería llevarlo.

No es necesario aclarar que ella no aprueba mi relación con él.

—Lara no aprueba nada —apunta Jacob con ironía.

Ellos dos no se llevan bien... digamos que opinan de manera diferente.

—Su opinión —exclama abruptamente— es que yo no pertenezco a este lugar.

—Bueno, técnicamente, *no* perteneces —susurro, enrollando el colgante alrededor de la muñeca—. Ahora vayamos a buscar a Jean.

Jacob frunce el ceño y, a su alrededor, el aire ondea ligeramente con su desaprobación.

—Estábamos pasando una noche muy agradable.

—Vamos —digo, y cierro los dedos sobre el amuleto del espejo—. ¿No sientes curiosidad?

—En realidad, no —afirma mientras se cruza de brazos—. En absoluto. Me siento completamente satisfecho si nunca llegamos a averiguar...

No escucho el resto.

Me extiendo hacia el Velo, corro la cortina y cruzo del otro lado. A mi alrededor, el mundo...

Desaparece.

Las luces de la feria, la muchedumbre, los sonidos y aromas de la noche de verano. Se han ido. Durante un segundo, estoy cayendo, hundiéndome en agua helada, siento el impacto del frío en los pulmones. Y luego estoy nuevamente de pie.

Todavía no me he acostumbrado a esa parte.

Creo que nunca me acostumbraré.

Me incorporo y lanzo una trémula bocanada de aire mientras el mundo se coloca otra vez a mi alrededor, más extraño, más pálido.

Este es el Velo.

El Intermedio.

Está silencioso y oscuro, es plena noche. No hay feria ni muchedumbre y, debido a las sombras profundas y a los tirabuzones de niebla que se deslizan por los jardines, veo muy poco.

Un segundo después, Jacob aparece a mi lado, obviamente refunfuñando.

—No tenías que venir —señalo.

—No importa —masculla, y raspa la hierba con el pie.

Sonrío. Regla de la amistad número veintiuno: nunca abandones a tu amigo en el Velo.

Aquí, Jacob se ve distinto, más ancho y más colorido, y ya no puedo ver a través de él. Por otra parte, *yo* estoy menos sólida que antes, gris y descolorida, con una resplandeciente excepción: la cinta de luz que brilla a través de mis costillas.

No es solo una cinta. Es una vida.

Mi vida.

Resplandece con una pálida luz azul y blanca y, si metiera la mano en mi pecho y la arrancara, como una especie de show truculento, veríais que ya no es perfecto. Hay una costura, una grieta muy fina, en el lugar en el que se desgarró en dos. Yo he vuelto a ponerla en su sitio y parece estar funcionando bien, pero no tengo ningún deseo de comprobar el daño que puede soportar una vida.

—Bueno —dice Jacob estirando la cabeza—, parece que aquí no hay nadie. Es mejor que nos vayamos.

Yo estoy tan nerviosa como él, pero me mantengo firme. Sé que hay *alguien* aquí. Tienen que estar aquí. Así es el Velo: solo existe si hay un

fantasma. Es como un escenario donde los espíritus representan sus horas finales, aquello que sucedió, que no les permite seguir adelante.

Mis manos se dirigen a la cámara y el colgante del espejo, enroscado en mi muñeca, repiquetea débilmente al chocar los metales. El sonido resuena extrañamente en la oscuridad.

Mientras mis ojos se adaptan a la negrura, descubro que han desaparecido los edificios que rodean al parque, borrados por el tiempo —si aún no se construyeron— o por los límites de este Intermedio en particular, a quienquiera que pertenezca.

La pregunta es: ¿en la vida de quién (o, mejor dicho, en la muerte de quién) estamos metidos?

El cielo nocturno está cada vez más brillante, teñido de un tenue resplandor anaranjado.

—Mmm, Cass —murmura Jacob, mirando por encima de mi hombro.

Me vuelvo y me detengo, los ojos abiertos de la sorpresa.

No hay ningún Jean el Desollador, pero sí *hay* un palacio.

Y está en llamas.

Capítulo tres

La niebla no es niebla sino *humo*.

El viento sopla con más fuerza y el fuego se aviva, el hollín oscurece el aire. Escucho gritos y el traqueteo de carruajes sobre la piedra y, a través del humo, diviso un grupo de siluetas apiñadas, los rostros alzados hacia las llamas.

Me acerco más, llevo el visor de la cámara al ojo y hago una fotografía.

—Cass —susurra Jacob, pero suena muy lejos y, cuando me doy la vuelta para buscarlo, lo único que veo es humo.

—¿Jacob? —grito y toso mientras el humo hace cosquillas en mi garganta y se desliza dentro de mis pulmones—. ¿Dónde están...?

Una figura se estampa contra mí. Retrocedo trastabillando, caigo sobre la hierba y el hombre deja caer el balde que cargaba, que se desploma sobre la hierba derramando algo negro y viscoso. Comprendo instantáneamente que este es *su* lugar en el Velo. Los otros fantasmas no son más que partes de la escena, marionetas, pero los ojos de este hombre, al posarse sobre mí, están embrujados.

Me levanto con dificultad sosteniendo en alto el colgante, lista para liberarlo...

Pero no hay ningún colgante enroscado en mi muñeca, ningún cristal colgando en el aire.

Miro hacia abajo, observo el lugar en el que caí y veo el colgante brillando en la hierba, donde se supone que debe haberse deslizado. Pero antes de que pueda agarrarlo, el fantasma me sujeta del cuello del abrigo y me empuja contra un árbol. Intento liberarme, pero aun cuando él es un fantasma y yo no, dentro del Velo, estamos en igualdad de condiciones.

—¡Jacob! —grito. El hombre me sujeta más fuerte mientras escupe palabras en francés, el significado es un misterio, pero el tono es claro y cruel. Luego se detiene y sus ojos aterrizan sobre la cámara que cuelga de

mi cuello.

No, no en la cámara, descubro horrorizada, en el hilo: el resplandor azul y blanco de mi vida. Extiende la mano hacia él y yo intento liberarme, desesperada por alejarme del contacto de sus dedos...

—¡Hey! —grita una voz familiar y el fantasma mira hacia el lado justo cuando Jacob le pega con el balde en la cabeza.

El hombre trastabilla, alquitrán negro chorrea por su cara, y yo emito un grito ahogado y caigo al suelo. Apenas estoy libre, me lanzo hacia el colgante mientras el fantasma avanza ciegamente hacia mí.

Agarro el collar, me pongo de pie y extiendo el espejo delante de mí como un escudo.

El fantasma se detiene en seco, su mirada clavada en la pequeña superficie redonda del espejo.

«Un espejo», explicó Lara, «para reflejar la verdad. Para mostrarles a los espíritus lo que verdaderamente son».

El espejo atrapa al fantasma, pero las palabras, el hechizo, el encantamiento lo liberan. Hace una semana yo no sabía de la *existencia* de palabras, no conocía el poder de los espejos ni de hilos de la vida. Pero al detenerme ahora frente al espectro, mi mente queda en blanco.

No puedo recordar las palabras.

El pánico me atraviesa violentamente mientras las busco sin encontrar nada.

Y luego Jacob se inclina hacia mí y susurra en mi oído.

—Observa y escucha —apunta.

Y, repentinamente, las recuerdo.

Trago con fuerza y recupero la voz.

—Observa y escucha —le ordeno al fantasma—. Mira y aprende. Esto es lo que eres.

Todo el Velo ondea a nuestro alrededor y el espectro se afina hasta que puedo ver a través de él, puedo ver el hilo oscuro enroscado dentro de su pecho. Sin luz, sin vida.

Estiro la mano y agarro el hilo, lo último que lo une a este lugar, a este mundo. Siento algo frío y seco bajo mis dedos, como las hojas muertas del otoño. Mientras tiro de la cuerda de su pecho, esta se deshace en mi mano y se desvanece como una nube de humo.

Y luego lo mismo sucede con el fantasma. Se disuelve, ceniza, aire y luego desaparece.

Jacob se estremece un poco con incomodidad, pero en mi caso, es como si saliera a la superficie a tomar aire. En esos segundos, justo después de que el fantasma sigue su viaje, siento que todo está... bien, como debe ser.

«Lo que tú sientes», explicó Lara, «se llama meta u objetivo, es lo que le da sentido a tu vida».

El palacio continúa ardiendo y yo me balanceo sobre los pies, mareada, el efecto del Velo me alcanza.

Es una advertencia de que he permanecido en él demasiado tiempo.

—Vamos. —Jacob me agarra la mano y me ayuda a cruzar el Velo. Me estremezco cuando la cortina roza mi piel. Durante un instante, el frío me inunda los pulmones y me hundo en el agua helada... y luego estamos otra vez en tierra firme. El parque está ruidoso y resplandeciente, lleno de luces de las atracciones, de turistas y de calor nocturno. Jacob está borroso otra vez, vagamente transparente, y yo estoy maciza, la brillante espiral de mi vida oculta y a salvo bajo carne y hueso.

—Gracias —digo sacudiéndome el frío.

—Somos un equipo —exclama Jacob levantando la mano—. Cinco fantasmas.

Él emite un chasquido mientras yo acerco mi palma a la suya. Pero esta

vez, juro que siento una leve presión, como vapor, antes de que mi mano siga de largo. Miro el rostro de Jacob y me pregunto si siente lo mismo que yo, pero él ya se está alejando.

—¡Aquí estás! —grita mi madre, levantando el último mordisco de crepe mientras regreso a la mesa—. Tuve que protegerlo de tu padre, casi pierdo un dedo.

—Lo siento —me disculpo—, la fila era larga.

(No me gusta mentirles a mis padres, pero intenté contarles la verdad después de todo el incidente del cementerio, y no me creyeron. Así que, tal vez, eso hace que esta mentira sea un poco más pequeña).

—Sí —comenta Jacob—. Sigue repitiéndote lo mismo.

Mi padre se levanta frotándose las manos.

—Bueno, querida familia —anuncia colocando un brazo alrededor de mis hombros—. Es mejor que emprendamos el regreso.

Ahora la oscuridad es densa y el Velo sigue presionándome, llamándome para que regrese. Pero mientras atravesamos las Tullerías, me aseguro de mantenerme dentro del sendero y debajo de la luz.

Capítulo cuatro

A la mañana siguiente, nuestra guía nos está esperando en el *salon* del hotel (que es como aquí llaman al comedor).

Es alta y delgada, lleva una blusa verde y una falda de color crema. Tiene pómulos altos en un rostro con forma de corazón y pelo oscuro recogido en un complicado moño. Es más joven de lo que imaginaba, debe tener unos veintitantos.

—Usted debe ser Madame Deschamp —exclama mi madre extendiendo la mano.

—Por favor —señala la mujer con voz sedosa—, llamadme Pauline.

Su acento francés hace que todo suene melodioso. Es curioso: yo solía pensar lo mismo del acento escocés. Pero ahora me doy cuenta de que los acentos son como dos tipos de música, tan distintos como una balada y una canción de cuna.

Mi padre dice algo en francés y mi madre se ríe y, de repente, me siento excluida, como si hubieran dicho una broma que no entiendo.

—Hablas bien francés —comenta Pauline y mi padre se sonroja.

—Estudié en la universidad —explica—, pero me temo que lo tengo un poco olvidado.

—Pauline —interviene mi madre—, esta es nuestra hija Cassidy.

Jacob hunde las manos en los bolsillos y masculla:

—No os molestéis en presentarme.

—*Enchantée* —repite Pauline volviéndose hacia mí. Su mirada es firme, atenta—. *Parlez-vous français?*

Ahora es mi turno de sonrojarme.

—No, lo siento.

El año pasado tuve clases de italiano en el colegio pero era realmente *muy* mala y no creo que aquí me ayude poder preguntar dónde está la biblioteca en otro idioma. Lo único que logré aprender en francés es *s'il vous plaît*, que

significa «por favor» y *merci*, que significa «gracias».

Un camarero se acerca a nosotros y Pauline intercambia unas palabras rápidas en francés con él antes de pedirnos que nos sentemos.

—Estamos muy agradecidos de tenerte como guía —comenta mi padre.

—Sí —dice Pauline lentamente—, debería ser... interesante. —Se alisa la blusa como si se limpiara migas de pan.

—Dime algo —pregunta mi madre—, ¿crees en los fantasmas?

La expresión de Pauline se pone tensa.

—No —responde, la palabra es rápida y clara, como si cerrara de un golpe una puerta ante algo que no quiere ver—. Lo siento. Eso ha sido descortés. Os explicaré: soy una representante del Ministerio de Cultura francés. Paso la mayor parte del tiempo con dignatarios y documentalistas. Esta no es una tarea *habitual* para mí, pero soy parisina. Viví aquí toda mi vida y os llevaré a donde deseéis ir. Os ayudaré de todas las formas que pueda. Pero no puedo decir que crea en los fantasmas.

—Está bien —señala mi padre—. Yo estoy aquí por la historia, mi mujer es la que cree.

Pauline desvía la mirada hacia mí.

—¿Y tú, Cassidy? ¿Tú *crees* en fantasmas?

Jacob arquea una ceja en dirección a mí.

—Sí, dímelo por favor —murmura—. ¿Cuál es tu postura con respecto a los fantasmas?

Sonrío y le hago un gesto de asentimiento con la cabeza a Pauline.

—Es difícil creer en fantasmas hasta que ves uno, y después es difícil *no* creer.

Aparece una pequeña arruga justo en medio de las cejas perfectas de Pauline.

—Puede ser.

El camarero reaparece con tres tazas de las más pequeñas que he visto en mi vida (en serio, parecen del juego de té que yo tenía a los cinco años) con café negro.

—Y para *mademoiselle* —aclara alcanzándome una taza grande de chocolate caliente espolvoreado con cacao.

También deja una cesta llena de bollos. Reconozco la forma de medialuna de los croissants, pero la espiral y el rectángulo son un misterio para mí. Agarro el rectángulo, le doy un mordisco y descubro que está *relleno de chocolate*.

París ha ascendido un punto en mi escala.

—*Pain au chocolat* —explica mi madre mientras como otro bocado. Entre el chocolate caliente, que es intenso y pesado, y la masa, siento que se me dilatan las pupilas. En casa ni siquiera me permiten comer cereales azucarados.

—Echo de menos el azúcar —comenta Jacob con un suspiro.

Más para mí. Cuando doy otro mordisco, láminas brillantes de mantequilla caen sobre la mesa.

La mirada de Pauline se desvía hacia la entrada del *salon* y su expresión se suaviza.

—Ah, ha llegado el equipo. ¡Anton! —exclama poniéndose de pie—. Annette.

Los dos chicos del equipo resultan ser hermanos. Tienen el mismo pelo marrón, la misma barbilla en punta y los mismos ojos azul grisáceos. Pero, por lo demás, parecen sombras a distintas horas del día: Anton es tan alto y delgado como un esqueleto mientras que Annette es baja y cuadrada.

Pauline le da dos besos a cada uno, uno en cada mejilla, y luego se vuelve hacia mis padres.

—Si estáis listos, deberíamos partir. Comenzaremos por las Catacumbas.

—Sí —concuerta mi madre, apartándose el azúcar de la falda—. Los fantasmas de París nos esperan.

—¿Qué es una *catacumba*? —pregunto cuando salimos.

—Es una especie de cementerio —responde mi padre.

—¿Como Greyfriars? —inquiero, pensando en el ondulado cementerio enclavado en el corazón de Edimburgo.

—No exactamente —afirma—. Es...

—No arruines la sorpresa —interviene mi madre, lo cual me pone profundamente nerviosa. Su idea de lo que es una sorpresa siempre ha sido menos «Feliz Cumpleaños» y más «Mira esta cosa vagamente espeluznante que encontré en el patio trasero»—. Espera a que llegemos, Cass —continúa—. Las catacumbas de París son uno de los lugares más famosos del mundo.

—Al menos no ha dicho más *embruados* del mundo —rumia Jacob, justo antes de que mi madre agregue:

—Y, *sin lugar a dudas*, uno de los más embruados.

—Por supuesto —concluye Jacob con un suspiro.



Tomamos el metro para atravesar la ciudad y nos bajamos en una estación llamada Denfert-Rochereau.

Ya en la calle, diviso una placa en la pared de piedra de un edificio, que dice «14»: el número de distrito en el que estamos. Mientras caminamos, mantengo los ojos muy abiertos ante la aparición de un cementerio, pero solo veo edificios normales. Y, sin embargo, sé que nos estamos acercando porque puedo sentir el *tap-tap-tap* de los fantasmas, más ruidoso a cada paso.

A mi alrededor, el Velo ondea y el repiqueteo desciende de mi pecho a

mis pies, golpes intensos y persistentes como de tambor me siguen por la calle. Los sitios embrujados no solo me llaman, me arrastran hacia ellos como el pescado a la línea. No hay anzuelo, solo un hilo, fino como un pelo pero fuerte como un alambre, que me conecta con el otro lado.

Mis padres, Pauline y el equipo de grabación se detienen abruptamente delante de una pequeña casa de color verde. Es sencilla y poco llamativa, más parecida a un puesto de periódicos que a un lugar para albergar a los muertos. De hecho, no parece lo suficientemente grande como para contener más de uno o dos ataúdes. Al principio, pienso que debemos estar en el lugar equivocado, pero luego distingo la placa de cobre clavada en la madera pintada.

ENTRÉE DES CATACOMBES

—¿Cómo? —exclamo—. Yo pensé que las catacumbas serían... más grandes.

—Oh, lo son —afirma mi padre sacando una de sus guías. Me muestra un mapa de París y luego da la vuelta a la página que tiene arriba. Una hoja transparente se extiende sobre el plano, la superficie traslúcida tiene un trazado de líneas rojas.

Lentamente, me doy cuenta de qué se trata. También me doy cuenta de por qué me sentía tan rara mientras caminaba.

Las Catacumbas no están en esta casita verde.

Están debajo de nuestros pies. Y, a juzgar por el plano que mi padre tiene en la mano, están debajo de los pies de *mucha* gente. Las Catacumbas son una espiral de túneles que se retuercen hacia un lado y hacia otro sobre sí mismos, debajo de la ciudad.

Nos acercamos a la puerta, pero un cartel en la pared anuncia que las Catacumbas están cerradas.

—Ay, qué pena —comenta Jacob—. Tendremos que regresar en otro

momento... —Interrumpe la frase cuando aparece un hombre con uniforme de seguridad y abre la entrada de la pequeña casita verde y nos indica que entremos.

En el interior hay un par de molinetes, como al comienzo de una montaña rusa.

Una vez que los atravesamos, nos encontramos en la parte más alta de una larga escalera de caracol, con el ancho suficiente como para que solo baje una persona por vez. Abajo, los túneles parecen respirar, enviando hacia arriba una corriente de aire frío y viciado, junto con una oleada de ira, miedo, pérdida y desasosiego.

—Nop —exclama Jacob meneando la cabeza.

Este lugar no es bueno y los dos lo percibimos.

Vacilo mientras el Velo me aprieta con más fuerza, instándome a bajar mientras algo en la profundidad de mis huesos me aconseja no moverme o, aún mejor, echar a correr.

—¿Cass? ¿Te encuentras bien? —pregunta mi madre, lanzando una mirada por encima del hombro.

—Diles que tienes mucho miedo —murmura Jacob.

Pero no es exactamente así, pienso. Tengo miedo, pero existe una diferencia entre tener miedo de hacer algo y tener demasiado miedo de hacerlo. Además, pienso, sujetando la cámara, tengo un trabajo que hacer, y no me refiero a cazar fantasmas. Mis padres me han pedido ayuda y no quiero decepcionarlos.

Entonces me impulso hacia adelante y bajo el primer escalón.

—Todo esto es terrible —comenta Jacob mientras comenzamos a descender a los túneles de París.

Capítulo cinco

Yo solía tener una pesadilla.

Estaba atrapada en una habitación debajo de la tierra a gran profundidad. La habitación era de cristal, así que podía ver la tierra a cada uno de los lados, presionando las paredes.

El sueño siempre era igual. Primero, me sentía aburrida, después me ponía nerviosa y, finalmente, me asaltaba el miedo. A veces, golpeaba las paredes y, a veces, permanecía sentada completamente inmóvil, pero todas las veces, hiciera lo que hiciera, se formaba una grieta en el cristal.

La grieta se extendía interminablemente por las paredes y por encima de mi cabeza hasta que se filtraba la tierra y después, justo cuando el techo se hacía añicos, me despertaba.

Hace años que no recordaba ese sueño.

Pero ahora lo recuerdo.

Los peldaños son muy estrechos, así que no podemos ver más de una vuelta completa cada vez y siguen girando hasta perderse de vista.

—¿A qué profundidad están las Catacumbas? —pregunto, tratando de que el miedo no asome en mi voz.

—Unos cinco pisos —contesta mi padre, y yo intento no pensar que el Hotel Valeur solo tiene cuatro pisos de altura.

—¿Por qué harían un cementerio debajo de la tierra? —inquiero.

—Las Catacumbas no siempre se usaron como cementerio —explica mi padre—. Antes de que se convirtieran en un osario, los túneles no eran más que canteras de piedra que se extendían debajo de la ciudad en crecimiento.

—¿Qué es un osario? —pregunto.

—Es un lugar donde se guardan los huesos de los muertos.

Jacob y yo intercambiamos una mirada.

—¿Qué pasó con el resto?

Mi madre suelta una risita, lo cual no hace que me sienta mejor.

—Los cuerpos que se hallan en las Catacumbas fueron trasladados desde otros cementerios —indica Pauline.

Trasladados.

O sea, *desenterrados*.

—Ah, esto no me gusta —insiste Jacob—. Esto no me gusta *en absoluto*.

—Actualmente —prosigue mi padre—, las Catacumbas albergan más de seis millones de cadáveres.

Casi tropiezo con los escalones. Debo haber escuchado mal.

—Tres veces la población *actual* de París —comenta mi madre alegremente.

Me siento un poco mareada. Jacob me fulmina con la mirada como diciendo: «Todo esto es tu culpa».

Llegamos al final de la escalera y el Velo me rodea como si fuera la marea y tira de mis miembros. Me echo hacia atrás, tratando de mantenerme en pie, mientras Jacob se acerca más a mí.

—*No vamos a cruzar* —advierte, el humor ya abandonó su voz—. ¿Me has oído, Cass? *No. Vamos. A. Cruzar.*

No es necesario que me lo diga.

No tengo ningún deseo de averiguar qué hay al otro lado de este Velo en particular.

Especialmente cuando veo lo que hay delante de nosotros.

Esperaba encontrarme con un espacio muy grande, como una de esas cuevas con estalactitas... ¿o eran estalagmitas? Nunca puedo recordar cuál es cuál, pero, en cambio, no hay más que un túnel.

El suelo es una mezcla de piedra dura y tierra compacta, y las paredes parecen cavadas a mano. Aquí y allá, el agua gotea del techo bajo. Hay luces eléctricas separadas unas de otras, que proyectan tenues estanques amarillos entre áreas de sombra.

—Bueno, esto sí que es acogedor —exclama mi madre.

Trago con fuerza mientras echamos a andar. *La única forma de salir es a través*, me digo a mí misma.

—O, tú sabes, volver atrás y subir esos escalones —propone Jacob.

Vamos, pienso, *¿dónde está tu espíritu aventurero?*

—Debo haberlo dejado arriba, al nivel de la calle —masculla.

Mis padres caminan delante mientras narran a las cámaras. Le echo una mirada a Pauline, que está concentrada en dónde pisa, preocupada por eludir los charcos de agua y las áreas enlodadas entre las piedras.

—Había esperado más huesos —susurro inclinándome hacia ella.

—Todavía no llegamos a las tumbas —explica, su voz reverbera contra el techo bajo—. Estas son solamente las galerías: reliquias de las épocas en que estos túneles se utilizaban para cuestiones menos lúgubres.

El túnel serpentea, a veces es lo suficientemente ancho como para dos personas, y a veces tan angosto que tenemos que caminar en una sola fila. El Velo me presiona la espalda como una mano, instándome a seguir adelante.

—¿Sabes qué es lo único peor que un lugar embrujado? —pregunta Jacob.

¿Qué?

—Un lugar del que no puedes *marcharte* fácilmente.

No sabes si está embrujado, pienso, y mi comentario suena lleno de escepticismo.

—¿Cómo puede *no* estarlo? —argumenta—. ¿Te has olvidado de George Mackenzie?

George Mackenzie era uno de los fantasmas de un cementerio de Escocia, que no comenzó a aparecerse a la gente hasta que unos vándalos perturbaron sus huesos.

Y ese era *un hombre*.

Pero tal vez las historias estén equivocadas. Tal vez ya estaba loco.

—Y tal vez todos los fantasmas de aquí abajo son amigables —insiste Jacob— y se lo están pasando genial.

Mi madre extrae una caja pequeña con una hilera de luces en el frente. Un medidor de CEM: un dispositivo que registra las alteraciones en los campos electromagnéticos, también conocidas como *fantasmas*. Lo enciende, pero el medidor solo registra una leve estática mientras lo desliza por la pared.

Llegamos al final de las galerías y el túnel se abre en una cámara, las paredes llenas de vitrinas como en un museo. En las vitrinas hay textos e imágenes que explican cómo se crearon las Catacumbas. Pero lo que atrapa mi atención es la puerta que hay del otro lado.

Encima, tiene una placa de mármol con una inscripción en letras oscuras que reza:

ARRÊTE! C'EST ICI L'EMPIRE DE LA MORT

—¡Detente! —recita mi padre, su voz retumba por las cercanas paredes de piedra—. *Aquí empieza el imperio de la muerte*.

—No es siniestro —masculla Jacob—. No es siniestro en absoluto.

—En el siglo dieciocho —prosigue mi padre, se dirige a la cámara de Annette—, París tenía un problema: los muertos superaban a los vivos, y los vivos no tenían dónde ponerlos. Los cementerios estaban desbordados, a veces literalmente, y había que hacer algo. Y entonces comenzó la reconversión de las Catacumbas.

—Tardaron dos años completos —interviene mi madre— en mover los cuerpos de los muertos. Imaginad las procesiones nocturnas de carros llenos de cadáveres traqueteando por las calles mientras seis millones de muertos eran trasladados desde su última morada de descanso hasta los

túneles subterráneos de París.

Es muy extraño observar a mis padres así, por la manera en que se transforman delante de las cámaras. No se vuelven personas distintas, se vuelven más agudos, más enérgicos, más brillantes. La misma canción con más volumen. Mi padre, la imagen del erudito. Mi madre, el retrato de una soñadora. Juntos, «Los Inspectros» parecen desbordantes. Les hago una foto mientras los graban y mi padre continúa hablando.

—Durante décadas —relata—, los huesos de los muertos cubrieron el suelo de estos túneles, los restos apilados azarosamente en la vasta tumba. Pero no fue hasta que un ingeniero llamado Louis-Étienne Héricart decidió convertir el cementerio en un lugar para visitantes, que comenzó la verdadera transformación y se creó el Imperio de la Muerte.

Mi madre gesticula como una presentadora descorriendo el telón.

—¿Entramos?

—Creo que yo esperaré aquí —propone Jacob, repentinamente fascinado por las vitrinas.

Como quieras, pienso.

Sigo al equipo de grabación sin mirar atrás. Y, a pesar de que no puedo oír las pisadas de Jacob, sé que está aquí, pisándome los talones, pegado como una sombra, mientras entramos en un mundo de huesos.

Capítulo seis

Hay huesos por *todos* lados.

Cubren las paredes de tierra como una montaña de esqueletos, que se eleva casi hasta el techo. Forman dibujos, diseños ondulantes: una ola de calaveras colocada sobre un fondo de fémures, las macabras decoraciones apiladas hasta una gran altura, más allá de donde llega mi vista. Las cuencas de los ojos vacías miran fijamente y las mandíbulas están siempre abiertas. Algunos huesos están rotos, desmenuzados, y otros se ven sorprendentemente bien. Si entornas los ojos con fuerza, las piezas desaparecen y solo se ve un diseño de luz y sombra de color gris, que podría ser piedra en vez de hueso.

Nuestras sombras danzan sobre las paredes y yo hago una foto tras otra, sabiendo que la cámara solo captará lo que está aquí, solo verá lo real. Pero en este instante, lo real es suficientemente extraño. Extraño, escalofriante y casi... hermoso.

—Y horripilante —agrega Jacob—. No te olvides de horripilante.

Doblamos una esquina y, en ese preciso momento, el medidor de CEM, que está en las manos de mi madre, pasa de la estática a un chirrido agudo que resuena dentro de los túneles como si fuera un aullido.

Mi madre pega un salto y apaga rápidamente el dispositivo.

—Bueno —comenta, la voz un poco temblorosa—, creo que eso lo dice todo.

Me estremezco, inquieta.

Hasta Pauline parece tensa.

—Dios, ¿qué podría estar poniéndola nerviosa? —reflexiona Jacob—. ¿Será el hecho de que estamos cinco pisos bajo tierra? ¿O que este túnel tiene aproximadamente el tamaño de un ataúd? ¿O podrá ser el hecho de que estemos rodeados de *seis millones de cadáveres*?

Seis millones... es un número tan grande que no parece real.

Doscientos setenta... ese es un número mejor. Sigue siendo mucho, pero se puede contar. Doscientos setenta es el número de huesos que tienes al nacer. Algunos se van uniendo con otros durante el crecimiento, de modo que, al llegar a adulto, tienes doscientos seis (gracias clase de Ciencia).

De modo que, si las Catacumbas albergan más de seis millones de cuerpos, ¿cuántos huesos serían?

Seis millones por doscientos seis es... mucho. Demasiados para contarlos. Demasiados para capturarlos en una foto. Pero imaginad esto: son suficientes huesos para apilar hasta un metro y medio de altura en cada uno de los túneles que existen debajo de París. Un imperio de los muertos tan grande como la ciudad misma, los cuerpos desconocidos y sin identificación.

Jacob comienza a tararear y tardo unos buenos treinta segundos en darme cuenta de qué se trata: una vieja canción infantil para aprender los huesos del cuerpo.

«...el hueso del pie está conectado al hueso de la pierna, el hueso de la pierna está conectado al hueso de la rodilla...»

—¿En serio? —susurro.

—Solo trataba de ponerle un poco de humor a todo esto —responde mientras levanta las manos.

Nos abrimos paso entre los túneles sinuosos, las verjas de hierro cerradas transforman al laberinto que nos rodea en un sendero despejado.

Pienso en lo fácil que sería perderse sin esas puertas.

—¿Veis esta línea por encima de nuestras cabezas? —pregunta mi padre tanto para las cámaras como para nosotros.

Alzo los ojos y veo una gruesa marca negra pintada en el techo.

—Antes de que instalaran luces y puertas, esa era la única manera de evitar que la gente se perdiera.

Intento imaginarme cómo sería estar aquí abajo antes de que hubiera electricidad, provista solamente de faroles o velas. Me estremezco. Lo único que haría que este lugar fuera aún más escalofriante sería estar aquí abajo en la oscuridad.

—A lo largo de los años —relata mi madre, se vuelve hacia la cámara—, no pocos viajeros se han aventurado por estos túneles en busca de refugio, o simplemente para explorar, y se han perdido por los vastos corredores. Muchos no lograron encontrar la salida. Al menos, no mientras aún estaban con vida.

El Velo se inclina pesadamente sobre mis hombros, instándome a cruzar del otro lado, pero logro mantenerme firme. Siento que soy la caja de cristal de mi sueño, el mundo me oprime desde todos lados. Pero no me resquebrajo.

No hay duda de que Jacob se está volviendo más fuerte.

Pero quizá yo también.

—Por aquí —exclama mi padre, y su voz forma un eco: «aquí, aquí, aquí...».

Las paredes de huesos se ven interrumpidas de tanto en tanto por placas de piedra con citas sobre la vida y la muerte. Mi padre se detiene frente a una y Pauline y yo nos mantenemos rezagadas para que nuestras sombras no interfieran con la línea de grabación.

Echo una mirada hacia el lado y casi me desmayo cuando una calavera me devuelve la mirada, las cuencas vacías al nivel de mis ojos. Sin pensarlo, estiro la mano y toco el hueso blancuzco y...

Y, simultáneamente, el Velo se eriza y se eleva hasta la yema de mis dedos. Mientras tanto, escucho el sonido amortiguado de voces del otro lado, tristes, desoladas, perdidas. Alguien me está llamando y casi, *casi*, puedo oír las palabras. Me inclino hacia el Velo.

—¿Hola? —llama una voz desde las sombras como si perteneciera a alguien que está perdido.

Echo un vistazo a mi alrededor, pero nadie parece oírla. Mis padres siguen caminando y Pauline mira hacia adelante.

—*Cassidy* —susurra Jacob—. Ni se te ocurra.

Dejo caer la mano, pero aún puedo sentir el Velo deslizándose por mis dedos como la seda.

—...*s'il vous plaît*... —profiere otra voz desde las sombras, esta vez en francés, las palabras tenues, agudas y débiles.

—...*no viene nadie*... —murmura una tercera. Y luego una cuarta voz...

—¡SOCORRO!

El grito es tan fuerte y repentino que retrocedo con rapidez. Mi zapato se engancha en un trozo de roca, trastabillo y me tambaleo. Estiro la mano para afirmarme, pero, esta vez, cuando mi mano choca contra la pared, sigue de largo, como si la pared estuviera hecha de tela y no de piedra.

No, no, no, pienso mientras el Velo se separa entre mis dedos, caigo hacia abajo y lo atravieso.



Una caída brusca y breve.

Una descarga de frío.

El sabor del río en mi garganta.

Y después estoy arrodillada arrastrándome por el duro suelo de piedra.

El dolor raspa las palmas de mis manos y la cámara se balancea en mi cuello.

El túnel es oscuro y parpadeo rápidamente para que mis ojos se adapten a las tinieblas. La única luz que veo es la que proviene de mi propio pecho. El resplandor azul y blanco brilla intensamente pero solo hasta mi camisa. No

es exactamente una linterna humana; se parece más a una luciérnaga humana.

Me pongo de pie y extraigo el espejo del bolsillo trasero.

—¿Jacob? —susurro, pero no hay respuesta.

Cuando mis ojos se adaptan a la oscuridad, descubro que hay otra luz, débil y roja, que viene de la esquina del túnel. Me recuerda a la que uso en casa en mi cuarto oscuro, cuando estoy revelando un rollo de película.

Echo andar hacia ella cuando oigo un sonido suave, como movimiento de guijarros o pies arrastrándose sobre la tierra, y la luz roja se aleja.

—¿Hola? —exclamo y camino más rápido. Pero para cuando doblo la esquina, la luz carmesí ya no está. En su lugar, hay un antiguo farol apoyado en el suelo, que lanza un titilante resplandor amarillo y proyecta sombras en las calaveras que nos rodean. Y estas parecen estar sonrientes, enfurruñadas, sorprendidas.

Me doy cuenta, entonces, de lo silencioso que está el túnel, vacío.

Yo he escuchado a los fantasmas, ¿verdad? Entonces ¿dónde están ahora?

Algo se mueve detrás de mí en la oscuridad. Puedo sentirlo. Mi mano se cierra sobre el colgante y estoy juntando coraje para darme la vuelta cuando oigo la voz.

—Cassidy.

Jacob. Dejo caer los hombros por el alivio, me giro y veo su rostro rígido, enfadado.

—Creí que habíamos acordado no hacer esto —afirma, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Yo no quería —musito—. Lo juro.

—No importa —refunfuña—. Vayámonos antes de que algo...

Un guijarro se desliza por el suelo de piedra detrás de nosotros.

—¿Has oído eso? —pregunto.

—Podrían ser los huesos acomodándose —responde— o el viento.

Pero no hay viento aquí abajo y los dos sabemos que no han sido los huesos, especialmente cuando el siguiente sonido es un crujido de pies. Hay alguien más aquí. Doy un paso hacia adelante, pero Jacob me sujeta la mano.

—No tenemos un plano —advierde.

Tiene razón. El espacio es el espacio. Un paso en el Velo es un paso en el otro lado. Si nos alejamos mucho de mis padres y del equipo de grabación, yo podría terminar perdida también en el mundo real. Atrapada en este laberinto.

Y luego, a la distancia, una voz joven y juguetona recita en francés.

—*Un... deux... trois...*

—Nop —murmura Jacob aferrando mi mano, tirando de mí hacia atrás y estirándose hacia la cortina.

—Espera —exclamo, intentando liberarme mientras la voz recita otra vez. Pero Jacob me aprieta más fuerte.

—Mira —explica—, lo entiendo. No puedes evitarlo, es tu naturaleza. El sentido de tu vida, da igual. Tienes que mirar debajo de la cama, abrir el armario, asomarte detrás de la cortina. Pero ten un poco de sentido común, Cass. Estamos quince metros debajo de la tierra, rodeados de huesos, con un farol como única luz, y yo estoy invocando oficialmente la regla de la amistad número veintiuno y nos estamos yendo ya mismo de aquí, juntos.

—Está bien —repongo—. Vámonos.

Jacob exhala aliviado y agarra la cortina. El Velo ondea, se abre y cruzo detrás de mi amigo. Pero en el último segundo, antes de que el Velo se desvanezca con rapidez, miro hacia atrás dentro del túnel y estoy segura de ver una sombra moviéndose por la pared emitiendo un resplandor de color rojo.

Y después el Velo desaparece y me desplomo, agua helada en los pulmones antes de que el mundo vuelva a recobrar la nitidez, nuevamente sólido, las luces brillantes. Oigo los ruidos del equipo de grabación guardando sus aparatos, los tacones altos de Pauline repiqueteando sobre el suelo de piedra y las voces de mis padres dirigiéndose a mí.

Me encuentro de rodillas sobre las piedras sucias, pero llevo velozmente el visor de la cámara al ojo. Hago una fotografía (un arco de calaveras alrededor de una lápida) justo en el instante en que mi madre dobla la esquina del pasadizo.

—Cassidy —exclama exasperada—. ¡La he encontrado! —grita por encima del hombro.

—Estaba haciendo unas fotos —me excuso con una débil sonrisa, la voz un poco temblorosa, las manos y las rodillas llenas de tierra—. Para el programa.

—Muy cerca, Cass —comenta Jacob, que se recuesta malhumorado contra la pared... o al menos intenta hacerlo. Al primer roce de un hueso se aleja de un salto estremeciéndose con desagrado.

Mi madre me examina unos segundos y asiente.

—Admiro tu dedicación, querida hija —señala mientras me da palmadas en el pelo—, pero la próxima vez, quédate donde podamos verte, ¿puede ser?

—Lo intentaré —respondo mientras me da un beso en la cabeza y me ayuda a ponerme de pie.

Mientras la sigo por el túnel no puedo evitar echar una mirada hacia la oscuridad con cierta esperanza de ver la luz roja bailando por la pared. Pero lo único que veo es oscuridad, sombras cayendo sobre los huesos.

PARTE DOS
FABRICANTE DE TRAVESURAS

Capítulo siete

¿Alguna vez habéis sentido que alguien os seguía?
¿Ese cosquilleo en la nuca que os avisa que alguien os está observando?

No puedo quitarme esa sensación mientras llegamos al final de la escalera, intercambiando los túneles por las calles de París. Mientras caminamos miro por encima del hombro una y otra vez, segura de que veré algo, a alguien y, cada vez que lo hago, siento que se me ha escapado por un segundo. Los ojos comienzan a engañarme hasta que siento que todas las sombras se están moviendo, que todos los rayos de sol tienen forma.

Intento tranquilizarme, decirme que no es más que el resto de pánico, que se aferra como una telaraña.

Es hora de almorzar y nos sentamos en una mesa de la acera de un restaurante. Todos, pienso, agradecemos el aire fresco. Mis padres hablan sobre la próxima localización (el Jardín de Luxemburgo) y yo pido algo llamado *croque monsieur*, que resulta ser queso gratinado y jamón en el interior de dos rebanadas de pan. Mientras como, el bocadillo caliente ayuda a disipar el resto del frío de las Catacumbas. Pero mi atención vuelve una y otra vez a la acera, recordando la ciudad de los muertos que yace bajo mis pies. Me pregunto cuántas personas cruzarán estas calles sin llegar nunca a saber que están caminando sobre huesos.

—¿Pensamientos macabros, tal vez? —dispara Jacob por encima del hombro.

Está de pie al sol, la luz brilla a través de él mientras examina una piedra del bordillo de la acera, se prepara para patearla.

Y luego, inesperadamente, me estremezco.

Como si alguien apoyara una mano fría en mi nuca. Intento no lanzar un aullido de sorpresa y una intensa bocanada de aire sale silbando a través de mis dientes.

Mi madre dirige la mirada hacia mí. Y antes de que pueda preguntar si pasa algo, se oye un sonido de desgarramiento por encima de nuestras cabezas y se suelta el borde del toldo del restaurante.

—¡Cuidado, Cassidy! —grita Jacob.

Uno de los ganchos de metal de la esquina del toldo se desliza con rapidez sobre nuestra mesa y hace añicos la jarra de agua que está delante de mi asiento.

Salto hacia atrás justo a tiempo, y evito todos los cristales y la mayor parte del agua.

Mis padres lanzan un grito ahogado y Pauline ya está de pie, aferrando con una mano la blusa por la sorpresa. Anton y Annette menean la cabeza e inspeccionan el toldo roto mientras intercambian una ráfaga de palabras en francés.

Un camarero sale precipitadamente del interior y se deshace en disculpas mientras limpia el destrozo. De inmediato nos cambia de mesa y todos tratan de olvidar el extraño incidente.

Mi madre está encima de mí examinando que no me haya lastimado. Le aseguro que estoy bien, aunque me siento un poco mareada. Echo una mirada a nuestra mesa anterior. Tal vez no ha sido nada raro: un tornillo defectuoso, una tela vieja, mala suerte. Pero ¿qué fue esa corriente de frío que sentí justo antes de que se rompiera el toldo? ¿Qué fue? ¿Una advertencia?

—¿Crees que ahora te estás convirtiendo en una vidente? —pregunta Jacob.

A pesar de que estoy al noventa por ciento segura de que eso no está entre las tareas de una intermedia, le mando un mensaje a Lara por debajo de la mesa.

Cass: Hola.

Cass: ¿Las personas como nosotras tienen otros poderes?

Unos minutos después, Lara me contesta.

Lara: Algunas son intuitivas. Cuanto más tiempo pasan en el Intermedio, sus sentidos espectrales se vuelven más intensos.

Lara: ¿Por qué lo preguntas?

Vacilo antes de contestar.

Cass: Por curiosidad 😊

Lara: 😊

Jacob mira por encima de mi hombro.

—¡Ja! —exclama—. Es igualita a ella.



Tengo que reconocer algo de los franceses: adoran los postres.

Mientras caminamos hacia la siguiente localización, pasamos por: tiendas dedicadas al chocolate; cuatro escaparates con tartas pequeñas con tanto detalle y tanta elaboración como si fueran esculturas; innumerables carros de helados; y un mostrador tras otro atiborrados de bocadillos de galletas de colores brillantes llamados *macarons*, de sabores como rosa, caramelo, mora y lavanda.

Mi madre compra una caja y me ofrece uno del color del sol. Intento concentrarme en el dulce y no en la sensación de debilidad de mi estómago, el ritmo vacilante de mi pulso, la torturante sensación de que algo está mal.

Al darle un mordisco al *macaron*, las cubiertas se deshacen antes de dar paso a una crema suave y una intensa explosión de cítrico.

—Pareces una francesa —comenta Pauline—. La próxima vez tienes que probar los *escargots*.

Mis padres se echan a reír, lo cual me pone nerviosa. Cuando pregunto qué pasa, mi madre me da una palmada en el hombro y dice:

—No te conviene saberlo.

—Caracoles —susurra mi padre a mi oído.

Sinceramente, espero que esté bromeando.

—Ya hemos llegado —anuncia mi madre—. Los Jardines de Luxemburgo.

—Se van a llevar una sorpresa —señala Jacob—. Creo que no son *jardines* como los que vosotros conocéis.

Tiene razón. Estos jardines parecen haber sido diseñados usando una matemática muy complicada.

Árboles enormes, las copas cortadas en líneas paralelas, conducen como gigantescas paredes verdes a otro palacio monumental. Los senderos llenos de arena dibujan formas geométricas en el césped, los bordes adornados con rosas y salpicados de estatuas. El césped es tan corto e igual, que puedo imaginarme a alguien arrodillado cortando brizna por brizna con unas tijeras diminutas.

Mi madre dobla hacia la izquierda, toma un sendero arbolado y la seguimos. Al caminar, la arena cruje bajo nuestros zapatos. Luego se detiene y se sienta en un banco con una sonrisa traviesa.

—¿Queréis escuchar una historia? —pregunta, la voz suave, dulce y escalofriante.

Y, sin pensarlo, todos la rodeamos. Mi madre siempre ha tenido ese poder sobre la gente, siempre ha sido la clase de narradora que hace que los oyentes se acerquen y la escuchen atentamente.

Ni siquiera Pauline puede ocultar su interés. Se lleva la mano al cuello de la blusa mientras escucha, de la misma forma en que lo ha hecho hoy varias veces. Un tic nervioso, pienso, aunque resulta extraño. Después de todo, ella dijo ser una escéptica... ¿qué la pondrá tan nerviosa?

Anton comienza a grabar y, cuando mi madre vuelve a hablar, no nos está hablando solamente a nosotros, sino también a un público invisible.

—Un hermoso atardecer de 1925, un caballero se sentó en un banco, aquí en el Jardín de Luxemburgo. —Hace una pausa y da una palmada al asiento que está junto a ella—. Estaba disfrutando de un libro en un día precioso cuando se le acercó un hombre vestido de negro y lo invitó a oír un concierto en su casa. El caballero aceptó y siguió al hombre de negro hasta su apartamento, donde se encontró con una fiesta en pleno desarrollo, y pasó la noche con música, vino y excelente compañía. —Mi madre lanza una sonrisa traviesa y se inclina hacia adelante—. En las primeras horas de la mañana, el hombre se marchó, pero, poco después, descubrió que le faltaba el mechero y regresó a buscarlo. Al llegar, encontró el lugar completamente a oscuras, las puertas y ventanas tapiadas. Fue un vecino quien le informó que un músico había vivido allí tiempo atrás, pero que había muerto hacía más de veinte años.

Un leve escalofrío atraviesa mi cuerpo, pero este es sencillo: el estremecimiento casi placentero que provoca una buena historia de fantasmas. Muy distinto de lo que sentí unas horas antes en el restaurante.

—Y, sin embargo, hasta el día de hoy —concluye mi madre—, si permaneces en el parque mientras baja el sol, es probable que se te acerque un hombre vestido de negro y te formule la misma invitación. La única duda es, ¿la aceptarías?

—¡Finalmente! —exclama Jacob—. Una historia de fantasmas que no está mal.

Mientras mi madre se levanta del banco, sopla una brisa fresca. *Esta* sí se parece al aire frío que sentí en el restaurante. Estoy reprimiendo otro estremecimiento cuando se escuchan pisadas y el crujido de la arena en el sendero a mis espaldas. Al girar, diviso algo —*a alguien*— por el rabillo del ojo.

Pero cuando miro el sendero de frente, no hay nadie.

—¿Has visto...? —comienzo a decir, pero Jacob ya se ha adelantado con el resto del grupo. Exhalo una temblorosa bocanada de aire.

—¿Cass...? —me llama mi padre—. ¿Vienes?

Frunzo el ceño y corro para alcanzarlo.



—Si continúas mirando por encima del hombro —advierte Jacob—, te lastimarás el cuello. —Y comienza a caminar de espaldas a mi lado—. ¿Ves? Yo miraré por ti. —Hunde las manos en los bolsillos y mira a lo lejos con los ojos entrecerrados—. ¿Aún piensas que nos están siguiendo?

—No lo sé —respondo mientras meneo la cabeza—. He tenido una sensación... rara durante todo el día.

—Tal vez Mercurio esté retrógrado.

—¿Y eso qué *rayos* significa? —pregunto, posando los ojos en él.

—No tengo ni idea —admite, y se da la vuelta otra vez—, pero he oído que la gente lo dice cuando las cosas salen mal.

—No creo que los planetas tengan nada que ver con esto —afirmo, con el ceño fruncido.

Jacob se encoge de hombros y caminamos en silencio hacia la última localización del día.

La Torre Eiffel no es exactamente sutil.

La puedes ver desde casi toda la ciudad, una oscura aguja de filigrana que se yergue contra el cielo. De cerca, es enorme. Se cierne como una gigantesca bestia de acero.

El parque de la base de la torre está atiborrado de personas tumbadas bajo el sol de la tarde, y el ambiente no es siniestro en absoluto. Sin embargo, cuando mis padres comienzan a grabar, juro que las nubes cubren el cielo, una brisa leve agita el pelo de mi madre y proyecta una sombra

sobre la cara de mi padre.

Traen la atmósfera con ellas.

—La Torre Eiffel —anuncia mi padre mientras Anton lo graba—. Una emblemática atracción turística y una de las proezas arquitectónicas más famosas del mundo. Un hito de la historia.

—Y una historia funesta —retoma mi madre, con voz suave. Echa una mirada por encima del hombro a la torre antes de continuar—. En los albores del siglo veinte, un joven norteamericano se enamoró de una muchacha francesa, y después de cortejarla, la llevó arriba de la torre para proponerle matrimonio. Pero cuando extrajo el anillo ella se sorprendió tanto que saltó hacia atrás, se resbaló del borde y cayó...

Trago con fuerza, a través de mi piel siento un zumbido de energía nerviosa. Tal vez sea el haber estado tan cerca del lugar en el que cayó el toldo en el restaurante, pero, súbitamente, la Torre Eiffel parece representar un accidente a punto de ocurrir.

—Hay decenas de historias como esa —interviene mi padre con tono escéptico—. Quizá no sean más que leyendas urbanas.

—O quizás una de ellas sea cierta —argumenta mi madre—. Los visitantes afirman haber visto a una joven encaramada sobre la baranda oscura, sonriendo como una novia.

Un ligero movimiento capta mi atención.

Es Pauline. Mientras mis padres relatan la historia, su mano vuelve a subir al cuello y luego extrae algo de debajo de la blusa. Es un collar de plata, con un colgante balanceándose en el extremo. El corazón me da un vuelco y pienso en el espejo de mi bolsillo trasero, listo para ahuyentar a cualquier espíritu inquieto.

Pero luego su colgante refleja la luz y veo que no es un espejo sino un disco de plata liso y gastado por el uso. Mientras observo, ella lo frota con el

dedo pulgar y sus labios se mueven susurrando algo por lo bajo.

—¿Qué es eso? —pregunto, y me muestra el amuleto. La mayoría de los detalles están borrados, pero puedo distinguir las líneas de un ojo.

—Es un viejo símbolo —responde— para alejar el mal.

—Pensé que no creías en esas cosas.

—No creo —contesta con rapidez, agitando la mano—. Solo un poquito de superstición. —Pero no sé si creerle.

—Bueno —dice mi madre, acercándose a nosotras mientras aplaude—. ¿Subimos?

—¿Subir? —repito asustada. Examino la torre.

Confesión: no me gustan las alturas. No podría decir que las *temo*, pero nunca seré esa chica de pie en la cornisa, los brazos extendidos como en ese momento de Harry Potter cuando Hermione vuela en un hipogrifo por primera vez (en la película, obviamente).

Pero tampoco puedo soportar la idea de perderme la experiencia.

Después de dos ascensores y varios tramos de escaleras, llegamos finalmente al mirador más alto de París. Hay una reja de protección, pero yo me mantengo lejos. Aquí arriba, el aire es más frío y me pregunto si podré sentir un cambio súbito de temperatura (una advertencia, si eso es lo que fue) antes de que suceda algo malo. ¿Cómo qué? La Torre Eiffel parece estar sujeta por un millón de tuercas y tornillos. ¿Qué pasaría si uno se rompiera? ¿O si una repentina ráfaga de viento me empujara hacia el borde?

Sacudo la cabeza para apartar el pensamiento. Estoy comenzando a sonar tan paranoica como Jacob.

—A lo que tú llamas paranoico, yo lo llamo práctico.

Y luego, antes de que pueda protestar, mi madre entrelaza su brazo con el mío y me lleva más cerca del borde. Mientras mi padre apoya su mano en mi hombro, olvido los temores. Toda la ciudad se extiende a mis pies,

blanca, dorada y verde, y sé que no existe ninguna foto en este mundo que pueda captar esta vista.

Y durante un momento, me olvido de los fantasmas que supuestamente rondan esta torre. Durante un momento, *casi* me olvido de la inquietante y desquiciada sensación de que alguien me sigue.

Durante un momento, París es simplemente mágica.

—Espera y verás —advierte Jacob con alegría—. Estoy seguro de que *algo* malo va a suceder.

Capítulo ocho

El equipo de grabación les entrega a mis padres el material grabado durante el día para que puedan revisarlo, Pauline nos da dos besos en la mejilla a cada uno y se pierde en la luz del atardecer. Mis padres deciden que deberíamos hacer un pícnic en la habitación del hotel. Nos detenemos en un mercado callejero y compramos pan, queso, salchichas y fruta. Mi madre tararea, las bolsas de las compras balanceándose entre sus dedos. Mi padre lleva una baguette bajo el brazo y les hago una foto mientras sonrío para mis adentros.

Para cuando regresamos al hotel, siento como si hubiéramos caminado a través de toda la ciudad. Subimos a la habitación con piernas doloridas y yo soy la última en entrar.

—Cass, cierra la puerta —pide mi madre, con los brazos llenos de comida.

Cierro la puerta empujándola con el pie y me quito la correa de la cámara del cuello mientras me retiro a mi pequeño dormitorio. Jacob y yo nos dejamos caer en la cama.

Qué día tan extraño, pienso.

—Más extraño de lo normal —admite Jacob.

Giro sobre la cama con un quejido y, cuando me estoy estirando para sacar uno de los cómics del bolso, la voz de mi madre atraviesa la suite.

—¡Cassidy!

—Eso no suena nada bien —comenta Jacob mientras se endereza.

Mi madre tiene muchas voces. La que usa cuando dice *estoy orgullosa de ti*. La que usa para *has llegado tarde a cenar*. La de *tengo que hablar contigo sobre una decisión que tomamos con tu padre que nos cambiará la vida*. Y luego está la voz que usa cuando dice *estás en serios problemas*.

Esa es la que está usando ahora.

Me dirijo a la sala y la encuentro junto a la puerta, con los brazos

cruzados. Está abierta.

—¿Qué te pedí que hicieras? —pregunta abruptamente, y yo paseo la mirada entre ella y la puerta con expresión confundida.

—¡Yo la he cerrado! —respondo, desviando la mirada hacia Jacob, que se limita a encogerse de hombros.

—A mí no me mires —exclama—. Yo no la abrí.

Y no comprendo verdaderamente cuál es el gran problema hasta que escucho a mi padre afuera, en el pasillo, diciendo: «Ven aquí, gatito, gatito», mientras hace sonar el plato de comida de Grim.

Ay, no.

—¿Se ha escapado? —pregunto con un quejido.

Esta es la cuestión: Grim no es un gato normal. No es cazador y ni siquiera es muy rápido. En casa se mueve tanto como una tortuga. Así que, aun si *hubiera* dejado la puerta abierta, lo cual *no* ha ocurrido, las posibilidades de que se hubiera marchado son prácticamente nulas.

Y, sin embargo, aquí no está.

Y tampoco está en el pasillo.

Nos separamos. Mi padre sube por la escalera al piso de arriba, mi madre baja al hall de entrada y Jacob y yo revisamos el espacio entre ambos.

¿Cómo ha salido? ¿*Por qué* ha salido? Grim nunca ha demostrado demasiado interés en el mundo exterior: las pocas veces que se aventuró más allá del porche de nuestra casa, lo más lejos que llegó fue hasta el lugar soleado más cercano antes de despatarrarse boca arriba para echarse una siesta.

—¿Grim? —lo llamo suavemente.

—¡Grim! —repite Jacob.

Se me tensa ligeramente la garganta. ¿*Dónde* está?

Buscamos detrás de las macetas y debajo de las mesas, pero no hay rastro

del gato en el segundo piso ni en el primero. No hay rastro al llegar al hall de entrada, donde mi madre está hablando con la recepcionista y decido revisar el salón donde desayunamos. Está fuera de servicio durante la noche, pero una de las puertas de cristal está entreabierta. Una rendija lo suficientemente grande para un gato.

Cruzo la puerta, con Jacob pisándome los talones. Tanteo la pared en busca del interruptor de luz, pero no lo encuentro. Aun cuando las cortinas están cerradas, la Rue de Rivoli irradia suficiente luz como para ver el interior.

—¿Grim? —lo llamo suavemente, intentando mantener la voz firme mientras me deslizo entre las mesas.

Y luego, entre un paso y el siguiente, contengo la respiración. Es como chocar contra una zona de aire frío. Un temblor repentino se extiende por mi cuerpo.

—Jacob...

Ding... ding... ding...

Jacob y yo alzamos la vista. Una araña cuelga del techo, los cristales tintinean ligeramente mientras se balancean.

Jacob y yo nos miramos mutuamente.

Mi mirada dice: «¿Tú has hecho eso?».

Y la suya: «¿Estás loca?».

El frío aumenta y, mientras observo, el mantel de una mesa cercana comienza a deslizarse, arrastrando con él todo lo que tiene arriba. Me lanzo hacia él una décima de segundo demasiado tarde. Los platos y los cubiertos caen estrepitosamente al suelo y, un segundo después, una silueta atraviesa deprisa la oscuridad hacia mi izquierda. Son sombras sobre sombras, está muy oscuro como para ver, pero una cosa es segura.

Es más grande que un gato.

Antes de que pueda salir tras ella, Jacob grita:

—¡Lo he encontrado!

Me doy la vuelta y veo a Jacob a cuatro patas, en el otro extremo del salón, mirando debajo de una silla.

Tiene que ser Grim.

Pero cuando me acerco, lanza un bufido.

Grim *nunca* bufa, pero ahora alza la vista hacia mí, los ojos verdes muy abiertos y las orejas hacia atrás, enseñando los colmillos. Y cuando intento agarrarlo, pasa disparando junto a mí, atraviesa las manos extendidas de Jacob y sale del salón. Lo perseguimos hasta el vestíbulo, donde la muy disgustada recepcionista que nos recibió ayer, lo agarra del cogote y se vuelve hacia mi madre.

—Creo —comenta secamente— que esto le pertenece.

Mi madre mira al gato y frunce el ceño.

—Lo siento mucho —dice mientras sujeta al desdichado Grim y me lanza una mirada asesina—. No volverá a suceder.

Pero mientras la sigo por las escaleras, en lo único que puedo pensar es en que estoy *segura* de que cerré la puerta de nuestra habitación.



Mis padres colocan el improvisado pícnic en la mesa de café y la tensión se diluye mientras nos sentamos en el suelo sobre almohadones y comemos manzanas, queso y baguette fresca. Cuando mis padres se ponen a hablar sobre el día de grabación, mi mente vuelve al frío una y otra vez. Lo sentí durante el almuerzo, justo antes de que se rompiera el toldo, nuevamente en los jardines y por última vez abajo, en el salón. Y todas las veces ese frío estuvo acompañado de la sensación, igual de fuerte, de que no estaba sola.

Evidentemente, *algo* espantó a Grim, que se enfrentó al susto

enroscándose en una bola peluda y roncando con suavidad a los pies de mi cama.

¿Qué vio él? ¿Qué vi yo?

Pienso en la sombra del salón. Tal vez fue una ilusión óptica, las luces de la calle formando sombras...

—¿Te encuentras bien, Cass? —pregunta mi madre—. Parece que estuvieras a kilómetros de distancia.

—Lo siento —contesto, intentando sonreír—. Es solo cansancio.

Me levanto de la mesa y agarro el teléfono.

Necesito una segunda opinión.

Le mando un mensaje de texto a Lara.

Cass: ¿Puedes hablar?

Cass: Necesito ayuda.

Diez segundos después, suena el teléfono.

Me dirijo al baño y Jacob entra detrás de mí. Tiene mucho cuidado en ponerse de espaldas al espejo mientras yo cierro la puerta y contesto.

—Cassidy Blake —dice una delicada voz inglesa—. ¿Ya estás en problemas?

Oprimo el botón del video-chat y, después de unos segundos de almacenar información, Lara Chowdhury aparece en la pantalla. Está sentada en un sillón de respaldo alto, una taza de té haciendo equilibrio sobre una pila de libros a sus espaldas.

Su atención se desvía de inmediato hacia Jacob.

—Veo que todavía conservas a tu fantasma mascota.

—¿Estás celosa porque tú no tienes una? —pregunta Jacob, con el ceño fruncido.

—No discutáis —exclamo dirigiéndome a ambos.

Lara suspira y apoya la cabeza sobre una mano. Su pelo negro está

recogido arriba de la cabeza en un moño desordenado. Es la primera vez que algo relacionado con Lara pueda describirse como *desordenado* y...

—¿Eso es... un pijama de Harry Potter? —pregunto.

—Solo porque sea de color azul y bronce...

—Es *totalmente* un pijama de Harry Potter, ¿verdad?

—Es *cómodo* —responde Lara algo enfurecida—. Puede ser que *tal vez* represente exactamente a mi casa preferida... —Menea la cabeza y cambia de tema—. ¿Cómo está París?

—Embrujada.

—No me digas —comenta—. Fui el verano pasado y estuve muy ocupada. ¿Dónde habéis estado hasta ahora?

—En las Tullerías, los jardines de Luxemburgo, la Torre Eiffel. Ah, y en las Catacumbas.

—¿*Bajasteis* a las Catacumbas? —Lara suena *casi* impresionada.

—Sí —contesto—. No estuvo *tan* mal. Digo, para que me entiendas bien, no fue un día de playa, pero con tantos esqueletos, pensé que sería peor...

—Los cementerios suelen ser bastante silenciosos —señala Lara, encogiéndose de hombros.

—Lo sé, pero como movieron los cuerpos, pensé que...

—Por favor —exclama Lara—, si los fantasmas se irritaran cada vez que mueven sus huesos, no habría lugar en el Intermedio.

—Pero las Catacumbas *están* embrujadas —afirmo.

—Por *supuesto* que están embrujadas —concuerta Lara—. Toda París está embrujada. Pero estoy segura de que no todos los *seis millones de espíritus* de las Catacumbas están enfadados y embrujados. —Lara se endereza en el sillón—. ¿Y? No me has llamado solamente para ponerme al tanto de tu estancia.

—No. —Me muerdo el labio—. Está sucediendo algo extraño.

Le hablo sobre el toldo roto del almuerzo, la sensación de que me siguen, la escapada de Grim y el mantel que se movió en el salón... por no mencionar la sombra. Y le hablo acerca de la ráfaga de frío que sentí justo antes de cada evento.

Mientras hablo, los ojos de Lara se van entrecerrando.

—Cassidy —dice lentamente cuando termino—. Es probable que hayas atraído a un *poltergeist*.

Lara suena nerviosa, lo cual me pone nerviosa a mí también.

—¿Qué es un *poltergeist*? —pregunta Jacob.

—Es un espíritu que se siente atraído hacia la energía espectral —explica Lara, sin apartar los ojos de mí—. Es probable que estuviera dormido hasta que sintió tu energía, Cassidy. —Sus ojos se desvían bruscamente hacia Jacob—. O la de él. Esa sensación de frío que has estado sintiendo es realmente una especie de intuición, una advertencia de que hay espíritus poderosos cerca.

—Bueno —cavilo mientras me siento en la bañera—. Pero un *poltergeist* es simplemente un tipo de fantasma, ¿verdad?

—Un tipo de fantasma *muy* peligroso —responde Lara—. Se alimenta del caos.

—¡Cassidy! —grita mi madre golpeando la puerta—. ¿Todo bien allí dentro?

—¡Sip! —le contesto—. Me estoy cepillando los dientes. —Bajo la voz y me vuelvo hacia Lara—. Pero ¿cómo puede ser que un *poltergeist* cree problemas en el mundo real? ¿No debería estar encerrado en el Velo?

Lara se pellizca el puente de la nariz.

—Estos espíritus son *vagabundos*. No están atrapados en una trayectoria circular ni en un recuerdo, y no están atados al lugar en el que murieron. Han logrado liberarse del Intermedio. Pueden moverse libremente a través

de él e incluso cruzar el Velo y pasar a nuestro mundo.

—Como la Corneja Roja —señalo, recordando a la mujer fantasma que atormentaba Edimburgo robando a los niños, antes de robar mi vida.

—Sí y no —repite Lara—. La Corneja no pudo abandonar el Intermedio hasta que tuvo tu vida. Es por eso que tenía que hacer que tú entraras en él. Pero estos espíritus ya tienen un pie en cada lado. De modo que felicitaciones, has conseguido despertar algo aún más peligroso.

Mi estómago da un vuelco ante la idea. La Corneja no fue precisamente un juego de niños.

—Es como un videojuego —acota Jacob—, en el que, en cada nivel, el *boss* es cada vez más difícil de vencer.

—Es una manera excesivamente simplista de verlo —dice Lara frunciendo el ceño—. Pero supongo que es algo así.

—Está bien —prosigo, la mente hecha un torbellino—. Pero un poltergeist sigue siendo un espíritu. Así que solo tengo que encontrarlo y liberarlo.

—Sí —afirma Lara—. Lo antes posible. Estos espíritus comienzan con pequeñas travesuras, pero, con el tiempo, recurren a las amenazas y al peligro y luego, al caos. A la violencia. —Pienso en el toldo roto, los cristales en la mesa, la suerte que tuve de no cortarme—. No tienen el menor escrúpulo en hacer daño a la gente, incluso *matarla* —advierde Lara—. Y cuanto más lío haga un poltergeist, más poderoso se vuelve. —Lo mira a Jacob y luego vuelve a posar los ojos en mí, y las palabras que siguen son punzantes—. Espíritus tan fuertes como este no tienen lugar en nuestro mundo, Cassidy. Cada minuto que pasan en libertad, causan daño en el equilibrio y en el Velo.

Jacob mira hacia el suelo y aprieta los puños. Los dos sabemos que Lara no está hablando solamente del poltergeist.

—Muy bien —digo, y me aclaro la garganta—, gracias por las palabras de ánimo. ¿Estás segura de que no quieres venir a París?

—Ojalá pudiera —contesta Lara y una sonrisa de tristeza se extiende por su rostro—. Pero estoy aquí si me necesitas. Y, ¿Cassidy?

—¿Sí?

—Ten cuidado. Y tú... —Le echa una mirada fulminante a Jacob—, ya que estás aquí, sirve para algo.

Lara corta la conversación y me quedo mirando fijamente la pantalla oscura.

—¿Sabes algo? —murmura Jacob secamente—. Creo que estoy empezando a gustarle.

Suspiro y lo echo del baño, para poder lavarme los dientes de verdad.

Necesito dormir, mañana tengo que cazar a un poltergeist.

Para cuando me meto en la cama, Jacob ha desaparecido. No permanece cerca por las noches y lo cierto es que no sé a dónde va.

A veces, hasta los mejores amigos fantasmas y videntes tienen secretos.

Capítulo nueve

Algo me saca bruscamente de mi pesado sueño sin sueños.

No sé qué es —un peso en el borde de la cama, Grim caminando alrededor de la sala—, solo sé que estoy despierta y la habitación está oscura. Al otro lado de la ventana, la noche todavía está negra. La puerta se halla entreabierta, contengo la respiración y aguzo el oído para escuchar algo, cualquier cosa —los ronquidos de mi padre, los sonidos de los turistas trasnochados en la calle—, pero la suite está extrañamente silenciosa.

Hasta que escucho el chasquido de una cerradura, el débil chirrido de la puerta del hotel abriéndose de par en par.

El poltergeist.

Una fina luz roja se filtra desde el pasillo. Me levanto y camino descalza con lentitud en la oscuridad. Para cuando llego a la puerta, el resplandor carmesí se está deslizando escaleras abajo. Mientras salgo al pasillo, busco mi colgante, pero descubro que no lo llevo encima: debo haberlo dejado en la mesilla de noche. Al darme la vuelta para ir a buscarlo, las puertas se cierran dejándome afuera.

Una ráfaga sopla por el pasillo, fría y repentina, y reprimo un estremecimiento.

—Cassidy...

Mi nombre es un suspiro en el aire, débil y distante, pero reconozco esa voz.

—¿Jacob? —pregunto, tratando de hablar bajo.

—Cassidy —llama nuevamente, su voz brota del suelo. Se escucha un estrépito y me precipito hacia las escaleras, segura de que el poltergeist ha atrapado a Jacob, que mi amigo está en peligro.

Aguanta, Jacob, pienso, lanzándome escaleras abajo. Aguanta, aguanta.

No tienen el menor escrúpulo en hacer daño a la gente, comentó Lara.

Aguanta.

Con cada paso hacia abajo, la temperatura desciende.

Al llegar al segundo piso, tengo frío.

Al llegar al primero, estoy tiritando.

—¿Jacob? —lo llamo nuevamente, mi respiración forma una niebla frente a mí mientras llego al vestíbulo resbalando por el suelo de mármol. Me pongo de pie con dificultad, preparada para pelear, preparada para salvar a mi mejor amigo...

Pero no hay nadie más.

Ningún poltergeist que lo ataque.

Solo Jacob, de rodillas en el centro del vestíbulo. La cabeza en las manos mientras el aire que lo rodea se agita frenéticamente. La araña se balancea, los cuadros se sacuden y un sillón raspa el suelo, y me doy cuenta horrorizada de que todo eso proviene de él.

—¡Jacob! —grito por encima del rugido del viento—. ¿Puedes oírme?

Emite un gemido débil.

—¿Qué me está pasando? —Su voz suena rara y hueca—. Cassidy...

Sus palabras se apagan, el color se escurre poco a poco de su ropa, de su piel. El agua gotea de su pelo, de sus vaqueros, y forma un charco alrededor de él en el suelo de madera hasta que tiene el mismo aspecto que tenía esa vez que lo vi en un espejo.

Parece gris, mojado y perdido.

Parece que estuviera *muerto*.

No. No. No.

—¡Cassidy! —llama una voz, pero no proviene de Jacob.

Es *Lara*.

Tiene su trenza negra agitándose al viento, se encuentra detrás del escritorio de recepción, lista para enfrentarse a la peor parte del caos. Lara, que siempre parece tener una respuesta para todo, que siempre sabe qué

hacer. Pero sus ojos no están muy abiertos por la preocupación, están enfadados.

—¡Te advertí que esto pasaría! —grita, la voz deformada por la fuerza del torbellino de Jacob—. Te dije que se estaba volviendo más fuerte.

Me agacho cuando un florero se estrella contra la columna, por encima de mi cabeza, produciendo una lluvia de trozos de cristal y flores rotas, que vuelven a levantarse vertiginosamente antes de llegar a tocar el suelo de mármol.

—¡Cass! —aúlla Lara mientras el caos del vestíbulo alcanza un sonido agudo y frenético—. Tienes que liberarlo.

Pero no puedo. No quiero. Tiene que existir otra solución.

Jacob se hace un ovillo en mitad de la tormenta y yo intento acercarme, sujetarlo de la mano, sacarlo de donde se encuentra. Sé que si consiguiera acercarme lo suficiente... pero el torbellino que lo rodea es muy poderoso y me arroja con fuerza hacia atrás hasta que me golpeo contra una columna de mármol y...

Me incorporo jadeando en la oscuridad.

Era simplemente una pesadilla.



—Estás rara —comenta Jacob a la mañana siguiente.

Ha recuperado su aspecto normal. No hay rostro macabro ni ojos vacíos ni un charco de agua a sus pies, es simplemente mi mejor amigo en toda su semitransparente gloria. Desearía poder echarle los brazos al cuello. En su lugar, hago todo lo posible por aclarar mi mente, contenta de que no pueda leer mis sueños tan bien como mis pensamientos.

—Solo cansada —respondo mientras salimos del metro.

Lo cierto es que mi mañana no comenzó de la mejor manera.

Durante el desayuno, casi salto de la silla cuando alguien dejó caer una cafetera en el salón. No se debió a la actividad de ningún espíritu, fue solamente un camarero con dedos torpes. Sé que no *todo* es un presagio de peligro, pero de todas formas me puso muy nerviosa.

Intenté olvidarlo, pero no hizo más que empeorar. Mientras nos marchábamos del hotel, comenzó a sonar la alarma de un coche al final de la calle. Y luego otra y otra, como por efecto dominó.

—¿Estás un poco nerviosa esta mañana? —preguntó mi padre, dándome una palmada en el hombro mientras yo echaba una mirada con los ojos entornados a la acera atestada de gente, tratando de distinguir al que había disparado la primera alarma. Pensé en cruzar al Velo... pero no podía, no delante de mis padres, Pauline y el equipo de rodaje.

Ahora atravesamos las verjas del cementerio y siento que la temperatura desciende.

—¿Estás cogiendo un resfriado? —pregunta mi madre al ver que me aprieto el jersey por el frío.

—Tal vez —respondo, hundiendo las manos en los bolsillos y aferrando con fuerza el collar. Siento que mis nervios están tan tensos que...

La rama de un árbol cae al suelo delante de nosotros.

Mi madre pega un salto, su brazo tira de mí hacia atrás.

—Eso ha estado cerca —comenta mirando la rama.

—Demasiado —musito.

¿Qué fue lo que dijo Lara? Primero vienen las travesuras, luego las amenazas y el peligro, y finalmente el caos.

Necesito hacer algo antes de que los ataques se intensifiquen.

Y un cementerio parece un buen lugar para comenzar.



Estudio la gran hoja de papel desplegada en las manos de mi madre.

—¿Qué clase de cementerio necesita un plano? —pregunto.

—Uno muy, muy grande —responde, los ojos brillantes y una gran sonrisa.

Y, descubro después, que mi madre se ha quedado muy corta.

Père Lachaise es como una ciudad adentro de otra. Hasta hay carteles indicadores, manzanas, barrios. Senderos adoquinados serpentean entre las tumbas. Algunas son bajas como ataúdes de piedra y otras se ciernen como casas pequeñas, una al lado de la otra. Algunas criptas son nuevas y otras son viejas, algunas están selladas mientras que otras están completamente abiertas, y aquí y allá los árboles amenazan con desenterrar tumbas, las raíces empujan hacia arriba, alrededor y debajo de las piedras.

Aquí no hay furia.

Solo una ola superficial de tristeza y de pérdida.

—Cass —advierte mi madre—. No te alejes.

Y, por una vez, no parece una advertencia inútil. Este lugar es *inmenso* y es muy fácil imaginar la posibilidad de perderse. Pero eso también significa que mis padres no notarán si me escabullo.

Con cada paso, me retraso un poco y, finalmente, me quedo merodeando entre las lápidas.

Si yo fuera un poltergeist, ¿dónde estaría?

—Ven aquí, fantasma, fantasma —llama Jacob.

Alzo los ojos y lo veo encaramado en un enorme ángel de piedra, una pierna colgando del borde y la otra flexionada, el codo apoyado sobre la rodilla. Mientras levanto la cámara para hacer una fotografía, adopta una actitud pensativa y escudriña el cementerio.

La cámara hace clic y me pregunto si aparecerá en la película.

Hubo un tiempo en que yo sabía que no ocurriría. Ahora no estoy tan

segura. Pienso en la última foto de Edimburgo, la que guardo en el bolsillo del bolso de la cámara. En ella, Jacob y yo estamos uno a cada lado de una ventana. Yo en el interior de la tienda y él en la calle, y ambos nos volvemos para mirar al otro.

Él no está *realmente* ahí, detrás del cristal.

Pero tampoco *no* está ahí.

Pudo haber sido una ilusión óptica, un reflejo deformado.

Pero no creo que lo fuera.

Espíritus tan fuertes como este no tienen lugar en nuestro mundo.

La advertencia de Lara se funde con sus palabras de mi pesadilla.

Tienes que liberarlo.

Jacob se aclara la garganta.

—Bueno —exclama descendiendo de su privilegiado mirador—. No hay ningún poltergeist.

—No —digo, echando una mirada a mi alrededor—. Aquí no...

—No me gusta la forma en que has dicho eso —repone con el ceño fruncido.

Más adelante, mis padres se detienen delante de una cripta, Anton y Annette preparan las cámaras y yo veo la oportunidad. Extraigo el espejo del bolsillo.

—Vamos —susurro mientras me estiro hacia el Velo—. Si el poltergeist no viene hasta nosotros, nosotros iremos hacia el poltergeist.

Capítulo diez

En un abrir y cerrar de ojos, me hundo en la nada y vuelvo a salir.

Mis pies aterrizan nuevamente en el sendero de adoquines y Père Lachaise se extiende otra vez frente a mí, un fantasma de su ser anterior. Tirabuzones de niebla se enroscan alrededor de mis piernas. El cementerio es grande, gris y espeluznantemente silencioso. Saco el espejo del bolsillo y enrolló la cadena alrededor de la muñeca mientras Jacob aparece a mi lado. Echa una mirada al lugar y arruga un poquito la nariz.

—¿Por qué hay siempre neblina en los cementerios? —pregunta, lanzando una patada al aire nublado que rodea nuestros pies.

—Diez felicitado en atmósfera —comento.

Cerca, la puerta de una cripta oscila sobre una bisagra rota. Al otro lado del sendero, un cuervo grazna y levanta vuelo.

—Elegiré la categoría: «Bandas de sonido aterradoras para Halloween», por doscientos dólares —masculla Jacob, parodiando el programa de televisión *Jeopardy!* de preguntas y respuestas.

Pero, a pesar de toda la emotividad que hay, el lugar se mantiene en calma.

El tema con los cementerios es que no están tan embrujados como uno pensaría. Claro que hay algunos fantasmas aquí y allá, pero la mayoría de los espíritus inquietos se sienten más atraídos por el lugar en donde *murieron* y no por el lugar en donde los enterraron.

Así que no debería ser tan difícil encontrar a nuestro espíritu inquieto.

Siempre y cuando él quiera que lo encontremos.

—¿Y si no quiere? —pregunta Jacob.

Qué buena pregunta.

¿Cómo consigues que un poltergeist salga de su escondite?

—Tal vez si lo ignoramos, pierda interés en nosotros y se marche.

—No es una *abeja*, Jacob. Y ya oíste a Lara. Cuanto más tiempo esté el

poltergeist libre, más caos provocará. Lo cual es malo por sí mismo y peor dado que este espíritu en particular parece decidido a molestarnos a *nosotros*.

Echo una mirada a las tumbas.

—¿Hola? —exclamo, aferrando el espejo.

—¿Qué aspecto crees que tiene un poltergeist? —susurra Jacob—. ¿Es humano? ¿Un monstruo? ¿Un pulpo?

—¿Un pulpo?

—Más brazos, más trave... —responde mientras se encoge de hombros.

Me inclino y apoyo la mano sobre su boca. Y él arquea bruscamente las cejas, confundido.

He escuchado algo.

Nos quedamos completamente quietos y callados. Y luego se escucha otra vez.

Es la voz de un niño.

—*Un... deux... trois...* —dice con voz melodiosa.

El cementerio comienza a llenarse de una tenue luz roja y un viento frío sopla sobre mi piel.

Escucho el ruido de pies que se arrastran, zapatos pequeños deslizándose a través del sendero. Me doy la vuelta justo a tiempo para ver una sombra corriendo a toda velocidad entre las criptas.

—...*quatre... cinq...* —prosigue la voz y deseo fervientemente saber francés.

—¡Sal de donde estés! —grito—. Solo quiero hablar.

—...*sept...* —continúa, ahora a mis espaldas.

Me giro, pero no hay nadie atrás, solamente lápidas.

—...*huit...* —Ahora su voz es más suave y se va alejando, llevándose con ella la extraña luz roja.

—Muy tímido para ser un espíritu —señala Jacob.

Me muerdo el labio. Tiene razón. A pesar de todas las diabluras que ha hecho el poltergeist, no he captado más que un vistazo fugaz de él. Y si quiero atrapar a este fantasma, tendré que lograr que venga a mí.

—¿Y cómo planeas *hacerlo*? —pregunta Jacob—. ¿Tienes a mano algún cebo especial para estos espíritus?

Me froto las sientes. ¿Qué dijo Lara?

Encuentran su motivación en crear problemas. En hacer travesuras.

Muy bien. Entonces tengo que darle al fantasma la oportunidad de hacerlas. Levanto la mirada hacia las criptas, algunas tan altas como casas.

Jacob me lee la mente y luego dice:

—No.



—Es una idea terrible —insiste Jacob mientras subo encima de la tumba.

—Siempre dices lo mismo.

Miro hacia abajo: estoy a menos de un metro del suelo. No es suficientemente alto. Aferro la talla de la cripta más cercana y comienzo a subir más arriba.

—Sí, y no suelo equivocarme —afirma—. ¿Qué dice eso acerca de tus ideas?

Mis zapatos resbalan sobre el lado de la cripta, pero, finalmente, logro elevarme y ponerme derecha, balanceándome sobre el techo a dos aguas. Echo un vistazo al cementerio.

—¡Sal, sal de las sombras! —grito.

No hay respuesta.

Me obligo a caminar por el techo en punta y me acerco al borde. Contengo la respiración y espero.

—Bueno —exclama Jacob, cambiando el peso del cuerpo de un pie al otro—. Te has esforzado todo lo que has podido. Creo que es mejor que bajes y... —Su voz se apaga cuando, repentinamente, la voz suena *mucho* más cerca.

—...*dix*.

Una ráfaga de frío roza mi piel, una teja se desliza detrás de mí y cae haciéndose añicos sobre una lápida. Ante el ruido, unos cuervos espectrales salen volando raudamente. Me vuelvo hacia el estrépito y lo veo encima de una lápida, a tres metros de distancia.

Es el poltergeist.

No sé qué esperaba.

Un monstruo, quizá. Una criatura fantasmal de dos metros de altura, llena de garras y colmillos.

Pero es simplemente un niño.

Un niño pequeño, de unos seis o siete años, con el pelo marrón y rizado, y una cara redonda cubierta de tierra. Está vestido con ropa de otra época, una camisa y pantalones que se abultan en sus huesudas rodillas. Los bordes de su silueta ondean levemente, como si no estuviera totalmente aquí, pero son sus ojos los que me detienen.

No son marrones ni azules sino *rojos*.

Del rojo de una brasa encendida o de una linterna contra la palma de la mano. Esa tonalidad de rojo que *resplandece* y proyecta una luz carmesí sobre las tumbas, las criptas y la niebla.

—Te he encontrado —exclamo, y el niño me sonrío justo antes de *moverse*. No de la forma en que un chico se supone que debería moverse, un pie delante del otro. No. Es como si no se rigiera por las leyes de este lugar y, en el tiempo que a mí me lleva parpadear, salta hacia adelante. En un momento está encima de una cripta a tres metros de mí y, un segundo

después está a treinta centímetros, encaramado en el techo a dos aguas.

—¡Ahora! —me exhorta Jacob, y mi mano vuela hacia arriba, el colgante del espejo justo delante del rostro del niño.

Sus ojos rojos se agrandan mientras observa el espejo, perdido en el reflejo de su imagen.

—Observa y escucha —recito—, mira y aprende. Esto es lo que eres.

Extiendo la mano hacia el hilo de su pecho, pero cuando mi mano choca contra su camisa, no la atraviesa. Sigue estando macizo, o lo más cercano a eso que puede llegar a estar un fantasma. Me aclaro la garganta, aferro con más fuerza el espejo y vuelvo a comenzar.

—Observa y escucha —repito tratando de que mi voz brote firme—. Mira y...

Pero el niño frunce el ceño, los ojos rojos se desvían rápidamente del espejo y se posan sobre mi rostro, como si no lo afectara.

No es posible, pienso.

Justo antes de que me empuje hacia abajo.

PARTE TRES
AMENAZAS

Capítulo once

Hay un momento en que empiezas a caer y piensas: *Tal vez todo termine bien.*

Tal vez recupere el equilibrio. Tal vez una mano me sujete. Tal vez algo suave disminuya el impacto de mi caída.

En este caso, no sucede así.

Estoy cayendo y, en algún lugar entre el borde del techo y el césped, atravieso el Velo y aterrizo con *fuerza* en el suelo, al lado de la cripta. El golpe me quita el aire de los pulmones y una descarga de dolor trepa por mi brazo derecho y, durante un segundo, lo único que puedo hacer es apartar las estrellas de un parpadeo y esperar que no se me haya roto nada.

Jacob aparece encima de mí y da la sensación de estar preocupado, porque las primeras palabras que brotan de su boca no son «Te lo dije» sino «¿Te encuentras bien?».

Me siento, aturdida y agradecida de que mi cabeza haya eludido el borde puntiagudo de la lápida más cercana. Mi codo vibra y siento un hormigueo en los dedos, pero, por lo visto, no se ha roto nada. Incluida la cámara.

Pequeños milagros.

Emito un gemido. Desearía que Jacob fuera lo suficientemente macizo como para ayudarme a ponerme de pie. Me levanto sola y me froto el brazo.

—Estoy bien.

—Menos mal —dice Jacob, echando un vistazo hacia la cripta—. ¿Qué ha pasado allí arriba?

Alzo los ojos y, durante un segundo, aún puedo ver la silueta del niño, una vaga sensación del poltergeist mirándome desde el techo con el ceño fruncido. Como una imagen persistente, un destello sobre los ojos, pero cuando parpadeo, desaparece.

—El espejo no funcionó.

—¿Por qué no? —insiste Jacob—. ¿Está roto? ¿O empañado o algo así?

Lo reviso, pero la imagen de mí que el espejo me devuelve es clara, nítida... y confundida.

—¿Y las palabras? —pregunta—. ¿Las pronunciaste bien?

Lo hice. Hice *todo* bien.

Entonces, ¿por qué no funcionó?

Paso el collar por mi cabeza y meto el colgante debajo de la ropa. Y después hago lo único que se me ocurre.

Llamo a Lara.



—Un momento, más despacio —exclama.

Desde que Lara ha respondido la llamada, Jacob y yo hemos estado hablando uno sobre el otro.

—¿Qué quieres *decir* con eso de que el espejo no ha funcionado?

Camino más rápido revisando el cementerio en caso de que mis padres estén cerca.

—Quiero decir que *no ha funcionado*.

Surgen voces a mi derecha. Mis padres.

—Bueno, tienes que haber hecho algo mal —insiste Lara. Diviso a mis padres en uno de los senderos adyacentes, hablando delante de una lápida mientras Anton y Annette los graban.

—Hice todo lo que me enseñaste —contesto abruptamente. Pauline mira por encima del hombro y se lleva un dedo con la uña impecablemente pintada a los labios—. Acorralé al poltergeist —enumero bajando la voz—. Levanté el espejo, pronuncié las palabras y después él simplemente miró hacia *arriba* y posó los ojos en mi rostro.

—¡Y luego la empujó desde el techo! —agrega Jacob.

—¿Y qué hacías en un techo? —inquire Lara.

—No importa —susurro frotándome el brazo, que aún me duele de la caída—. Lo que importa es que este poltergeist sigue dando vueltas por aquí y, aparentemente, es *inmune a los espejos*.

Lara exhala y casi puedo escucharla pellizcándose el puente de la nariz.

—Bueno, bueno —murmura suavemente, hablando más consigo misma que conmigo—. Iré a hablar con el tío Weathershire y te vuelvo a llamar. Mientras tanto, mantente *fuera* del Velo y en guardia.

Justo en ese momento, la esquina de una lápida se desmorona cerca del equipo de grabación. Anton se aparta de un salto y casi se cae por la puerta de cristal de una cripta, que está abierta.

Jacob y yo intercambiamos una mirada y luego me vuelvo hacia el teléfono y hacia Lara.

—Date prisa —remarco.



—Vamos, Lara —mascullo, golpeando el teléfono contra mi mano.

Ya ha pasado una hora y todavía no ha llamado.

El equipo terminó de grabar en Père Lachaise y nos dirigimos al metro. Contengo la respiración mientras descendemos al andén, esperando que suceda algo malo, deseando que no. En el tren, la atmósfera está sofocante, pero le miento a mi madre diciéndole que tengo frío y me ofrece el jersey de más que siempre lleva en el bolso. Me envuelvo con él y lo aprieto contra mi cuerpo, aunque estoy sudando debajo de toda la ropa.

—¿Qué estás haciendo exactamente? —pregunta Jacob mientras mis mejillas se ponen rojas por el calor.

Hasta ahora, la única señal de que el poltergeist está cerca es esa ráfaga de frío. Quiero estar segura de sentirla.

—Te has convertido en un termómetro de fantasmas.

Estiro las mangas por encima de las manos. *Básicamente.*

Las luces del vagón titilan y casi me levanto de un salto. Pero no siento ninguna descarga de frío, ningún escalofrío de advertencia y, un segundo después, las luces se encienden nuevamente.

—Eso ocurre a veces en los trenes —comenta mi madre, deslizándose más cerca de mí—. Pero no te preocupes, no creo que este vagón esté embrujado.

Lo dice alegremente, pero se me hace un nudo en el estómago, un recordatorio de que no es solo al poltergeist a quien debo temer. El Velo continúa ondeando a mi alrededor, listo para arrastrarme dentro de él en cuanto me distraiga. Jacob se acerca más a mí hasta que nuestros hombros casi se tocan.

—No mientras yo esté de guardia —afirma.

Descendemos en una estación que se llama Opéra y salimos a la calle delante de un gigantesco edificio de piedra que parece un pastel de bodas. Esto, según mi padre, es el Palais Garnier: el Teatro de la Ópera de París.

—Yo pensaba que *El Fantasma de la Ópera* era simplemente un musical de Broadway —comento.

—Lo es.

—Pero ¿estás diciendo que aquí existe *realmente* un fantasma?

—Estoy diciendo que existe una historia.

—La mayoría de las historias están inspiradas en *algo* —explica mi madre mientras levanta la cabeza.

Entramos al teatro. Toda la galería está hecha de mármol, los remolinos de piedra gris y blanca solo están interrumpidos por inmensos candelabros de hierro. Las escaleras parecen salidas directamente de Hogwarts, peldaños gigantes que se abren hacia la derecha y hacia la izquierda, como si llevaran a las habitaciones de la casa. Al entrar al auditorio, Jacob lanza por

lo bajo un silbido de admiración. Está lleno de asientos de terciopelo rojo y de palcos, todas las superficies doradas.

Mis padres, Pauline y el equipo se dirigen a las cámaras que se encuentran *debajo* del teatro. Decido no participar en este recorrido y me hundo en uno de los asientos de terciopelo con los *macarons* que quedaron de ayer. Mi padre me echa una última mirada que dice «no te muevas de ahí» mientras se dirigen al pasillo.

Observo a un puñado de trabajadores que mueven piezas de un decorado sobre el escenario. Entreveo partes que no están terminadas, y los cables, las cuerdas y los fondos quedan a la vista. Pronto, las piezas del decorado se ensamblan en lo que parece ser la fachada de una mansión.

—Esto me gusta —comenta Jacob cuando se sienta a mi lado—. Deberíamos hacer esto más seguido, *no* buscar fantasmas.

—*No* es eso lo que estamos haciendo —señalo mientras mis pensamientos dan vueltas.

Cada golpe del martillo del tramoyista, cada arañazo de la madera, cada chirrido y cada crujido me crisan los nervios.

Cuando mi móvil suena, lanzo un chillido de sorpresa y me golpeo la rodilla contra el brazo del asiento.

—Hola, vieja —respondo con brusquedad, me froto la pierna.

—Viejos son los trapos —rezonga Lara.

—¿Qué?

—No importa, es algo que dice mi madre. ¿Puedes hablar? ¿Dónde estás?

—En la Ópera.

—Oh, ¿has visto al fantasma? En realidad son *varios*. Aunque el tío me dijo que los dejara tranquilos... no estaban causando ningún problema, y, aparentemente, algunos fantasmas pueden ser útiles para el negocio. No sé si estoy de acuerdo con él, pero imagino que los fantasmas pueden esperar

hasta mi próximo viaje escolar.

Jacob se aclara la garganta.

—*Bueno* —dice Lara enfáticamente—. ¿Quieres las malas noticias o las malas noticias?

—Me parece que el dicho no es así —comenta Jacob.

—Bueno, así es ahora. Porque nosotros, o mejor dicho *vosotros*, tenéis un gran problema.

—Genial —exclamo, porque parece que no me canso de tener problemas—. ¿Puedes explicarte?

Lara se aclara la garganta.

—¿Recuerdas que dije que los espíritus como este poltergeist son más fuertes que los fantasmas normales porque no están atados al Velo?

—Sí.

—Y como ya sabes, el Velo está diseñado para un fantasma en particular y es el lugar donde murió, lo cual significa que está atado a la *memoria* de ese fantasma, eso es lo que lo une a ese lugar. De modo que, si un poltergeist *no* está unido al Velo, es porque...

—No lo recuerda —exclamo cuando capto la idea.

—Exacto —concuerta Lara con una exhalación—. Es por eso que el espejo no hizo nada para detenerlo. El reflejo de una imagen solo funciona con los fantasmas porque les muestra lo que ellos ya saben, pero no han aceptado.

Observa y escucha. Mira y aprende. Esto es lo que eres.

—Pero si alguien te mostrara algo que *no* recuerdas —continúa Lara—, no tendría el mismo impacto en ti.

—Pero si el espejo no funciona —interviene Jacob—, ¿qué vamos a hacer para *detenerlo*?

—No funciona —explica Lara— porque él no recuerda quién era. Por lo

tanto, vosotros tendréis que recordárselo.

—¿Y cómo se supone que lo haremos? —pregunto—. No tenemos ninguna pista de quién es... era.

—Bueno —prosigue Lara—, ¿qué es lo que ya sabéis de él?

—Nada —respondo con un resoplido de exasperación.

—No seas ridícula. Lo has *visto*. ¿Qué aspecto tiene?

Cierro los ojos e intento evocar la única imagen clara que tengo, del momento en que yo estaba haciendo equilibrio encima de una tumba.

—Era bajo, me llegaba hasta el hombro.

—Muy bien, es pequeño.

—Tenía pelo marrón. Ropa de otra época.

—¿Qué *tipo* de ropa?

—No lo sé —contesto—. De las que llevaban botones.

Lara emite un sonido breve y exasperado.

—Bueno, la próxima vez, presta más atención. Cada detalle es una pista. El aspecto que tiene, cuándo comenzó a seguirte, lo que dijo...

—Un momento —exclama Jacob—. Dijo algo. ¿Recuerdas, Cass? —Jacob hace una pausa y trata de repetir el sonido de las palabras—. *An, de, tua*, algo parecido a *catre san*... —balbucea y luego agrega—: La última palabra era *dis* sin ninguna duda.

—Felicitaciones, fantasma —dice Lara de mala gana—. Muy bien, eso es interesante.

—¿Sabes qué significa? —pregunto.

—Estaba *contando* —responde—. *Un, deux, trois, quatre, cinq, six, sept, huit, neuf, dix*. Eso es del uno al diez en francés. —Baja la voz como si hablara con nosotros y también consigo misma—. Pero ¿por qué contaría hacia *arriba* y no hacia *abajo*?

—¿Sabes francés? —la interrumpo.

—Por supuesto —contesta Lara bruscamente—. Y alemán. En el colegio nos hacen aprender dos idiomas extranjeros. También sé un poquito de Punjabi, gracias a mi padre. Mis padres dicen que los idiomas son la moneda más valiosa. ¿Tú no *sabes* ningún otro idioma?

—Yo sé preguntar dónde está el baño en español —interviene Jacob.

—*Mmm*. —Me muerdo el labio—. Yo me aprendí de memoria todos los hechizos de Harry Potter. —Lo miro a Jacob—. Y puedo hablar a los fantasmas.

—Obviamente, no —afirma Lara—, o no me necesitarías a mí para que te haga de traductora. Mira, hasta que descubramos quién es, o era, este poltergeist, no tienes ninguna posibilidad de ganar.

—Gracias por la confianza —musito mientras reaparece el equipo de grabación, con mis padres a la cabeza. Anton y Annette vienen detrás, las cámaras apoyadas sobre los hombros mientras mis padres se abren camino hacia el escenario, por el pasillo del centro. Están grabando secuencias adicionales, los fragmentos de película que irán detrás de una voz en off y que ayudan a ambientar la escena.

—Yo sugiero —propone Lara— que comiences por desentrañar de dónde vino. Llámame cuando tengas una pista sólida. Y ¿Cassidy?

—Sí, ya lo sé. *Ten cuidado*.

Ambas cortamos la conversación. Me pongo de pie y camino entre los asientos mientras repaso la conversación con Lara en mi cabeza.

—Oye, Jacob —pregunto—. Tú recuerdas, ¿verdad?

—¿Recordar qué? —Su rostro se oscurece ligeramente.

—¿Quién eras... antes? —inquiero mientras trago saliva con fuerza—. ¿Cómo...? —No pronuncio la palabra, pero la pienso. *Moriste*. La cara de Jacob se cierra como una ventana, todo el color y el humor se esfuman repentinamente.

—¿Me estás hablando en serio?

—Es solo una pregunta.

—Yo no soy un *poltergeist*, Cassidy —afirma abruptamente y el pelo se levanta alrededor de su rostro.

Me estremezco, siento un frío repentino y pienso que proviene de él antes de que suene un estrépito en el escenario y una parte enorme del decorado comience a desplomarse hacia adelante.

Directamente hacia mis padres.

Capítulo doce

—¡Cuidado! —grito y ya estoy corriendo.
—¡Cass, espera! —exclama Jacob mientras salto por encima de un asiento para llegar al pasillo.

Mis padres se vuelven hacia mí y luego miran hacia arriba, los ojos muy abiertos mientras la estructura de madera se inclina hacia adelante. Los gritos atraviesan el escenario y yo choco contra mis padres obligándolos a apartarse de donde están. Pero, en el último segundo, la enorme estructura se sacude y se detiene, poco más de un metro por encima de nuestras cabezas, media docena de cables y cuerdas estiradas con fuerza.

—¡*Désolé!* —exclama un tramoyista. Pauline menea la cabeza y contesta con una ráfaga de furiosas palabras en francés.

La diatriba se prolonga durante varios segundos antes de que ella sacuda la cabeza y regrese con nosotros.

—El teatro.

Mi madre lanza una risa entrecortada y aliviada, y mi padre me da unas palmadas en el hombro. Debo parecer tan conmovida como me siento, porque él me calma diciendo:

—Tranquila, Cass. Todos estamos bien.

—Es por eso que tienen más de una cuerda —añade mi madre.

Pero mi corazón sigue golpeando dentro de mi pecho mientras sigo a mis padres hasta la calle. Podrían haberse hecho daño. Podrían haber *muerto*.

Exhalo. Una cosa es segura: el poltergeist me persigue a *mí* y no a mis padres. Si nos separamos, al menos *ellos* estarán fuera de peligro.

—Y nosotros justo en el medio —acota Jacob—. Además —prosigue agitando la mano hacia mis padres—, ¿cómo se supone que vamos a escapar de los Inspectros?

Buena pregunta.

Mi mente se mueve raudamente mientras intento pensar. Luego doblamos

en una esquina y disminuyo el paso al divisar un cine.

Se me ocurre una idea.

La mayoría de las películas son en francés, por supuesto. Las únicas que se dan en inglés son una de terror (no, gracias) y una comedia romántica adolescente, una de esas típicas historias optimistas, con un cartel que muestra a una joven con una sucesión de chicos dentro de globitos de cómic encima de la cabeza.

Y hay una proyección en diez minutos.

Me detengo a admirar el póster.

—Hace mucho que quería verla —menciono suavemente, como para mí misma.

Mi madre pone el brazo alrededor de mi hombro.

—¿Desde cuándo te gustan las comedias románticas?

—No lo sé —respondo encogiéndome de hombros—. Lara me habló de ella. —No es cierto, por supuesto. Pero, en lo que a mentiras se refiere, es bastante inocente—. Parece divertida. Tal vez me estoy sintiendo un poco desconectada, como un fantasma. Son mis vacaciones de verano después de todo. Y París es increíble, pero... a mí realmente me gustaría hacer algo *normal*. —Señalo el horario de la película—. Y ahora hay una función. —Levanto la vista hacia ella—. ¿Puedo ir? Podéis pasarme a buscar más tarde.

—¡Pero vamos a ir a la Rue des Chantres! —exclama mi madre enfurruñada—. No te lo puedes perder.

Me muerdo el labio y deajo caer los hombros.

—Supongo que no.

Jacob aplaude mi actuación merecedora de un Oscar. Mis padres intercambian una mirada y luego unas breves palabras en voz baja antes de que mi madre asienta y diga:

—Está bien.

—Gracias —exclamo, dándole un abrazo.

Mi padre desliza unos billetes a través de la ventanilla de la taquilla y hasta me da algo de dinero para un refresco y palomitas de maíz.

—Regresaremos —advierde — *antes* de que la película termine. —Señala la acera—. Aquí mismo.

Los saludo con la mano y me dirijo hacia adentro. Compro algo para comer en el mostrador y dejo que el acomodador rompa mi entrada. Apunta hacia la primera sala de la izquierda y Jacob y yo entramos a la sala oscura.

—Una peli —murmura Jacob hundiéndose en la butaca de cuero—. Es bueno un cambio de aire.

Bebo mi refresco mientras reviso mi teléfono móvil, espero que pase un minuto y luego dos. Programo el temporizador del teléfono para que me avise dentro de dos horas.

Jacob me observa.

—No nos vamos a quedar a ver la película, ¿verdad?

Me levanto y dejo el cartón de palomitas en el suelo.

—Nop.

—Por una sola vez —dice Jacob con un suspiro—, desearía que hiciéramos algo normal.

Empujo la puerta que dice EXIT, nos escabullimos por el pasillo y salimos a la calle.

—¿Y eso qué gracia tiene?



París es una *gran* ciudad y, de repente, mientras permanecemos fuera del cine, las calles extendiéndose en todas las direcciones, dos horas no parece mucho tiempo.

—¿Tiempo para hacer qué? —pregunta Jacob, por una vez incapaz de entender la lógica del lío de mis pensamientos.

No lo culpo. Mi cabeza da vueltas con todo lo que sé y todo lo que *no* sé.

Tengo que recordarle al poltergeist quién es... *era*.

Para poder hacer eso, tengo que desentrañar quién es... *era*.

Para poder hacer eso, tengo que averiguar más cosas sobre él.

Para poder hacer eso...

Respiro profundamente, me estiro hacia el Velo y aparto la cortina antes de que a Jacob se le ocurra protestar. Salgo del mundo y entro en un momento de caída libre, como un paso perdido, como una sacudida de la oscuridad. Luego París vuelve a instalarse a mi alrededor, más extraña, más gris, más *vieja*. Los edificios ya no parecen los mismos, ya no son hileras uniformes de piedra clara sino desiguales, como un dobladillo irregular.

Ahueco las manos alrededor de la boca y grito con todas mis fuerzas:

—¡HEY, FANTASMA!

Las palabras resuenan en la niebla. Respiro hondo y aúllo:

—SAL, SAL, DE DONDE EST...

Jacob aparece y pone la mano sobre mi boca.

—¿Qué estás haciendo? —susurra.

—Estoy cansada de permitir que él lleve la voz cantante, que cause todos los problemas. Ya no quiero hacer esto bajo sus condiciones. Quiero hacerlo bajo las mías.

—¿Así que tu mejor idea es gritar hasta que aparezca?

—Necesitamos observarlo mejor, ¿verdad?

—Sí —responde Jacob—, pero la última vez que estuvisteis frente a frente, él te empujó de un techo.

—Bueno, esta vez, mis pies están en el suelo. Además... —Me detengo. Por encima del hombro de Jacob, se está formando una sombra en la niebla,

que se mueve hacia nosotros.

Pero cuando la figura brota de la neblina, no es el poltergeist.

Es un hombre con un traje muy anticuado, que levanta una pistola muy anticuada y la apunta directamente hacia mí. Jacob tira violentamente de mi brazo y me saca del Velo antes de que salga el tiro.

Choco bruscamente contra lo que parecería ser una ola de agua fría antes de caer sobre mi trasero en el bordillo de la acera, en el París del presente. Jacob se yergue sobre mí, los brazos cruzados.

—Esa deberías haberla visto venir.

Me limpio los vaqueros mientras me pongo de pie y echo a andar.

Apenas creo que estoy lo suficientemente lejos del fantasma con la pistola, respiro profundamente y me extiendo otra vez hacia el Velo.

—¡Espera! —exclama Jacob, pero llega muy tarde.

Ya estoy al otro lado.

Un estremecimiento, una zambullida, un segundo de oscuridad y ya me encuentro nuevamente en el Intermedio.

Aquí, el Velo es diferente. La ciudad sigue siendo de otra época, pero un poco más nueva que la vez anterior.

Hay un puente delante de nosotros, un arco de piedra decorado con estatuas y farolas. Cuando empiezo a cruzarlo, un carruaje pasa repiqueteando en dirección contraria, tirado por un par de lustrosos caballos negros.

Abajo, un hombre toca el acordeón a orillas del Sena, la música aguda y débil, como transportada por la brisa.

Dos mujeres con vestidos elegantes pasean del brazo, las faldas tan amplias como la acera, las cabezas inclinadas susurrando.

Mientras camino, extraigo el espejo del bolsillo trasero y lo enrosco alrededor de la mano, deseando que los fantasmas no lo noten. Los ojos se

desvían hacia mí como si supieran que no pertenezco a este lugar, pero no me siguen ni yo los sigo a ellos.

—Conoces la definición de locura, ¿verdad? —pregunta Jacob, apareciendo a mi lado—. Es hacer lo mismo una y otra vez esperando resultados diferentes.

—Yo no estoy haciendo lo mismo —indico—. Tienes razón, gritar fue una mala idea.

—Genial —exclama—. ¿Y cuál es tu nueva estrategia?

—Estoy dando un paseo.

—¿Hacia dónde?

—Hacia el final del Velo.

Llego al otro extremo del puente y, aproximadamente una calle después, el Intermedio por fin vuelve a cambiar, estrechándose entre el Velo de un fantasma y el del siguiente, hasta que no es más que un tramo vacío, una línea, un lugar a donde no puede ir ningún fantasma normal. Pero un poltergeist, un espíritu que no está atado al Velo...

Me quedo quieta ahí, la luz azul y blanca brillando en mi pecho como un faro.

Sal, sal de donde estés, pienso.

Pero no hay rastros de él ni de nadie más.

—Tal vez esté jugando con nosotros, haciéndose el interesante —observa Jacob.

Las palabras tintinean dentro de mi cabeza y aterrizan sobre algo, un pensamiento que no logro captar bien. Estoy comenzando a sentirme mareada por estar tanto tiempo en el Velo, el aire se contrae dentro de mis pulmones.

Con un gruñido de exasperación, regreso al país de los vivos y me desplomo sobre un banco para recobrarme.

Piensa. Piensa. Piensa.

Jacob se deja caer a mi lado.

—No era una mala idea —afirma, intentando consolarme y también deseando claramente que me dé por vencida para poder ir a ver el resto de la película.

Pero no puedo. Estoy *a punto* de descubrir algo. Todo este tiempo, el poltergeist se ha mantenido cerca de mí, no hay razón para pensar que ahora haya desaparecido por completo. No, debe estar retraído, esperando. ¿Esperando qué?

Haciéndose el interesante, jugando con nosotros.

Jugando.

Me incorporo y lo miro a Jacob.

—¡Creo que tienes razón!

—No sé por qué te sorprendes tanto —comenta cruzándose de brazos y luego agrega—: ¿En qué tengo razón?

Pero yo ya estoy de pie y estirándome hacia el Velo.

El mundo desaparece y luego vuelve a aparecer súbitamente. Mareada, me afirmo contra un poste de luz: es como sumergirse en el fondo de una piscina para buscar monedas. Contienes la respiración, te sumerges muchas veces y cada vez te cuesta más subir. Pero esta vez, en lugar de gritar o buscar, echo una mirada alrededor del mundo gris y desolador y descubro el frente de un edificio decorado con columnas.

Empujo a Jacob detrás de la más cercana y me agacho, apretando la cámara contra el pecho para sofocar la luz.

Unos segundos después, siento una ráfaga de aire frío en la nuca y casi pego un salto antes de darme cuenta de que se trata de Jacob.

—Estás respirándome encima —susurro, tratando de no temblar.

—Perdón —se disculpa con otro susurro—. Pero ¿qué es exactamente lo

que estamos haciendo?

—Escondiéndonos —respondo.

Durante todo este tiempo, el poltergeist ha estado jugando a algo. Hasta ahora, nos ha seguido a *nosotros*. Entonces, ¿por qué no lo seguimos nosotros a él? Quizá nos lleve a algún lado. Quizás encontremos alguna pista. Quizá descubramos...

—Esos son demasiados quizás —señala Jacob.

—Quizás es una cerilla en la oscuridad —murmuro casi como para mis adentros.

Es uno de los dichos preferidos de mi madre cuando se queda atascada en una historia. Comienza a proponerse opciones, tramas posibles, convierte cada callejón sin salida en un nuevo camino con una simple palabra: *quizás*.

Quizás es una cuerda en un pozo o la llave de una puerta.

Quizás es la forma de encontrar la salida.

Solo tenemos que esperar que aparezca.

Esperamos. Un minuto. Tres. Cinco.

Hasta que la cabeza comienza a latirme, hasta que me cuesta respirar. Un recordatorio de que no debería estar aquí, no estoy hecha para este lugar.

Pero *juro* que puedo sentir que el poltergeist está cerca, un chorro de frío arrastrándose lentamente por el aire.

—Cassidy —me advierte Jacob, pero no me muevo.

Espero un poco más.

—Cass.

Estoy segura de que aparecerá.

Mi vista se vuelve ligeramente borrosa y, cuando intento tragar, siento el gusto del río en la garganta. Una oleada de pánico se extiende por mi interior mientras intento respirar, intento levantarme, pero el Velo oscila, la oscuridad cubre mis ojos y sobreviene la nada.

Capítulo trece

Cuando reacciono, estoy sentada en el bordillo de la acera en el mundo real, los coches pasan a toda velocidad por un cruce muy concurrido, la ciudad llena de ruido y color. Siento un martilleo sordo en la cabeza, apoyo las palmas de las manos sobre los ojos y luego miro hacia arriba, un Jacob traslúcido se cierne sobre mí.

—Suficiente —exclama, con los brazos cruzados—. Eso ha estado demasiado cerca.

—Podría haber funcionado —mascullo poniéndome de pie— si...

Me interrumpe un temblor repentino y violento y, unos segundos después, un camión dobla la esquina.

Capto un vistazo fugaz de una sombra antes de que se abra la puerta trasera del vehículo y el contenido del camión comience a caer. Cajas y contenedores chocan contra la calle, seguidos de un enorme marco dorado, que se precipita directamente hacia mí.

El crujido de madera.

El destello de cristal.

Muévete, pienso, pero mis piernas están paralizadas.

—*j...CA...*

Jacob pronuncia mi nombre, pero la palabra se estira lentamente.

—*...SSI...*

Todo es muy lento.

—*...DY!*

Todo excepto la hoja de cristal rota, que se acerca velozmente para estrellarse contra mí.

—¡Cuidado!

Y luego algo me golpea. Pero no es el marco sino dos manos.

Se apoyan sobre mi espalda y me empujan. Trastabillo hacia adelante, me desplomo en la acera y me raspo las manos mientras el marco choca contra

la pared de piedra y una lluvia de cristales cae sobre la calle, detrás de mí.

Me doy la vuelta y lo veo a Jacob, en mitad de los cristales rotos. Y antes de que llegue a preguntarme cómo ha sido capaz de hacer eso, bajo la vista a sus pies y descubro que no se trata de cristal común.

Es un *espejo*.

Miles de fragmentos están esparcidos en la acera alrededor de él.

—¡No mires! —grito, pero es demasiado tarde.

Jacob baja la vista.

Sus ojos azules se abren muy grandes. Todo su cuerpo ondea, se adelgaza, como lo hizo la última vez que se vio a sí mismo atrapado en el reflejo de su imagen. Una palidez fantasmagórica comienza a extenderse por su cuerpo, el pelo se oscurece con agua.

Pero luego, de alguna manera, Jacob logra liberarse.

Se estremece, cierra los ojos con fuerza y desaparece, un aleteo tenue y grisáceo en el aire es el único indicio de la dirección por la cual se marchó.

El Velo.

En la calle, las personas corren hacia adelante, pero antes de que me alcancen, ya me he levantado y he agarrado la fina cortina gris. La arrojo hacia un lado y salgo disparada detrás de Jacob. Un breve segundo de caída y luego ya estoy de pie. El Velo se estira, gris y silencioso. Aquí todo se ha adelgazado, los detalles se vuelven difusos, es un intermedio dentro del Intermedio. Un lugar que no pertenece a ningún fantasma determinado.

Hay lugares en donde el Velo no es nada, un trozo de papel en blanco. Pero París está demasiado embrujada para eso, e incluso aquí, el Velo no está totalmente vacío. Una débil impresión de la ciudad, borrosa sobre la pálida superficie. Y, obviamente, hay una sola cosa perfectamente nítida.

Jacob.

Está muy quieto, respira pesadamente mientras presiona las palmas

contra los ojos.

—¿Jacob? —lo llamo, tratando de mantener la voz ligera.

No responde, pero la palidez ha abandonado su piel, las huellas de humedad eliminadas de su pelo y de su ropa.

—Jacob —repito, y esta vez, lanza una temblorosa bocanada de aire y se endereza, sus manos caen de los ojos.

—Estoy bien —afirma.

—¿Cómo lo has hecho? —pregunto, y sinceramente no sé si me estoy refiriendo al hecho de que me haya *empujado* o al hecho de que haya logrado liberarse de su propio reflejo.

Se limita a menear la cabeza.

—Jacob...

—Ya te he dicho que estoy *bien*. —El temblor ha desaparecido de su voz, reemplazado por algo que prácticamente nunca había percibido. Fastidio. Ira. Su pelo ondea levemente como si lo hubiera agarrado una brisa. Abro la boca, pero, antes de que pueda agregar nada más, lo siento.

Frío.

Una corriente fría entre los omóplatos. Me doy la vuelta y Jacob hace lo mismo. Y allí, a media calle de distancia, destacándose como una gota de tinta roja en una página en blanco, está el poltergeist.

El niño raspa un anticuado zapato contra la acera, los rizos marrones caen hacia un lado mientras ladea la cabeza. Está rodeado de un halo de luz carmesí, los ojos muy abiertos brillan con el mismo resplandor escalofriante de antes.

Y cuando alza la vista y comprueba que tiene nuestra atención, sonrío.

Levanto la cámara y oprimo el flash, pero se tapa los ojos, gira y echa a correr.

No como si estuviera asustado, no.

Como si realmente se tratara de un juego.

Ahora te toca a ti.

—¡Cass! —grita Jacob, pero yo ya estoy corriendo.

El Velo ondea a mi alrededor, los detalles se garabatean y se borran a sí mismos sobre el papel de este lugar mientras cruzo del mundo de un fantasma al del siguiente, Jacob pegado a los talones.

El poltergeist es rápido, muy rápido... se mueve menos como un niño corriendo que como una sucesión de fotos, avanzando en el tiempo a los saltos. Y justo cuando pienso que logrará escapar, el Velo titila a nuestro alrededor, se reconstituye y, de repente, sé dónde nos encontramos. Ya he estado aquí antes.

En la entrada de las Catacumbas.

Parece diferente aquí, en el Velo. Más vieja. No hay pintura verde, ni puerta de madera, solo una verja de hierro. El niño, pequeño como es, se escurre por un hueco entre un barrote y la estructura, me echa una última mirada roja y desaparece en la oscuridad. Segundos después, choco contra la verja, pero está cerrada.

Tiro de los barrotes, que repiquetean, pero no ceden. Es imposible que yo pase por el hueco.

—Tenemos que perseguirlo —afirmo, jadeando.

—No —indica Jacob a mi lado—. Eso es exactamente lo que *no* tenemos que hacer.

Me alejo de la verja.

—¡Tú eres un fantasma! —le digo agitando la mano hacia la puerta—. ¿No puedes...?

—No puedo ¿qué? —me desafía Jacob—. Estamos en el *Velo*. Estoy lo más cerca que puedo estar de tener carne y hueso. ¡Y todavía no sabemos quién es ese poltergeist!

—¡Intentó matarme!

—Lo cual, a mi modo de ver, es mayor razón aún para *NO* perseguirlo hasta que sepamos más de él como para derrotarlo. Lara nos advirtió *explícitamente* no entablar relación con el espeluznante niño muerto.

—¿Y desde cuándo estás de acuerdo con Lara? —pregunto mirándolo con fijeza.

—Lo sé —responde levantando las manos—. Estoy tan sorprendido como tú. Y no puedes contarle *jamás* que he dicho eso. —Apunta hacia la entrada de las Catacumbas—. Pero bueno, al menos ahora sabemos algo.

Me giro hacia la verja.

Jacob tiene razón.

El poltergeist no está *unido* a un Velo, no está atado a recuerdo o momento alguno, pero eso no significa que no los tenga. Podría haber ido a cualquier parte, pero vino *aquí*. ¿Por qué? Podría ser simplemente otro lugar donde esconderse, pero yo creo que es algo más.

Puedo sentir el frío filtrándose por la verja, ver el tenue brillo rojo en los barrotes. La extraña luz delinea la entrada como un lápiz de color, como si las Catacumbas y el poltergeist estuvieran hechos del mismo material, manchados con él. Y recuerdo la primera vez que vi ese espeluznante resplandor rojo, abajo, en los túneles, entre los huesos, y me pregunto si aquí es donde sucedió.

Si aquí es donde murió.

—Vamos, Cass —dice Jacob buscando mi mano.

Le permito sujetarla, pero no antes de lanzar una fuerte patada a los barrotes de hierro.

—¡Volveré a por ti! —grito.

Ti, ti, ti, mi voz resuena en la oscuridad. Y, a modo de respuesta, una sombra cruza el Velo y una bruma roja atraviesa los barrotes como una

neblina.

—Claro —señala Jacob—, busca pelea con el poltergeist. Es una *muy* buena idea.

Me aparta de la puerta y yo lo dejo.

Unos segundos después, desaparece la lámina gris del Velo y el mundo regresa abruptamente a una repentina intensidad, luz, color. El sol calienta y la calle está llena de gente, una multitud de turistas hacen fila delante de la casita verde de madera, esperando su turno para descender a los túneles.

Cerca, comienza a sonar una alarma.

—Uy, Cass —exclama Jacob, pero ya estoy extrayendo el reloj para ver el temporizador.

Ay, no.

Capítulo catorce

Prueba de fuego.

Así se dice cuando aprendes a hacer algo bajo presión.

Como orientarse en el metro de París.

Ojalá les hubiera prestado más atención a las rutas cuando estuvimos aquí abajo. Por suerte, marqué la ubicación del cine con un alfiler en mi teléfono y la aplicación me dice qué línea de metro debo tomar. Hasta es una ruta directa, no tengo que cambiar de línea.

El viaje, de acuerdo al teléfono, tardará diecinueve minutos.

La película, de acuerdo al temporizador, terminará en veinticuatro.

Lo cual parece ser tiempo suficiente hasta que aparece en la pantalla una pequeña advertencia en anaranjado diciendo que el tren tiene dos minutos de retraso.

Jacob cuenta con los dedos, el ceño fruncido, y yo me balanceo sobre los pies hasta que, finalmente, el tren entra a la estación y me lanzo hacia el interior.

Diecinueve minutos después, corro velozmente por la acera, entro por la puerta trasera del cine y me dirijo por el pasillo hasta la sala número tres.

Me desplomo en la butaca, derribo el balde de palomitas de maíz que dejé en el suelo y alzo la vista justo a tiempo para ver a los dos protagonistas besándose en una terraza de Nueva York mientras la música va subiendo de volumen.

—Tal vez algún día —comenta Jacob cuando comienzan a pasar los créditos— podremos quedarnos y ver la película.

Mis padres están esperando afuera como prometieron. No hay rastros del equipo de grabación ni de Pauline, quienes obviamente ya se han marchado a su casa.

—¿Cómo ha estado la película? —pregunta mi madre.

—Justo lo que necesitaba —respondo—. ¿Qué tal la Rue des Chantres?

—¡Ah, maravillosa! —exclama mi madre—. Y maravillosamente embrujada. —Coloca el brazo alrededor de mis hombros—. Vayamos al hotel. Te contaré todo por el camino.



Sé que algo está mal en cuanto entramos en el hotel.

No siento el escalofrío ni la repentina corriente helada, es solo una sensación en el aire. Hay demasiada gente en el vestíbulo y casi la mitad tiene aspecto de haber sido sorprendida por una tormenta. Lo cual es extraño, porque no ha dejado de brillar el sol desde nuestra llegada a París.

La recepcionista nos ve y frunce el ceño, como si nosotros fuéramos responsables de lo ocurrido.

Me muevo levemente. Tal vez lo *seamos*.

—¿Qué ocurre? —pregunta mi padre acercándose al mostrador.

La recepcionista frunce el ceño con más fuerza.

—Ah, Monsieur Blake, ha ocurrido, como podrá usted ver, un incidente. —Señala a los mojados huéspedes del hotel desperdigados por el recibidor. Dios mío—. Súbitamente, comenzaron a funcionar los rociadores contra incendios en el tercer piso. Algo sumamente inusual. Parece que la alarma se disparó en la habitación de ustedes.

—¡Yo no fui! —exclama Jacob rápidamente, levantando las manos—. Es algo que yo *podría* haber hecho perfectamente, pero no lo hice.

Pongo los ojos en blanco. *Obviamente*.

—Pero hemos estado todo el día afuera —señala mi padre meneando la cabeza.

—Sea como sea —afirma la recepcionista—, *algo* en su habitación disparó las alarmas contra incendios y, por consiguiente, comenzaron a funcionar los rociadores.

»Tal vez —prosigue la mujer sacando algo de debajo del escritorio—, fue *le chat noir*.

Coloca el transportín de Grim encima del mostrador.

Un par de ojos verdes nos miran con expresión de ira, tan contentos como la recepcionista mientras desliza el transportín hacia nosotros.

—¿Usted piensa que, de alguna manera, nuestro *gato* disparó una alarma contra incendios? —pregunta mi madre.

—*Je ne sais pas* —contesta la mujer bruscamente—. Lo que yo *pienso* es que normalmente, en el Hotel Valeur, todo funciona sin sobresaltos...

La cara de mi padre se sonroja mientras la recepcionista continúa hablando.

—Sacamos sus pertenencias lo más rápido que pudimos. Les aseguro que estarán limpias y secas en su nueva habitación. Desafortunadamente, como podrán ver, esas nuevas habitaciones todavía no están disponibles. —Con expresión seria, hace un gesto con la cabeza hacia un carro de bebidas—. Pueden beber café mientras esperan.

Mi padre está a punto de decir algo, pero mi madre toma su codo con una mano y el transportín de Grim con la otra y nos conduce a un grupo de sillones para esperar.



—Era más delgado —indica Jacob, encaramado en el brazo de un sofá del vestíbulo.

Estoy sentada con las piernas cruzadas sobre el suelo de mármol, con una hoja de papel borrador y uno de los lápices mordisqueados de mi madre. Ya hice una lista de lo que sabemos del poltergeist, agregando *Catacumbas* debajo de las palabras *bajo* y *joven* y, ante la insistencia de Jacob, *aterrador*. Ahora estoy intentando realizar un boceto mientras Jacob está inclinado

sobre mi hombro proponiendo sugerencias, algunas útiles y la mayoría enloquecedoras.

Mi padre está leyendo un libro mientras mi madre golpetea distraídamente las uñas contra la carpeta del programa con un suave *ta-ram* mientras esperamos. Los demás huéspedes van desapareciendo uno a uno y en parejas hacia las nuevas habitaciones, pero parece que nosotros somos los últimos de la lista.

Me obligo a concentrarme en el dibujo.

—No, la cabeza era más como... —Jacob coloca las manos como si estuviera agarrando una pelota de baloncesto. O... ¿de fútbol americano? ¿Una pelota de fútbol alargada?

—No me estás ayudando —musito, borrando mi primer intento y concentrándome, en su lugar, en la ropa del niño. Desearía poner el lápiz en la mano de Jacob. Lamentablemente, solo uno de nosotros es lo suficientemente real como para agarrarlo, así que termino desgastando el delgado papel con las marcas de borrado.

—¿No sería genial que tuvieras algo que pudiera captar las imágenes de la gente...? ¿Cómo se llamaba eso? —pregunta Jacob—. Ah, sí, UNA CÁMARA.

Pongo los ojos en blanco. Mi cámara capta fragmentos del Velo, pero la última vez, no hizo un trabajo muy preciso al retratar fantasmas. Y aun si lo hiciera, tampoco tengo un cuarto oscuro o el tiempo necesario para revelar un rollo y obtener, en caso de que llegara a tener suerte, una fotografía del aterrador niño muerto para ir por todos lados preguntándole a la gente si sabe quién era antes de comenzar a perseguirme.

—Bueno, dicho de *esa* manera... —exclama Jacob, cruzándose de brazos. Ha estado de muy mal humor desde el incidente del espejo.

—No es cierto —masculla. Me muerdo la lengua para reprimir el deseo

de volver a preguntarle sobre su pasado, sobre sus recuerdos. Pero sé que me escucha pensar, porque frunce el entrecejo y aparta deliberadamente la vista.

Continúo trabajando en el boceto hasta que tengo un retrato decente del poltergeist. Un niño con calcetines altos y negros, pantalones que le llegan hasta la rodilla y algo que podría ser una camisa o una chaqueta, un cuello amplio abrochado adelante como una pañoleta.

Rizos marrones cubren la parte de arriba de su cara redonda, pero le falta algo.

Hurgo en mi bolso hasta encontrar un bolígrafo rojo y dibujo pequeños círculos alrededor de sus ojos.

Listo.

Le hago una foto con el teléfono y le envío el dibujo a Lara. Me manda un mensaje de texto casi inmediatamente.

Lara: ¿Recibiste alguna clase de dibujo en la colegio?

Cass: No.

Lara: Ya veo.

Jacob lanza un resoplido. Reprimo el deseo de enviarle un comentario sarcástico, pero solo porque veo que está escribiendo.

Lara: Esa ropa parece ser de principios del siglo 20.

Lara: ¿Has averiguado su nombre?

Cass: Todavía no.

Ta-ra-ram.

Desvío la mirada hacia mi madre, la mano encima de la carpeta del programa, y me incorporo.

—¿Puedo verla? —pregunto estirándome hacia la carpeta mientras ella asiente. La apoyo en mi regazo y comienzo a hojear las páginas de las localizaciones, pasando por las Tullerías, la Torre Eiffel, el Jardín de

Luxemburgo....

Y entonces encuentro lo que buscaba: las Catacumbas.

Echo una ojeada a la hoja de información, que se centra mayormente en la historia de la construcción de las tumbas y en los distintos cementerios de donde se sacaron los cadáveres.

—¿Qué estás buscando? —pregunta mi padre, inclinándose hacia mí como si pudiera *oler* que se trata de algún tipo de investigación. Por su eterno instinto de profesor, se le iluminan los ojos ante mi obvia búsqueda de información.

Mi boca ya está abierta, la palabra *nada* a punto de brotar automáticamente de mis labios cuando me detengo.

Mi padre es mi padre, pero también es historiador.

Es la persona perfecta para preguntarle.

—Cuando estábamos abajo en las Catacumbas —comienzo a indagar—, mencionaste que había personas que se habían perdido allí abajo.

—Sí —asiente con expresión grave—, no es el lugar indicado para dar un paseo. Pero el peligro nunca ha detenido a los tontos. Hay una historia completa de personas que simplemente pensaron «A *mí* no puede pasarme nada malo».

—Claro —comento rápidamente—. Pero ¿tienes algunos nombres?

Las posibilidades de obtener una respuesta útil son muy remotas, lo sé, es más una esperanza que una certeza, pero por la forma en que la luz roja iluminaba ese lugar, por la forma en que exhalaba el mismo frío extraño, todo eso parecía ser una extensión del niño. Como si ese lugar le perteneciera, o él perteneciera a ese lugar.

Contengo la respiración mientras espero la respuesta de mi padre.

—No están aquí —contesta y siento que se me cae un poco el alma al suelo antes de que agregue—, pero estoy seguro de que los anoté en algún

lado.

Extrae un cuaderno con tapas de cuero muy gastado, de esos que siempre lleva en el bolsillo trasero. Nunca me puso tan contenta que mi padre fuera tan friki.

—Tu madre y yo nos topamos con muchas historias —explica, pasando las hojas—. No las utilizamos a todas en el programa. Ah, aquí están. Hubo un par de mochileros adolescentes: Valerie y Michel Gillet.

Pasa la lengua por el dedo pulgar y da la vuelta la hoja.

—George Kline, un hombre mayor, de Estados Unidos. Un chico llamado Thomas...

—¿De qué edad? —lo interrumpo, el corazón latiéndome con fuerza.

Mueve los labios mientras hace cuentas y luego responde:

—Unos siete años creo.

Es ese. Es él. Lo sé desde lo más profundo de mis entrañas.

—¿Cómo dijiste que se llamaba?

—Thomas —responde mi padre, pronunciando *To-má*—. Thomas Alain Laurent.

Repito el nombre en voz baja.

—¿Qué le ocurrió? —pregunto.

—Realmente no sé mucho. Desapareció en 1912, bajó furtivamente a las tumbas con su hermano y nunca más salió. —Alza una ceja—. ¿Por qué la repentina curiosidad?

—No sé —contesto con vacilación—. Desde que fuimos a las Catacumbas, no puedo dejar de pensar en la gente que no *debería* estar sepultada ahí abajo.

—Te pareces a tu padre —comenta mi madre—. Siempre buscando respuestas.

Él esboza una amplia sonrisa, claramente orgulloso de tener una hija

investigadora, aun cuando las respuestas que estoy buscando sean decididamente *paranormales*. También tengo mucho de mi madre dentro de mí.

—Monsieur Blake —llama la recepcionista—. Su nueva habitación está lista.

Capítulo quince

Juntamos nuestras cosas —una cámara, un maletín con el material grabado, una carpeta del programa y un gato muy enojado— y nos dirigimos arriba. Esta vez, nuestra habitación está en el segundo piso y, mientras mi madre abre la puerta, le envío a Lara una respuesta a su último mensaje.

Cass: Thomas Alain Laurent.

El teléfono suena casi inmediatamente.

—Impresionante —exclama Lara y puedo escuchar sus dedos escribiendo en un teclado—. Ahora decididamente tenemos algo.

—¿Algo? —repito y me quedo rezagada en el pasillo—. Ya sé su *nombre*.

—No es Rumpelstiltskin —comenta—. Un nombre no significa mucho sin los recuerdos que lo acompañan.

Me reclino contra el empapelado.

—Echo de menos los días en que lo único que hacía era levantar un espejo.

—Tonterías —exclama Lara—. ¿A quién no le gusta un buen desafío?

—Para ti es fácil decirlo —masculla Jacob.

—Hasta ahora, me han empujado desde el techo de una tumba, casi me aplasta un decorado y me salvé por poco de que me golpeará un espejo gigante. Sin mencionar que él inundó nuestra habitación del hotel.

—Qué día que has tenido.

—Sí, creo que podemos afirmar sin equivocarnos que ya hemos pasado la etapa de las travesuras. —Bajo la voz—. Estoy preocupada, Lara. Por mis padres. Por mí. Me preocupa que me tome de sorpresa. Me preocupa lo que pueda llegar a hacer antes de que yo lo enfrente.

—Sí, con respecto a eso —comenta Lara—, creo que te vendría bien algún tipo de protección. El tío Weathershire dice que puedes usar sal y

salvia para mantener alejados a los espíritus poderosos.

—¿Y de dónde se supone que sacaré sal y salvia? —pregunto.

—Afortunadamente para ti, me tienes a mí.

—Y por más agradecida que esté —señalo—, tú estás en otro país.

—¿No has recibido mi paquete?

—¿Qué? —Cuando finalmente entro a la habitación del hotel, veo un pequeño paquete marrón, aproximadamente del tamaño y la forma de un libro, envuelto con cinta negra. Lamentablemente, mi madre también lo ve. Lo levanta, lee la etiqueta y me mira.

—Cassidy Blake, ¿tú has pedido algo por Internet?

—Es de Lara —respondo, quitándole el paquete de las manos.

Me retiro a mi dormitorio y examino la caja. Arriba, una tarjeta doblada reza: *Para Cassidy Blake con un cordial saludo.*

—Después de nuestra charla de ayer —continúa Lara—, realicé algunas llamadas. Mi tío tiene (bueno, *tenía*) muchos contactos en el mundo paranormal, incluyendo allí, en París. Gente encantadora.

Doy la vuelta a la tarjeta y hay un nombre en el reverso: *La Société du Chat Noir.*

Recuerdo que la recepcionista llamó *chat noir* a Grim.

—La Sociedad del Gato Negro —traduce Lara por mí—. Un grupo fascinante, muy ecléctico y, por supuesto, muy secreto. Tienen filiales en la mayoría de las ciudades importantes, pero hay que tener contactos...

Estudio la tarjeta. Primero un poltergeist, ¿ahora sociedades secretas? Estoy comenzando a darme cuenta de lo poco que sé acerca del mundo paranormal más allá del programa de mis padres y de mis propias experiencias en el Velo.

—¿Y tú eres miembro de esta sociedad? —pregunto, poniendo la tarjeta a un lado.

—Aún no —responde Lara con tono de fastidio—. Tienen una restricción de edad muy estricta. Pero ya presenté una petición para que me concedan una exención especial.

—Obviamente —masculla Jacob.

Abro la caja y él comienza a estornudar de inmediato.

—Ah, sí —dice Lara—. Debería haberlo mencionado. La sal y la salvia afectan a *todos* los fantasmas.

—Tú lo sabías —*Achú*—. Perfectamente —*Achú*—. Que esto —*Achú*—. Sucedería.

Cierro la caja abruptamente.

Jacob echa chispas por los ojos mientras resopla.

—Gracias, Lara —digo.

—Sí —gruñe Jacob, dirigiéndose a la ventana abierta—. Gracias.



Esa noche, deslizo bolsitas de sal y salvia en la chaqueta de mi padre y en el bolso de mi madre, esperando que sean suficientes para mantener alejado al poltergeist.

Al menos, de mis padres.

Las bolsitas también parecen estar funcionando con Jacob.

Normalmente, no se marcha antes de que esté por irme a dormir, pero no ha habido señales de él desde la cena. Dijo que vigilaría el hotel en busca de Thomas, pero yo sospecho que está buscando huéspedes para asustarlos. Aunque tal vez solo quiere alejarse de las hierbas que desparramé en las ventanas y al otro lado de la puerta, porque la idea de que Thomas entre furtivamente por la noche es más de lo que puedo soportar.

E incluso con las bolsitas, no logro dormir.

Finalmente, aparto las mantas, abro la ventana y me apoyo sobre la

baranda de hierro. La brisa es fresca, el Velo susurra contra mi piel. Extraigo el colgante de debajo del cuello y dejo que el espejo gire en la cadena entre mis dedos, el reflejo de mi imagen aparece y desaparece.

Un espejo nos muestra lo que sabemos.

Pienso en Jacob, en su rostro mientras se hallaba quieto encima de los cristales rotos, en cómo logró liberarse de su reflejo.

Un poltergeist es lo que sucede cuando un fantasma olvida.

Cierro los ojos, los brazos cruzados sobre la baranda.

Jacob tuvo suerte. No debía haber estado mirando de verdad.

Él no está olvidando, me digo a mí misma.

Él no está olvidando.

Puedo sentir que cabeceo.

Él no está...

A un par de calles, comienza a sonar la alarma de un coche. Me incorporo bruscamente, el corazón me late con fuerza mientras comienza a sonar otra y luego otra, como si alguien estuviera golpeando todos los capós de los vehículos.

—Thomas Alain Laurent.

Pronuncio el nombre en la oscuridad, como si las palabras pudieran convocarlo, pero no se ve nada. Echo una mirada hacia abajo, hacia la calle, como esperando ver a un niño mirando hacia arriba. Pero la calle se mantiene vacía.

Y, sin embargo...

Algo me atraviesa sigilosamente como un escalofrío.

Y lo escucho, suave como susurros en el viento.

—*Un... deux... trois...*

No sé qué hace que me estire hacia la cámara (tal vez una corazonada o el vago recuerdo de cómo, una vez, me permitió ver a través del propio Velo),

pero mientras llevo el visor al ojo y ajusto el foco, la noche que me rodea y la calle que está abajo comienzan a cambiar y a desdibujarse.

—...*quatre... cinq... six...*

Y allí está.

Thomas Alain Laurent está en la calle, la cabeza ladeada hacia atrás, hacia la ventana abierta, los contornos ondulantes, los ojos brillantes, vacíos y rojos, dirigidos hacia mí. Tomo una foto, sin flash. Giro el rollo, disparo otra vez, como si temiera que fuera a desaparecer otra vez en medio de las tomas.

Deja de contar y extiende la mano, una invitación a salir a jugar.

Me lanza una sonrisa pícaro, pero cuando meneo la cabeza, su cara se transforma en la mueca burlona de un niño. El efecto es tan repentino e inquietante que aparto el visor del ojo. Sin él, la calle se ve otra vez vacía.

Y cuando reúno coraje para levantar la cámara y mirar otra vez, Thomas ha desaparecido.

Capítulo dieciséis

El suelo vibra y las paredes se sacuden, como si todo el hotel estuviera temblando.

Estoy agachada en el suelo, detrás de una columna, tratando de evitar los escombros que vuelan a través del vestíbulo.

—¡Jacob, escúchame! —grito por encima del repiqueteo de los marcos de los cuadros y de los cristales rotos.

Está hecho un ovillo en el centro del suelo de mármol, el aire que lo rodea se agita frenéticamente.

—*Detened esto* —ruega mientras el agua chorrea por su ropa y gotea en el suelo de mármol. El pelo flota alrededor de su cara, que está gris y cenicienta.

—¡Cassidy! —ordena Lara desde atrás del escritorio de la recepción—. Tienes que liberarlo.

No. Todavía puedo salvarlo.

Aferro la cámara, respiro hondo y abandono de prisa el refugio de la columna mientras desvío la lente hacia Jacob. Oprimo el flash esperando que el estallido de luz lo libere de una sacudida y lo haga reaccionar. Pero la función de la cámara se atasca y, antes de que pueda volver a intentarlo, una ráfaga violenta rompe la correa y arranca la cámara de mis manos. La máquina se estampa contra la pared más alejada con un crujido desagradable. No, no, no.

Un viento me empuja hacia atrás y lucho por mantenerme en pie.

—¡Jacob! —grito mientras el techo se resquebraja, se abre y cae una lluvia de polvo.

A nuestro alrededor, el hotel tiembla como si estuviera por derrumbarse.

—*Detened esto* —murmura Jacob, levantando finalmente la cabeza—. *Detenedme a mí.*

Y cuando me mira, sus ojos emiten un resplandor, que ya no es azul sino

rojo.



Me incorporo violentamente, el corazón latiendo a toda velocidad.

Los rayos del sol se filtran a través de las cortinas y a través de Jacob, que está sentado con las piernas cruzadas a los pies de mi cama.

—Cass, deberías ver tu pelo. —Se pasa las manos por el suyo para que le quede estirado hacia arriba.

—Sabes que me resulta súper espeluznante que me observes mientras duermo.

Jacob se levanta de un salto dejando una mínima marca en el edredón.

—No te estaba observando dormir, estaba intentando despertarte. — Señala mi teléfono, que está en la mesa de noche—. Estaba sonando. Lara te está llamando. —Da unos golpecitos en el móvil, los dedos se deslizan a través de la pantalla—. Créeme, si yo pudiera cortarle la llamada, lo haría.

Me levanto con dificultad, sujeto el teléfono y reviso los mensajes.

Lara: Encontré algo... o, más bien, a alguien.

Lara: Llámame.

Lara: Es importante.

—¿Quién usa puntuación correcta en un mensaje de texto?

—Ajá —musito sin mucho entusiasmo, todavía perturbada por el sueño.

—¿Te encuentras bien? —pregunta, me mira detenidamente—. Estás... rara.

—Estoy bien —respondo con rapidez y siento un vuelco en el estómago mientras pronuncio las palabras. Regla de la amistad número dos: no decir mentiras.

Oprimo la tecla de llamada.

—*Por fin* —exclama Lara.

—¿Alguna vez duermes? —pregunto frotándome los ojos.

—Duermo las siete u ocho horas necesarias —contesta Lara—, aunque confieso que siempre he funcionado mejor con siete.

—¡Cass! —grita mi madre, golpeando los nudillos contra la puerta a pesar de que está entreabierta—. Bajamos a tomar el desayuno. ¿Estás lista? Pongo la mano sobre el teléfono.

—¡Nos encontramos abajo! —respondo—. Necesito unos minutos más.

—¡No sigas durmiendo! —advierte mi padre.

—No te preocupes.

Tardé una eternidad en dormirme anoche después de ver a Thomas y, entre eso y el sueño, me siento completamente despierta.

—¿Qué sueño? —pregunta Jacob leyéndome el pensamiento.

Meneo la cabeza empujando la pesadilla hacia atrás de mi mente.

—¿Y viste al niño aterrador? —insiste.

—¿Hola? —exclama Lara—. Tierra llamando a Cassidy.

—Perdóname —me disculpo, volviendo mi atención al teléfono—. ¿Qué decías?

—Solo que tengo una pista para ti. De nada.

—Se supone que debes decir eso *después* de que yo te diga gracias. ¿Cuál es la pista?

—Bueno, entonces las malas noticias son que no hay información acerca de Thomas Alain Laurent, además de lo que ya sabes.

—Literalmente, un callejón sin salida —reflexiona Jacob.

—Sí —comenta Lara—, pero no es ninguna sorpresa, ya que él murió cien años antes de que se inventara Internet. *Pero* he encontrado algo. A Richard, el hermano mayor de Thomas.

—¿Todavía está *vivo*? —pregunto mientras el corazón me da un vuelco.

—No seas ridícula —responde Lara—. Pero sí estuvo en París. Veamos,

los apellidos franceses tienen muchas menos variantes que, digamos, los norteamericanos (hay miles de Laurent), pero, afortunadamente, los padres de Thomas y Richard tenían *prénoms* muy inusuales, eso significa nombres...

—¿Puedes darte un poco de prisa? —pregunto, desesperada por tener una pista.

—Está bien —exclama Lara bruscamente—. Encontré a tus Laurent. Richard murió hace treinta años, a la avanzada edad de ochenta y nueve años, pero su nieta, Sylvaine, todavía vive en París. Te mando un mensaje con la dirección. Quizás ella conozca la historia completa. Quizás hasta tenga algo que pueda ayudar a refrescar la memoria de Thomas.

—Lara —comento—. Eres increíble.

—Lo sé —repone—, pero esto no ha sido demasiado difícil. Te sorprendería saber todo lo que puedes encontrar si sabes buscar. Mi colegio enseña métodos de búsqueda realmente rigurosos.

—¿Hay algo que tu colegio *no* enseñe?

—Aparentemente, cómo atrapar a un poltergeist.

Jacob lanza un grito ahogado.

—Lara Chowdhury, ¿acaso acabas de hacer un *chiste*?

Casi puedo escuchar a Lara sonreír.

—*Da igual* —dice—. Buena suerte y cuidaos.

—No tienes que decir eso siempre.

—Uno pensaría que no —comenta—. Y, sin embargo...

La llamada concluye, en la pantalla aparece el mensaje de texto de Lara con la dirección de una tal Madame Sylvaine Laurent, en el *arrondissement* número once.

Tengo una pista.

Ahora tengo que convencer a mis padres de que me permitan seguirla.



Estamos desayunando abajo en el salón cuando saco el tema y, al final, resulta más fácil de lo que imaginaba. Mi padre se pavonea cuando le cuento que ha habido un giro en el caso, claramente entusiasmado de tener una compañera investigadora en la familia. Pero mi madre, por una vez, se muestra recelosa.

—¿De dónde ha surgido este repentino interés?

—Bueno —musito cuando bajo la vista hasta el *croissant*—, sé que me pediste que hiciera fotos para el programa, pero también comencé a pensar en las personas cuyas historias *no* aparecen en el programa. Quería averiguar más cosas de ellas y algo en este chico, Thomas, se quedó resonando dentro de mí. No puedo quitarme la sensación de que hay algo más en esta historia —concluyo esperando que no *suene* como si lo hubiera practicado frente al espejo. Varias veces.

—Estoy segura de que es una historia muy interesante, Cass —indica mi madre— y te felicito por investigar más profundamente. Pero nuestra agenda en París es muy acotada. Es nuestro último día de grabación y...

—Yo puedo llevarla.

Y, quién lo iba a imaginar, pero la propuesta proviene de Pauline.

—No podemos pedirte que hagas eso —interviene mi padre, pero Pauline agita la mano con indiferencia.

—No es ningún problema —aclara—. Vosotros estaréis perfectamente bien con Anton y Annette, que conocen esta ciudad tan bien como yo. Además, Cassidy ha sido muy paciente y esta misión significa claramente mucho para ella. —Me echa una mirada, alzando las cejas, instándome claramente a subrayar lo dicho por ella.

—¡Por supuesto! —exclamo.

Mis padres intercambian una mirada prolongada y luego aceptan bajo reglas estrictas: no deberé molestar a los Laurent si ellos no quieren que se los moleste y regresaré al hotel en cuanto termine.

—Te perderás al Carnicero de Marmousets —agrega mi madre con un suspiro.

—Ni se te ocurra preguntar qué es eso —advierte Jacob.

Me cuelgo el bolso de la cámara y abrazo a mis padres, tanteando el bolsillo del abrigo de tweed de mi padre para asegurarme de que la bolsita de sal y salvia esté adentro.

Y después nos marchamos.



—¿Por qué te ofreciste para acompañarme? —pregunto a Pauline al entrar al metro.

—Tú eres una niña —explica— y París es una gran ciudad. No es seguro que andes vagando sola por las calles.

Quiero señalarle que ni soy una *niña* ni estoy *sola* y que, en realidad, ya he estado explorando. Pero también es cierto que eso casi terminó conmigo muerta bajo un espejo, así que tal vez ella tenga razón. Además, ahora tengo una traductora.

—No está relacionado con el hecho de que mis padres irán hoy a ese lugar del *carnicero*, ¿verdad?

—Tonterías —contesta demasiado rápido.

—No estarás asustada, ¿no? —pregunto—. Porque tú no crees en nada de eso.

—Exactamente.

El tren susurra suavemente mientras se desliza a través de París. Hace calor y está atestado de gente, una colección variada de personas, algunas

de traje y otras con ropa deportiva, tacones altos mezclados con zapatos bajos y coloridos. La mayoría está con el teléfono móvil, pero algunas personas leen libros o el periódico, o tienen la mirada perdida.

El tren se sacude un poco al ir ganando velocidad.

Jacob mira por la ventana a la oscuridad que pasa volando al otro lado del cristal y el efecto es escalofriante, el reflejo de su imagen poco más que manchas difusas. Una imagen sumergida, que se diluye. Pienso en la pesadilla y luego hago todo lo que puedo para *no* pensar en ella. En su lugar, termino concentrándome en Thomas Laurent.

En el hecho de que no lo he visto desde la noche anterior.

Por alguna razón, eso no me resulta muy tranquilizador.

Golpeo la cámara con el dedo pulgar distraídamente y Pauline la señala con un gesto de la cabeza.

—Es un modelo muy interesante.

Ni te lo imaginas, pienso mientras deslizo los dedos sobre la maltrecha caja de metal.

—Es vieja e inestable, pero me gusta.

—Mi padre es fotógrafo —señala—. Restaura cámaras viejas. Dice que ven mejor que las nuevas.

—Sí, es cierto —admito con una sonrisa.

—Si quieres —propone—, mi padre podría revelar tu rollo.

Alzo la mirada y sonrío.

—¿En serio? Sería genial. —Contemplo la lata del rollo—. Echo de menos mi cuarto oscuro —confieso. Ese armario de mi casa, que es mío y solo mío.

Jacob se aclara la garganta.

Bueno, nuestro.

—Tal vez —agrega Pauline— también podrías...

Pero no escucho el resto.

Un viento frío azota mi piel y las palabras de Pauline quedan ahogadas por el chirrido del metal sobre los rieles.

El tren emite un chillido insoportable como si alguien hubiera oprimido los frenos con demasiada fuerza y casi pierdo el equilibrio, pero deslizo la mano sobre la barra de metal justo a tiempo. El tren frena nuevamente y se detiene de golpe en las vías oscuras.

Genial, pienso justo antes de que se apaguen todas las luces.

PARTE CUATRO
CAOS

Capítulo diecisiete

No está completamente oscuro.

Delgados haces de luz se filtran por las ventanillas desde algún lugar más alejado del túnel bañando a todos los pasajeros con un débil resplandor. Todos comienzan a quejarse y a mirar a su alrededor, más molestos que atemorizados. Pero la mano de Pauline se dirige directamente al amuleto de su garganta e incluso, en la negrura casi total, puedo ver que sus labios se mueven.

Jacob se acerca más a mí y su mirada se desvía rápidamente en mi dirección.

En la oscuridad, es casi macizo, un cuerpo más en el atestado vagón.

—¿Thomas? —pregunta y asiento. Levanto el visor de la cámara al ojo, enfoco y desenfoco al oscurecido tren, buscando entre la multitud a un niño que no se encuentra aquí.

—Tal vez no ha sido él —sugiere Jacob con tono poco convencido—. Lo que digo es que los trenes a veces se detienen, ¿verdad? Por problemas técnicos, la corriente eléctrica del tercer riel... yo no sé qué es exactamente el tercer riel, pero he escuchado a la gente decir que...

—Claro —murmuro bajando la cámara—. Y, a veces, espejos enormes se caen de los camiones...

Doy un paso adelante y luego me detengo. Debería quedarme quieta, quedarme aquí, firmemente en el lado real de la vida.

—Estoy totalmente de acuerdo —dice Jacob—. No hay que entablar relación con el poltergeist.

Después de todo, no puedo hacer nada hasta saber cuál es su historia, hasta saber lo suficiente para recordársela.

—No hay que entablar relación —repite Jacob.

Pero luego lo veo a través del lente de la cámara: un rizo de luz roja contra la ventanilla más lejana, tan tenue que nadie parece notarlo. Pero yo

sé que es él.

—*No hay que entablar relación* —advierde Jacob mientras siento que me extiendo hacia el Velo.

Ahora tengo su nombre. Su nombre *completo*. Fue suficiente para atraerlo anoche hasta la calle. Tal vez sea suficiente para atraparlo aquí, para hacerlo recordar.

Pauline está de espaldas a nosotros examinando el vagón; yo camino de costado y me pierdo en la oscuridad.

La colisión del agua en los pulmones, y luego...

Ya estoy otra vez en el Velo.

Esperaba encontrar un espacio gris y desnudo: una ausencia, un vacío entre dos lugares, un espacio en donde ningún fantasma haya logrado sobrevivir.

Así que me siento desconcertada cuando mi pie pisa acero sólido.

El vagón está vacío, la multitud borrada, pero el vagón del metro está aquí, dibujado con líneas claras y nítidas, de esas que solo vienen con el recuerdo de otro. El recuerdo de un fantasma.

Jacob aparece a mi lado.

—¿Qué parte de que no hay que entablar relación...? —pregunta y se interrumpe al ver que las luces titilan alrededor de nosotros iluminando bancos vacíos, suelo desnudo. No hay rastros de un niño pequeño vestido con ropa anticuada ni de una abundante cabellera de rizos negros ni de ojos rojos y resplandecientes. Pero yo sé que está aquí.

—¿Thomas? —lo llamo y el nombre se extiende como un eco. *Thomas, Thomas. Thomas*—. ¿Thomas Alain Laurent?

Camino hasta el extremo del vagón y deslizo el pestillo. La puerta se abre de golpe y cruzo al vagón siguiente esperando encontrarlo vacío.

No es así.

Thomas no está, pero hay un hombre alto, de espaldas a nosotros, balanceándose sobre los pies. Algo rojo y oscuro mancha el suelo debajo de sus botas. Balbucea suavemente por lo bajo, no en francés sino en inglés.

—¿Quién lo hizo? —ruge volviéndose hacia nosotros—. ¿Quién lo hizo?

Y mientras se da la vuelta, veo el cuchillo enterrado en su estómago, su propia mano enroscada alrededor de la hoja como tratando de evitar que se caiga. El brillo de la sangre chorrea por su ropa.

—¿Quién lo hizo? —ruge otra vez y da un paso tambaleante hacia nosotros—. ¿Fuisteis *vosotros*?

Jacob me arrastra hacia atrás y cierra de un golpe la puerta que nos separa.

—Bueno, eso sí que atormentará mis sueños —comenta mientras recorremos el espacio entre los vagones—. Por más divertido que haya sido...

—*Un, deux, trois...* —exclama una voz juguetona a mis espaldas. Una voz familiar: Thomas.

La voz viene de los primeros vagones del tren, junto con un resplandor rojo y escalofriante.

Bajo del metro hacia las vías y observo la línea de vagones con los ojos entrecerrados.

—¡Thomas Alain Laurent! —grito—. Sal de donde estés.

La luz roja danza sobre la pared del túnel y alcanzo a oír el arrastrar de pequeños pies. Una risita suave. Aferro el colgante mientras me deslizo furtivamente por el costado del vagón.

Pero él no aparece.

Tal vez Lara tenía razón; tal vez el nombre no es suficiente.

—Por favor, Thomas —exclamo y luego me armo de valor y pronuncio la única frase que conozco en francés—: *S'il vous plaît*.

La luz roja se vuelve más resplandeciente y brilla por las vías y diviso un par de ojos rojos espiando entre dos vagones. Extiendo la mano como lo hizo Thomas anoche en la calle, una invitación a salir a jugar.

Thomas sonrío.

Y después apoya sus manos pequeñas sobre el lado del tren. La luz carmesí se extiende en ondas desde sus dedos, luego ríe otra vez y *desaparece*.

—No —susurro sacudiéndome hacia adelante, pero Jacob me agarra del brazo.

—Cass.

—¿Qué? —pronuncio bruscamente soltándome de su mano.

—El tren.

No entiendo qué quiere decir hasta que lo oigo.

Un chillido débil y lejano. El sonido no es humano.

Es *metálico*.

Y viene del otro lado del Velo: la electricidad ha vuelto, el tren está arrancando otra vez.

Retrocedo tambaleándome hacia el espacio entre vagones cuando el tren fantasmal comienza deslizarse lentamente hacia adelante. Jacob llega primero, sube y me extiende la mano. Y agradezco que sea lo suficientemente sólida como para que yo la agarre.

Tira de mí justo cuando el tren comienza a ganar velocidad. Abro la puerta violentamente y, junto con ella, la cortina del Velo, y regreso al mundo real cuando las luces titilan y se encienden nuevamente.

Pauline me divisa a través de la multitud y frunce el ceño mientras camino zigzagueando hacia ella.

—Aquí estás —exclama aferrándome el hombro.

Tiene los ojos muy abiertos, el rostro pálido, la otra mano sujeta el

colgante sobre el pecho. Y me doy cuenta de que es la primera vez que la veo perder la compostura de verdad. La primera vez que veo resbalar su máscara de calma y revelar lo que hay debajo: miedo.

Pauline está aterrada.

—Tú *no* eres escéptica, ¿verdad?

Me suelta el hombro y exhala una bocanada de aire para tranquilizarse.

—No sé de qué hablas.

—No eres simplemente supersticiosa —comento entornando los ojos—. Tú *crees* en fantasmas.

—No, por supuesto que no —responde Pauline irritada.

Pero el *no* es muy rápido, muy forzado.

—¿De qué estás avergonzada? —inquiero—. Estás con un grupo de gente cuyo trabajo es creer en fantasmas.

—No estoy *avergonzada* de nada —replica cruzando los brazos sobre el pecho—. Yo no *quiero* creer en fantasmas.

—Pero crees.

—¿Qué fue lo que dijiste? —pregunta con un suspiro y después titubea—. ¿Es fácil no creer y luego, una vez que experimentas algo, es difícil no hacerlo?

El tren entra en la estación.

—Yo he... visto cosas. Una o dos veces. Cosas que no podría explicar. —Pauline menea la cabeza mientras las puertas se abren—. *Mon dieu*, parezco una loca.

—No para mí —afirmo, encogiéndome de hombros. Pauline esboza con esfuerzo una pequeña sonrisa de labios apretados y luego hace una señal para que baje rápido al andén.

La estación está atestada de gente. Más de lo normal. Las personas murmuran por lo bajo y se amontonan delante de los carteles electrónicos,

que muestran las distintas líneas del metro, y brotan junto a ellas señales rojas de advertencia. Primero una, después dos y luego cuatro.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Parece que nuestro tren no es el único que tiene problemas —responde Pauline.

—Es imposible que Thomas esté haciendo todo *eso* —indica Jacob y me mira con cierto nerviosismo—. ¿Verdad?

Quiero creerle, pero no puedo. Las advertencias emiten luces rojas muy intensas y lo único que puedo ver son los ojos rojos del poltergeist y la luz carmesí desparramándose en el aire alrededor de él.

Primero vienen las travesuras, luego las amenazas y el peligro, y finalmente el caos.

Cuanto más tiempo se quede, más fuerte se volverá.

Tenemos que apresurarnos.

Me vuelvo hacia Pauline y le extiendo el papel con la dirección de Sylvaine Laurent.

—Te sigo.



—Dime algo, Cassidy —indaga Pauline mientras caminamos—. ¿Por qué estás tan interesada en esta familia?

—Mi madre dice que yo siempre he sido naturalmente curiosa.

—¿Eso es todo? —pregunta enarcando una ceja—. ¿O existe otra razón por la cual deseas visitar a los Laurent?

—¿Realmente quieres saberlo? —inquiero cambiando el peso del cuerpo de un pie al otro.

Pauline parece considerarlo genuinamente.

—No, creo que no —responde y luego suspira—. Pero tal vez deberías

contármelo de todas maneras.

Entonces lo hago.

Le hablo del poltergeist, de los fantasmas, de que desperté a este espíritu en particular de alguna manera y ahora me sigue causando todo tipo de problemas.

Pauline parpadea, su mano se dirige al amuleto que cuelga de su cuello.

—¿Y los Laurent...?

—Ellos son la familia del poltergeist —contesto—. Si averiguo lo que le sucedió a Thomas, tengo la esperanza de que eso me ayude a liberarlo.

Pauline comienza a hablar, pero una ambulancia pasa a toda velocidad con la sirena encendida. Espera que desaparezca y vuelve a comenzar.

—¿Y por qué es *tu* trabajo liberar a este espíritu?

—¡Esa es una gran pregunta! —exclama Jacob, pero lo ignoro.

—Supongo que es porque puedo hacerlo. Hace poco más de un año, estuve a punto de morirme y ahora puedo cruzar el Velo (el lugar entre este mundo y el de los fantasmas), y mi amiga Lara dice que es similar a pagar una deuda.

—Eso parece mucha presión para una chica tan joven.

—Oh, no tengo que hacerlo sola —aclaro—. Tengo a Jacob.

—¿Jacob? —repite alzando una ceja.

—Es mi mejor amigo —respondo y agrego—: Es un fantasma.

Esta vez, alza las dos cejas.

—Ya veo. —Y a pesar de lo que acaba de decir sobre creer en fantasmas, me doy cuenta de que no me cree a *mí*.

Cuando se lo digo, suspira.

—Yo creo que *tú* crees.

Meneo la cabeza.

—¿Por qué cuando los chicos creen en algo, los adultos lo descartan y lo

consideran producto de la imaginación, pero cuando los adultos creen en algo, la gente da por sentado que es verdad?

—No estoy segura de que alguien vaya a dar por sentado que *esto* es verdad.

—Pero dijiste que has visto cosas. Dijiste que creías.

—Crear no es como una manta, Cassidy —señala Pauline meneando la cabeza—, no cubre todo. Perdóname. Existe una gran diferencia entre creer en lo sobrenatural en sentido general y creer que la niña de doce años a la que estás acompañando por París es una cazadora de fantasmas con un compinche muerto.

—Un momento —interviene Jacob—. ¿A quién está llamando *compinche*?

Antes de que pueda explicarle que es más bien un cómplice, Pauline se detiene y señala un edificio de color amarillo limón con algunos detalles en blanco, y cestas con flores en las ventanas.

—Es aquí.

Es un edificio antiguo. Lara no me dio el número del apartamento pero un rápido vistazo en el lado derecho del portero eléctrico indica que «Mme Laurent» vive en el 3ºA. Un hombre sale del edificio y yo sujeto la puerta antes de que pueda cerrarse tras él. Pauline y yo entramos.

Estamos subiendo las escaleras cuando finalmente me asaltan los nervios.

Lo que estoy haciendo es ridículo; es una locura.

—Totalmente de acuerdo —murmura Jacob.

Espero que el talento de Lara para investigar dé sus frutos y que esté en el lugar correcto.

Pero también es la única pista que tengo.

Llego al 3ºA y mi mano vacila sobre la madera durante varios segundos antes de respirar hondo y golpear.

Un momento después, una niña abre la puerta.

Parece ser uno o dos años más joven que yo. Lleva calzado deportivo de color dorado, vaqueros y un jersey blanco y rosa. Su piel es clara y su pelo castaño está atado en una cola de caballo brillante y lacia (no tengo idea de cómo hace la gente para tener ese pelo... el mío siempre ha sido muy rebelde). El palito blanco de una piruleta asoma del lado de su boca.

—*Bonjour?* —saluda inclinando el mentón.

Echo una mirada a Pauline por encima del hombro pero ella no dice nada, permanece en el lugar sin ayudarme, así que me doy la vuelta.

—Hola —respondo en inglés—. Mmm, *parlez-vous anglais?* —pregunto improvisando algo en francés y destrozándolo sin lugar a dudas.

La joven me observa y luego asiente.

—Sí —contesta orgullosamente—. Voy a una colegio internacional. Es un idioma tosco, *¿n'est-ce pas?*

—Sí —respondo, contenta de que lo hable—. ¿Tú eres Sylvaine Laurent?

—*Mais non* —exclama retrocediendo un poco con una sonrisa nerviosa—. Yo soy Adele, Sylvaine es mi madre. —Se gira y grita por el vestíbulo—: *¡Maman!* —Y luego se escabulle sin siquiera despedirse.

Unos segundos después, aparece una mujer secándose las manos en un paño de cocina. Es muy parecida a Adele, pero más grande, su pelo castaño cae suelto sobre los hombros. Hasta inclina la cabeza de la misma manera mientras se acerca a la puerta.

—*¿Oui?* —pregunta dirigiéndose a Pauline.

Pero Pauline menea la cabeza.

—*C'est pas moi* —responde señalándome a mí. Así que imagino que debo valerme por mí misma. Sylvaine Laurent baja los ojos hacia mí, con una expresión de recelo en la mirada.

—Hola, Madame Laurent —saludo, tratando de imitar la fácil sonrisa de mi madre o la confianza de mi padre—. Estoy haciendo una investigación

sobre la historia de su tío abuelo, Thomas Laurent.

—¿Qué clase de historia? —pregunta con el ceño ligeramente fruncido.

—Bueno —titubeo—. Mmm, ¿supongo que es una historia de *investigación*?

—Esto está saliendo maravillosamente bien —comenta Jacob balanceándose sobre los talones.

—¿Cómo sabes quién es Thomas? —insiste Sylvaine. Por un segundo, estoy contenta de que sepa de quién estoy hablando, pero la emoción se esfuma cuando el ceño fruncido se transforma en una rotunda expresión de ira.

—Sí, claro. —Trago con fuerza mientras deseo ser un poco mayor o, al menos, un poco más alta—. Bueno, mis padres están haciendo un programa de televisión acerca de los fantasmas de París, y estuve abajo en las Catacumbas y escuché...

Pero Madame Laurent ya está meneando la cabeza de un lado a otro.

—Lo que le ocurrió a Thomas sucedió hace mucho tiempo —afirma con tono frío—. No corresponde hablar de eso.

La miro a Pauline, rogándole silenciosamente que diga algo, que interceda, pero se limita a encogerse de hombros.

La niña, Adele, reaparece en el vestíbulo y permanece detrás de su madre, con evidente curiosidad.

—Por favor, Madame Laurent —vuelvo a insistir—. Solo quiero ayudar...

No me permite terminar y desvía su atención hacia Pauline. Intercambian unas pocas palabras en un rápido francés y luego nuestra guía en París apoya su mano en mi hombro.

—Vamos, Cassidy —dice—. Debemos regresar con tus padres.

—Pero yo necesito saber...

—*Non* —exclama Madame Laurent, el rostro sonrojado—. No, no

necesitas saber. La historia es historia. Es pasado. Y *privada*.

Y después de decir eso me cierra la puerta en la cara.

Capítulo dieciocho

Derrotada, me reclino contra la pared.

Un paso hacia adelante, dos hacia atrás, y ningún paso que me acerque a liberar a Thomas.

—Lo has intentado —comenta Pauline—. No funcionó. Estas cosas suceden. —Saca un trozo de papel del bolsillo. Un horario—. Tus padres deberían estar en camino hacia el Puente Marie. Podemos encontrarlos allí...

—Tú *sabías* que no hablaría conmigo.

—Tal vez lo sospeché —repite encogiéndose nuevamente de hombros—. Los franceses son personas muy reservadas.

—¡Pero no has dicho nada! —grito, exasperada—. Permitiste que llegara hasta aquí. ¿Por qué no me advertiste?

—¿Acaso eso te hubiera detenido? —pregunta, posando sus penetrantes ojos sobre mí.

Abro la boca para protestar y la vuelvo a cerrar.

—Eso pensé.

Quiero gritar, quiero decir que *tiene* que funcionar. Que Thomas se vuelva cada día más fuerte y que yo tengo que averiguar su historia para poder recordarle quién es, para que el espejo funcione y poder liberarlo antes de que alguien salga herido, o algo todavía peor.

Pero, en su lugar, presiono las palmas de las manos contra los ojos para aclararme la cabeza y la sigo a Pauline escaleras abajo y hacia la calle.

Caminamos en silencio hasta el puente, el viaje solamente interrumpido por alguna sirena ocasional, alguna ambulancia pasando a toda velocidad. Me digo a mí misma que Thomas no tiene nada que ver con esas sirenas. Espero que no tenga nada que ver con esas sirenas.

—El lado positivo —observa Jacob— es que, si *realmente* se tratara de él, parecería que ya no está obsesionado *contigo*.

Por algún misterioso motivo, eso no hace que me sienta mejor.
Jacob echa una mirada por encima del hombro y frunce el ceño.

¿Qué pasa?, pregunto silenciosamente.

Titubea y luego menea la cabeza.

—Nada.

El Sena surge ante nosotros y diviso a mis padres, que están apoyados contra el borde de piedra de un puente, esperando que Anton y Annette ajusten las cámaras.

París tiene muchísimos puentes que atraviesan el río y corren desde las márgenes hasta las dos islas que flotan en el medio. Este puente en particular no parece muy especial (la misma piedra clara que tiene buena parte de la ciudad), pero cuando mis zapatos pisan el borde, el Velo vibra y ondea a mi alrededor. Jacob me lanza una mirada de advertencia y obligo al Velo a retroceder mientras me esfuerzo para mantenerme en pie.

Para cuando Pauline y yo llegamos hasta donde se encuentran mis padres, ya han comenzado a grabar.

—París posee muchas historias de fantasmas —comienza mi madre—. Algunas aterradoras y algunas extrañas, algunas truculentas y otras simplemente tristes. Pero pocas son tan trágicas como la del fantasma del Puente Marie.

Jacob mira otra vez por encima del hombro y supongo que simplemente está alerta por si aparece Thomas.

—Durante la Segunda Guerra Mundial —explica mi padre—, la Resistencia dependía de espías para robar información, para hacer contrabando con secretos de los Nazis.

—Hey, Cass —dice Jacob, pero lo hago callar.

—Se decía que la esposa de un soldado de la Resistencia se transformó en espía de una manera poco convencional. Comenzó a salir con un soldado

nazi y le llevó esos secretos a su esposo. La mujer y su marido se encontraban aquí, en el Puente Marie, a medianoche...

—Cass —susurra de nuevo Jacob.

—¿Qué pasa? —pregunto con un murmullo.

—Alguien nos está siguiendo.

¿Qué?

Me doy vuelta para seguir la mirada de Jacob mientras levanto el visor de la cámara. Me preparo para ver a Thomas, pero, en su lugar, diviso a una niña con una cola de caballo y zapatos deportivos dorados, que brillan con el sol.

Adele.

Debo decir, a su favor, que no trata de mezclarse con la gente ni de ocultarse. Ni siquiera finge estar mirando algo o a alguien en particular. Permanece al comienzo del puente, los brazos cruzados y la cabeza en alto, el palito blanco de la piruleta continúa en su boca.

—Pero una cruda noche de invierno —prosigue mi madre—, la mujer vino al puente, pero su esposo no. Él nunca apareció y ella murió congelada aquí mismo, los secretos también quedaron congelados en su boca...

Camino hacia donde se encuentra Adele.

Yo le llevo por lo menos una cabeza de altura, pero alza los ojos y me mira sin parpadear.

—¿Hace cuánto tiempo que me estás siguiendo? —pregunto.

—Desde que te marchaste de nuestra casa —responde.

—¿Por qué?

—Oí lo que le dijiste a mi madre. —Sus ojos se entrecierran—. ¿Por qué estás *tan* interesada en Thomas Laurent?

—Ya se lo dije a tu madre... estoy investigando una historia.

—¿Por qué?

—Es para el colegio —miento.

—Es verano.

—Está bien —exclamo—. Simplemente quiero conocerla.

—¿Por qué?

—Siento curiosidad.

—¿Por qué?

Lanzo un resoplido de exasperación.

—Porque me dedico a cazar fantasmas y Thomas Laurent es un fantasma. En realidad, es un poltergeist, que es como un fantasma, pero más poderoso. Lo desperté sin querer, o algo por el estilo, y ahora está provocando todo tipo de problemas y tengo que liberarlo al otro lado, pero no puedo hacerlo hasta que averigüe quién es (quién era), porque él no lo recuerda.

Jacob coloca la cabeza en las manos y gruñe, pero Adele se limita a observarme fijamente mientras se muerde el interior de la mejilla, y yo me pregunto si la barrera del idioma habrá devorado la mitad de mis palabras.

Pero luego, después de un momento prolongado, asiente.

—Está bien.

—¿Está bien?

—Te creo.

Tiene una pequeña mochila colgada del hombro y, mientras la miro, la abre y extrae unas diez tarjetas con los bordes gastados.

—Te he traído esto —anuncia, extendiéndolas hacia mí para que pueda verlas. Son *fotografías*, en blanco y negro, y descoloridas por el tiempo.

Una de las fotografías es de un niño. Reconozco a Thomas de inmediato.

La cara redonda, los rizos rebeldes, la sonrisa. No parece amenazante sino abierto y alegre. Algo resuena en mi interior ante la imagen de ese niño que no está borroso sino macizo, los ojos brillantes, vital.

Real.

Sujeto las fotos y voy pasando la pila. En la siguiente, Thomas no está solo. Un chico, varios años mayor que él, se encuentra a su lado, una mano apoyada juguetonamente sobre la cabeza del niño más pequeño. Ese debe ser...

—Es Richard —interviene Adele—. El hermano mayor de Thomas. Mi bisabuelo.

La tercera foto es un retrato familiar, los dos chicos uno al lado del otro, rodeados por sus padres, que están muy derechos y con la espalda rígida. Y, en la última foto, Richard, el niño más grande, está solo delante de un edificio parisino, los ojos un poco tristes. Reconozco la puerta, los arcos de las ventanas. Acabo de estar ahí. El edificio donde aún viven los Laurent.

—¿Estas fotos te sirven? —pregunta Adele.

—Gracias —respondo después de asentir.

No es la historia de Thomas, pero es algo. Después de todo, las fotografías son recuerdos impresos en papel. Tal vez, si se las muestro a Thomas, eso puede refrescar su memoria. Pero para poder hacerlo, tengo que *encontrarlo* otra vez.

—¡Cass! —grita mi madre mientras mi padre y ella se dirigen hacia nosotros, con el equipo de grabación pisándoles los talones.

Jacob se suena la nariz y se retira, ahuyentado por las bolsitas de sal y de salvia, que coloqué en sus bolsos y en sus bolsillos.

—Ya hemos terminado. ¿Cómo ha sido tu aventura? ¿Y quién es esta niña encantadora?

—Adele Laurent —contesta ella antes de que yo pueda hacerlo—. Estoy ayudando a Cassidy con su... —Y tengo que contener el deseo de tapanle la boca con la mano antes de que termine la frase—... investigación.

Pauline se muestra sorprendida, pero mi madre esboza una brillante

sonrisa.

—¡Qué bien!

—Me parece fantástico —agrega mi padre.

—Sí, ha sido súper útil —afirmo.

Estoy a punto de ofrecirme para acompañar a la niña a su casa, una perfecta oportunidad para escabullirme y, tal vez, averiguar algo más sobre Thomas, cuando Adele comenta:

—¿Están grabando un programa sobre fantasmas, *n'est-ce pas*?

—Exactamente —responde mi padre—. Ya estamos a punto de dirigirnos a nuestra próxima localización. La última, realmente.

A Adele se le ilumina el semblante. Y luego, antes de que yo pueda pronunciar una palabra, agrega:

—Cassidy dijo que yo podía ir con vosotros.

Por supuesto que yo no he dicho nada parecido.

—Claro —exclama mi madre—. Si a tus padres les parece bien.

—A *maman* no le importa dónde voy, siempre que tenga cuidado —señala Adele mientras se encoje de hombros.

Afortunada, pienso.

—Bueno —añade mi padre extendiendo la mano a través del puente hacia una isla, donde una catedral se yergue contra la línea del horizonte—. Lo único que nos queda grabar es Notre Dame.

—*C'est cool!* —profiere Adele.

Apenas mis padres se dan la vuelta para marcharse, increpo verbalmente a la niña.

—Yo no he dicho que pudieras venir.

—Lo sé —afirma encogiéndose de hombros—, pero es verano. No hay nada que hacer. Y esto parece mucho más divertido que ver la televisión. Además, estás en deuda conmigo. Yo te he ayudado.

—Sí, es cierto —concuerto—. Y gracias por las fotos, pero esto es peligroso y debes irte a tu casa.

—Puedo ayudarte más —replica obstinadamente—. Hablo francés y quepo en lugares pequeños...

—Adele...

—Además, él forma parte de *mi* familia y no de la tuya.

—¡Niñas! —grita mi madre por encima del hombro—. ¿Venís?

Adele sonrío y corre para alcanzar a mis padres.

Y, de alguna extraña manera, así sin más, me he ganado una sombra.

Capítulo diecinueve

Serpenteamos a través de las calles, las dos torres de piedra de Notre Dame se alzan delante de nosotros.

Mientras caminamos, reviso otra vez las fotos viejas en busca de pistas. Vuelvo una y otra vez a la de los dos hermanos. Los dos sonríen y Richard tiene una mano apoyada sobre el pelo grueso y alborotado de Thomas. Antes me concentré en Thomas, pero, esta vez, no puedo dejar de mirar a Richard. Su pelo es más fino que el de su hermano y está oculto debajo de una gorra, el rostro más delgado y anguloso, pero son sus ojos los que me llaman la atención. Son alegres, brillantes y me recuerdan a alguien.

—Tiene un cierto parecido contigo —susurro inclinando la foto hacia Jacob. Una sombra atraviesa la cara de Jacob y, por un instante, se ve distraído, triste.

—Yo no lo veo —masculla y desvía la mirada.

—¿Con quién hablas? —pregunta Adele mientras se balancea a mi lado.

—Con Jacob. Es un fantasma.

—Pero yo pensé que cazabas fantasmas —exclama frunciendo la nariz.

Jacob y yo intercambiamos una mirada.

—Así es —admito. Durante un terrible segundo, la pesadilla brota en mi mente y la empujo hacia abajo—. Pero Jacob es distinto.

Cuando sopla una brisa fría y repentina, ya estoy tensa y buscando a Thomas, pero Adele también parece sentirla. Cruza los brazos y levanta los hombros hacia el cuello.

—¿Lo has notado? —pregunta—. Está refrescando.

—Eso no puede ser algo nuevo —acota Jacob y no sé si se refiere al descenso de la temperatura o a que el frío es ahora lo suficientemente intenso como para que lo sienta alguien normal. Pero, sea cual sea, estoy de acuerdo.

Comienzo a caminar más rápidamente. Alcanzamos a mis padres y al

equipo de grabación en un cruce mientras esperan que el semáforo de peatones se ponga verde. El frío sigue flotando en el aire y echo una mirada a mi alrededor, segura de que sucederá algo malo. Pero no pasa nada malo y comienzo a preguntarme si se tratará simplemente del tiempo cuando la luz se pone amarilla y bajo el bordillo de la acera para cruzar la calle.

Doy un paso, dos y luego escucho el chirrido de los neumáticos, el sonido de una bocina.

Alzo la vista demasiado tarde. Veo el coche demasiado tarde. Jacob está girando hacia mí, pero es mi padre quien me agarra del hombro y tira violentamente de mí. Un segundo después, el coche avanza lentamente haciendo sonar la bocina y yo me quedo jadeando y temblando en el bordillo de la acera.

—¡Cassidy! —grita bruscamente mi padre—. ¿En qué estabas pensando?

—Pero la luz... —comienzo a decir levantando la mirada hacia el semáforo de peatones. Como era de esperar, está verde. Pero también están verdes *todas* las luces del semáforo. Las bocinas atruenan y los autos se detienen de golpe con un chirrido, el cruce pierde toda la calma.

—Debe ser un fallo técnico —comenta mi madre cuando me atrae hacia ella.

—Sí —musito, los dientes castañeteando del frío—. Debe ser.

Jacob tiene razón acerca de algo.

Thomas ya no es mi problema.

Es el problema de *todos*.



Diez minutos después, estamos subiendo a una de las torres de Notre Dame.

La catedral nos ha dado un plazo de treinta minutos para grabar,

despejando a los turistas que están adelante y demorando a los que vienen atrás, así que estamos solos en los estrechos escalones en espiral. El equipo de grabación, mis padres, Pauline, Jacob y yo... y Adele, que sube los peldaños casi a saltos. Me aprieto el jersey contra el cuerpo. Deben ser las corrientes de aire de la escalera de piedra, pero no logro quitarme el frío.

—Miles de personas acuden en tropel a Notre Dame para ver sus puertas esculpidas y sus vidrieras —narra mi padre a la cámara.

—Pero esta catedral medieval —interviene mi madre— alberga tantas historias de fantasmas como gárgolas.

—Pero ¿por qué son tantos *escalones*? —pregunta Jacob mientras ascendemos.

Dice el que no tiene que subirlos.

Jacob me mira por un segundo, los ojos muy abiertos.

—Ah, es verdad —murmura rascándose la cabeza—. Lo olvidé.

Pongo los ojos en blanco y él hace el saludo militar.

—Niños corpóreos, os espero arriba —anuncia y desaparece a través del techo.

Adele se quita el palito blanco de la boca, la piruleta ya ha desaparecido, y lo guarda en el bolsillo. Extrae dos piruletas más del bolso y me ofrece una. La acepto aun cuando tengo un nudo en el estómago.

—¿Cómo sabes si un lugar está embrujado? —pregunta.

—Puedo sentirlo —respondo suavemente—. El mundo se vuelve... más pesado y, cuando hay un fantasma cerca, siento esto. —Estiro la mano y golpeteo un dedo sobre su hombro. *Tap. Tap. Tap.*

En donde vivo, donde todo está menos embrujado sin lugar a dudas, el repiqueteo surgía normalmente de la nada y me golpeaba como un trueno. Pero, desde que comenzamos el viaje, el repiqueteo se ha vuelto constante. A veces, es débil y a veces es fuerte. Pero estas ciudades están tan

embruadas que es más probable que note cuando *no* hay una presencia espectral.

—*Cool* —exclama Adele con una sonrisa y luego agrega—: ¿Puedes ayudarme a reconocerlo?

—No, lo siento —respondo meneando la cabeza—. No es algo que puedas aprender.

Al ver que frunce el ceño confundida, le explico:

—Solo funciona si has estado a punto de morir.

Los ojos desorbitados, me doy cuenta de que está a punto de hacer un millón de preguntas, pero llegamos al primer descanso y la interrumpo.

—Tenemos que estar en silencio mientras graban.

Salimos a una terraza de piedra salpicada de monstruos de piedra. Una jaula de metal forma un arco sobre nuestras cabezas, una barrera entre nosotros y la cornisa. Me quedo atrás, pero Adele extiende la mano a través de la reja para deslizar los dedos por la pata de una gárgola.

Mi madre resbala la mano por la malla metálica.

—Estas rejas —relata— no son pura apariencia. Algunas personas se han caído, otras han saltado. Unas pocas es probable que hayan recibido un empujón. Les doy el ejemplo de una joven conocida solamente como MJ. Deseaba subir aquí arriba, pero necesitaba a alguien mayor que la acompañara, así que se hizo amiga de una mujer mayor y juntas ascendieron por la torre. —La expresión de mi madre se torna sombría—. Nadie sabe qué sucedió después. El cuerpo de la joven fue encontrado abajo, sobre las piedras. A la anciana no se la volvió a ver nunca más.

Me estremezco levemente y siento el *tap-tap-tap*, pero los ojos de Adele brillan de placer ante las palabras de mi madre. Como si no fueran más que historias separadas de la realidad, de la misma forma en que nosotras estamos separadas de la saliente de la terraza.

Jacob se encuentra en la esquina observando la ciudad, con una expresión sombría en el rostro. Camino hasta él, sigo su mirada y se me corta la respiración al ver la ciudad de París allí abajo.

No es solamente por la vista.

Es el sonido de las sirenas, fuertes como silbatos.

Las luces rojas y azules parpadeando a través del perfil de la ciudad.

La estela de humo que se eleva de un edificio a la distancia.

El frío que flota en el aire como si fuera otoño y no pleno verano.

Thomas Laurent ha entrado oficialmente en la etapa del caos.

Mis padres y el equipo prosiguen su camino y desaparecen dentro del campanario, en el otro extremo de la terraza. Adele los sigue, pero yo permanezco en el lugar mirando a través de la malla metálica. El ascenso ha sido largo, de modo que el descenso también lo será.

Una idea brota en el fondo de mi mente.

Una expresión de horror atraviesa el rostro de Jacob.

—Cassidy, espera...

Pero ya estoy cruzando el Velo.

Esa caída breve y abrupta a través de agua negra hasta llegar a una zona gris, y luego estoy otra vez en la terraza de la catedral, oigo el tañido de las campanas, las dos torres elevándose sobre mí entre la niebla.

Solo existe una diferencia: aquí, en el Velo, no hay una jaula protectora, solo la baranda, el espacio abierto y la promesa de una larga caída.

Antes dio resultado, pienso obligándome a acercarme a la baranda. El miedo es como garras deslizándose por mi piel (miedo a las alturas, miedo a caer, miedo a que mi idea no dé resultado, miedo a que sí dé resultado), pero quizá sea importante. El miedo va unido al peligro, al riesgo, ese que atrae a los poltergeist como las mariposas nocturnas a una llama.

Respiro profundamente, levanto un pie y lo apoyo en la barandilla antes

de que Jacob me sujete del brazo y me haga regresar al suelo, pálido y furioso.

—Cass, ¿qué estás *haciendo*? Trepar a una cripta es una cosa, pero esto es completamente distinto. ¡Te matarás!

—No me voy a matar —exclamo soltando la mano—. Solo tengo que crear la posibilidad.

—Me esforcé mucho para salvarte la vida y no permitiré que la desperdicies de esa manera.

—No voy a desperdiciar nada, Jacob. Estoy pagando mi deuda. Haciendo mi trabajo.

—¿Por qué es *este* tu trabajo? ¿Porque Lara lo dijo? Ella no sabe *todo*, aun cuando parezca que sí. Y no dejaré que te subas a la barandilla.

—Perfecto —repongo bruscamente—. Pensaré en otra cosa. —Comienzo a caminar de un lado a otro—. Tengo que hacerlo salir. Tiene que existir una forma de atraparlo, aunque sea durante el tiempo suficiente como para que yo...

—¡Basta! —grita Jacob, todo el humor ha desaparecido de su voz—. Basta. Admite por qué esto es *tan* importante para ti.

—¿Qué? —pregunto mientras parpadeo, confundida.

—La regla de la amistad número dos es no mentir, Cass. Además, es en lo único en que has estado pensando desde nuestra llegada a París. Así que *admítelo*. No estás tan preocupada solamente por Thomas Laurent. Estás preocupada por *mí*.

Sus palabras me golpean como un puñetazo.

—¿Qué? No. Yo estoy...

Pero luego vacilo.

Creo que no lo había pensado.

Pero tiene razón.

No es el único motivo, pero no cabe duda de que es uno de ellos.

Lo cierto es que tengo miedo. Miedo del creciente poder de Jacob, miedo de lo que significa. Miedo de que Lara tuviera razón. Miedo de no ser capaz de salvar a mi mejor amigo.

—¿Miedo de que yo me esté convirtiendo en algún tipo de *monstruo*? —
ruge Jacob, los ojos oscurecidos, la piel grisácea.

—Jacob...

—¿No confías en mí?

—Sí, pero...

—Pero piensas que me estoy convirtiendo en la clase de fantasma que deberías cazar. Bueno, que *tienes* que cazar. Lo que quiero decir es que ya soy la clase de fantasma que *deberías* cazar, no nos olvidemos de eso...

—¡Ya basta! —suplico.

Pero Jacob está temblando de ira.

—Y para que lo sepas —prosigue—, todavía recuerdo *todo*, todo, acerca de mi vida y la forma en que terminó. Simplemente no quiero compartirlo contigo.

—¿Por qué *no*?

—¡Porque no es asunto tuyo! —grita, el pelo levantándose alrededor de su rostro, como si el aire que lo rodeara se estuviera transformando en agua—. ¡Porque no quiero pensar en eso! —Su ropa comienza a oscurecerse como si estuviera mojada—. Y no quiero que lo sepas porque no me mirarías de la misma manera. —Su pecho sube y baja, la camiseta empapada—. Ya no seré el chico que te salvó la vida, seré el que *murió*, y...

Le echo los brazos alrededor de los hombros y lo abrazo lo más fuerte que puedo en este lugar donde yo soy menos sólida y él es más real. Y, durante unos segundos, Jacob se queda quieto y no sé si aún está enfadado o solo sorprendido. Y luego la lucha brota de él. Sus hombros se caen, su cabeza se

inclina hacia adelante contra mi hombro.

—No sé qué me está ocurriendo —señala—. No sé qué significa. Y también me da miedo. Pero no quiero irme. No quiero perderte a ti. Ni a mí.

—Eso no ocurrirá —afirmo apretándolo con más fuerza—. Tú tienes algo que el poltergeist no tiene.

—¿Qué?

Me aparto para que pueda ver mi cara.

—Me tienes a mí.

Sonríe, una tenue imitación de su humor habitual. Pero es algo.

Me alejo y me seco los ojos con rapidez.

—*Viens* —susurra una voz. Los dos nos damos la vuelta y vemos al fantasma de una pequeña anciana, que se acerca renqueando a nosotros con un vestido y un abrigo descoloridos, la piel cubierta de arrugas profundas. Sus ojos son muy brillantes, la sonrisa amplia y llena de dientes de madera.

Jacob menea la cabeza, una risa nerviosa escapa de su boca como si fuera vapor mientras nuestro mundo vuelve a la normalidad.

Qué extraño que *esto* sea la normalidad.

—*Viens avec moi* —susurra la anciana dama con un arrullo mientras extiende una mano huesuda y retorcida.

La historia de mi madre regresa a mi mente. *El cuerpo de la joven fue encontrado sobre las piedras. A la anciana no se la volvió a ver nunca más.*

—*Viens* —nos insta el fantasma mientras se acerca arrastrando los pies, y yo soy muy consciente de que no hay baranda detrás de mí, y la caída es larga.

—Yo te cubro la espalda —dice Jacob colocándose entre la cornisa y yo.

Extraigo el colgante del bolsillo y levanto el espejo delante de los ojos de la anciana.

Sus dedos se cierran alrededor de mi muñeca.

—*Viens avec...* —comienza a decir, pero sus palabras mueren al captar el reflejo de su imagen en el espejo.

Esta vez, recuerdo las palabras inmediatamente.

—Observa y escucha —exclamo.

Sus ojos se vuelven apagados y vacíos.

—Mira y aprende.

El contorno de su cuerpo se desdibuja.

—Esto es lo que eres.

Las manos de la mujer resbalan de mi muñeca y todo su cuerpo se adelgaza. Meto la mano en el hueco de su pecho y tiro del hilo de su vida, frágil, gris y sin luz. Se disuelve en mi mano, vuela, y lo mismo sucede con la anciana.

Las campanas continúan sonando, pero a lo lejos, y el Velo comienza a afinarse, a perder la nitidez, la forma, porque ya no está el fantasma para mantenerlo en pie.

Jacob apoya una mano en mi hombro y me vuelvo hacia él.

—Vayámonos de aquí —digo y sujeto su mano.

El Velo se abre y lo atravesamos. Inhalo profundamente tratando de quitarme de encima la extrañeza que siempre me acompaña desde el otro lado. La mano de Jacob se esfuma en la mía, la carne se disuelve hasta que queda algo apenas más denso que el aire.

Oigo un leve chillido de asombro y me doy cuenta de que Adele me está mirando fijamente a mí y al lugar en el que estoy de pie, el lugar en el que obviamente *no* estaba un segundo antes, los ojos grandes y la boca abierta por la sorpresa.

Capítulo veinte

—**A**quí estás —exclama Pauline, apareciendo por la esquina—. Vámonos.

Por una vez, Adele no tiene nada que decir. Durante todo el descenso por la escalera de la torre y al salir al exterior con la última luz de la tarde, se limita a observarme sin pronunciar una sola palabra.

Para cuando llegamos a la Rue de Rivoli, los semáforos están todos con luces amarillas intermitentes y el tráfico se ha detenido por completo, las bocinas suenan de manera atronadora.

Esto es malo.

Muy malo.

Debajo de la marquesina del Hotel Valeur, Anton le pasa a mi padre el maletín con el material grabado para que mi madre y él puedan volver a ver las últimas escenas. Annette le da un beso a mi madre en cada mejilla y Pauline nos desea buenas noches. Comienza a alejarse y luego se detiene.

—Cassidy, tu rollo —recuerda—. ¿Quieres que lo lleve a revelar?

Lo había olvidado. Miro la cámara; solo queda una foto por hacer. Reúno a todo el equipo de televisión (mis padres, Pauline, Anton y Annette) en la toma, con París de fondo, y hago la última foto. Luego giro el rollo usado y, con el pulgar, corro el pestillo de atrás de la cámara, que se abre de golpe, y dejo caer el pequeño cilindro en mi mano. Se lo entrego a Pauline mientras me pregunto qué aparecerá (y no aparecerá) en la película.

Pauline guarda el cilindro en el bolsillo y promete vernos de nuevo mañana, antes de que nos marchemos.

Mañana... es difícil imaginarlo, en parte porque Thomas aún está arrasando la ciudad.

Mañana... lo cual significa que tengo menos de un día para liberarlo.

Se me está acabando el tiempo.

—Aquí va una idea loca —dice Jacob—. ¿Qué tal si nos marchamos y listo?

Frunzo el ceño y lo miro intencionadamente. *¿Qué?*

—Piénsalo un momento —insiste—. Es probable que Thomas se haya sentido atraído hacia ti en un principio, pero está claro que ha avanzado hacia objetivos mayores. Entre eso y tus horrendas bolsitas con sal y salvia, estoy seguro de que podríamos marcharnos de París ilesos.

—¿Y qué le pasaría a *París*? —murmuro por lo bajo.

Anton y Annette también se despiden agitando el brazo. Una vez que todo el equipo se ha ido, nos volvemos hacia Adele, que no muestra ningún indicio de marcharse. Se limita a mirarnos fijamente como si *nosotros* fuéramos el programa de televisión y quisiera ver qué vamos a hacer a continuación.

—¿No deberías volver a tu casa? —pregunta mi padre.

Adele se balancea hacia adelante y hacia atrás sobre sus zapatos deportivos dorados.

—¿Tengo que irme?

—Bueno, ¿tu madre no estará preocupada?

Adele echa una mirada por encima del hombro; el sol está comenzando a hundirse detrás del horizonte, tiñendo de anaranjado los bordes del cielo.

—Todavía no —responde encogiéndose de hombros.

—¡Tengo una idea! —exclama mi madre mientras entrelaza su brazo con el de mi padre—. Cass, los dos iremos al salón a tomarnos una copa. ¿Por qué no subís a la habitación y os quedáis allí? Puedes presentarle a Grim. —Me extiende la carpeta del programa—. Puedes contarle todo sobre *Los Inspectros*.

Mi padre me entrega el maletín con el material grabado del día para que lo lleve arriba y se aleja caminando con mi madre por el vestíbulo.

Una vez en la suite, dejo a un lado el maletín y Adele emite un chillido de placer, levanta a un Grim muy aturdido y le habla suavemente en francés.

Mientras tanto, yo saco las fotografías que me trajo y las desparramo por el suelo esperando que me ayuden a pensar.

Enseguida suena mi teléfono móvil. Es una videollamada.

Es Lara y va directamente al grano.

—¿Has visto las noticias?

—Espera. —Busco el mando y enciendo la televisión. La presentadora de las noticias habla abruptamente mientras muestran un video por encima de su hombro. En esa pantalla más pequeña, hay luces de emergencia destellando con intensidad encima de un vehículo.

Todo es en francés, por supuesto, pero el mensaje es dolorosamente claro.

—Oh.

Luego la reportera cambia el plano a una mujer sentada en la acera mientras un sanitario aprieta un paño sobre el lado de su cabeza. En el fondo, un choque múltiple obstruye un cruce. Cambio de canal y veo un mapa del metro cubierto de marcas rojas de los lugares donde se ha cortado la electricidad.

Pongo la televisión en silencio y Lara se adelanta en el asiento.

—Te advertí que esto pasaría. Estos espíritus son... —Se detiene súbitamente y frunce el ceño—. Cassidy —dice con voz tensa—, ¿quién es ella?

Echo una mirada por encima del hombro y veo a Adele encaramada sobre el brazo del sofá, Grim una montaña de pelos en su regazo.

—Ah, sí. Es Adele.

La niña extrae la piruleta de la boca y agita la mano alegremente.

—¡Hola!

Lara no le devuelve el saludo.

—¿Tú también eres una cazadora de fantasmas? —pregunta Adele.

Ante eso, Lara se queda muy quieta, los ojos oscuros y furiosos.

—Cassidy Blake —susurra a través de los dientes apretados—. ¿Qué le has *contado*?

—No mucho —respondo al mismo tiempo que Adele exclama—: ¡Todo!

La expresión de Lara pasa de la ira al horror.

—¿Por qué harías algo semejante?

—Debo decir —reflexiona Jacob— que me gusta ver esa ira dirigida hacia otra persona.

—Cállate, fantasma —ruge—. Cassidy, explícate.

—Simplemente ocurrió —comento.

—Ah, claro, porque las habilidades espectrales son un tema de conversación muy natural.

—Mira —explico—. Fui a ver a la nieta de Richard Laurent, Sylvaine Laurent, pero se negó a hablar conmigo. Adele es su hija. Ella me buscó y me trajo fotografías...

—Un momento —interrumpe Lara—, ¿qué fotografías?

Giro el teléfono para que pueda ver las fotos desplegadas por el suelo.

—Más cerca —indica Lara y me agacho para hacer una panorámica con el teléfono. Adele se deja caer junto a ellas con las piernas cruzadas. Sujeta una foto en la que está Thomas solo lanzando una mirada por encima del hombro y esbozando una franca sonrisa.

—¿Y aún no has avanzado nada? —pregunta Lara—. No estás más cerca de descubrir qué...

—Una historia muy triste —murmura Adele—, lo que le sucedió a Thomas.

La habitación se queda en silencio. Jacob y yo la observamos. Hasta la boca de Lara ha quedado abierta en la pantalla.

—¿Tú lo sabías? —exclamamos todos al unísono.

Adele se mueve levemente.

—*Oui* —responde—, *maman* me lo contó. A ella no le gusta hablar del pasado, especialmente con desconocidos, pero dijo que era importante conocer la propia historia. Dijo que era algo privado. Pero os servirá para ayudar a Thomas —agrega—, os contaré la historia.

Capítulo veintiuno

—Es una historia muy triste —comienza Adele colocando a Grim sobre su regazo.

»Mi bisabuelo Richard tenía diez años cuando sucedió. Era tres años mayor que Thomas y su héroe. Estaban muy unidos. Así. —Y cruza los dedos—. Thomas solía seguir a Richard a todos lados. Y Richard lo dejaba. Durante todo el verano —prosigue—, Richard y algunos otros niños habían bajado furtivamente a las Catacumbas por la noche.

—¿Cómo? —pregunta Lara.

Adele se encoge de hombros.

—Ahora solo hay una entrada y una salida, pero solía haber más, si sabías dónde buscarlas. Y Richard sabía. —Adele esboza una pequeña sonrisa traviesa—. Así que bajaban sigilosamente en la oscuridad.

Jacob y yo nos estremecemos ligeramente al pensar en las Catacumbas por la noche. Los túneles de huesos iluminados únicamente por velas o linternas, una pálida iluminación que deje a los esqueletos enterrados en las sombras.

—Y Thomas también quería ir. Rogó y rogó hasta que, una noche, finalmente, Richard aceptó llevarlo.

Le echo una mirada a Jacob mientras Adele habla. Su rostro está sombrío, carente de expresión, como si su mente estuviera divagando mientras escucha. Pero debe sentir que lo miro porque parpadea y desvía la mirada hacia mí, con una ceja levantada.

—Así que se fueron —continúa Adele, y acaricia a Grim—. Thomas, Richard y dos amigos de Richard. Bajaron en medio de la oscuridad.

El gato es una mancha de pelo negro en su regazo, más feliz que nunca desde que llegamos a París. Adele debe tener un don especial para hacerse amiga de gatos cascarrabias.

—Los chicos siempre estaban jugando y eso es lo que hicieron. Jugaron al

cache-cache. ¿Sabéis lo que es?

Digo que no con la cabeza.

—Vosotros lo llamáis jugar al escondite.

—¡Los números! —exclamo enderezándome y Lara asiente en la pantalla.

—¿*Quoi?* —pregunta Adele paseando la mirada entre nosotras—. ¿Qué?

—*Un, deux, trois, quatre, cinq...* —recita Lara en su impecable francés—.

No podía entender por qué contaba hacia *arriba* y no hacia *abajo*.

—Pero si ellos estaban jugando a las escondidas —comento— y él buscaba...

Adele asiente frenéticamente.

—Thomas era muy pequeño, muy bueno para esconderse —recuerda— y por eso hicieron que buscara. Él cerró los ojos para contar y todos los demás chicos corrieron a ocultarse.

Imagino estar jugando a semejante juego allí abajo, estar escondido, apretado contra los esqueletos o trepar sobre los huesos, y me estremezco.

—Thomas era muy bueno para encontrar a los otros chicos donde fuera que se escondiesen —prosigue Adele—. Por eso la tercera vez que jugaron, Richard aceptó dejar que su pequeño hermano se escondiera.

Me da un vuelco el estómago al darme cuenta hacia dónde va la historia.

—Richard era quien buscaba —relata Adele— y encontró a uno de sus amigos, y luego al otro, pero no a Thomas. Buscó durante casi una hora antes de darse por vencido. Los niños estaban cansados, querían irse a su casa. Entonces Richard gritó: «Thomas, *c'est finit*» (ya se ha terminado), pero no hubo respuesta salvo su propia voz resonando por los túneles.

Un escalofrío recorre mi cuerpo. Si fuera una historia cualquiera, tal vez disfrutaría de la emoción y del nerviosismo. Pero yo he *visto* a este niño pequeño con su ropa sucia y gastada. Y puedo imaginarlo perdido allí abajo, escondido entre los huesos o vagando por los túneles, sin rumbo, solo.

—Richard permaneció allí abajo toda la noche —sigue contando Adele— buscando a su hermano. Pero no logró encontrarlo. Finalmente, no le quedó elección. Regresó a su casa y les contó a sus padres, que llamaron a la policía y organizaron la búsqueda.

—¿Y encontraron a Thomas? —pregunto después de tragar con fuerza—. ¿Con el transcurso de las horas?

—Sí —responde Adele lentamente—. Pero, para entonces, ya era muy tarde. Él ya estaba... —Sus palabras se apagan.

Se me tensa el pecho ante la siguiente pregunta.

—¿Dónde lo encontraron?

Adele titubea mientras acaricia a Grim.

—Él era muy bueno para esconderse. Se había metido en uno de los pequeños... —Vacila buscando la palabra y luego traza un arco con la mano—. *Coin*.

—Un rincón —traduce Lara—, como un hueco.

—*Oui*. —Asiente Adele—. Eso. Bueno, él subió y se metió adentro sin problemas. Pero los huesos que lo rodeaban eran viejos y, a veces... —Hace un leve movimiento de desmoronamiento con las manos—. Se resbalaron. Cayeron varias secciones.

En el teléfono, Lara se lleva una mano a la boca.

—Al final lo encontraron debajo de los huesos.

Jacob tiembla levemente y yo me pongo tensa ante la idea de quedar enterrada allí abajo en la oscuridad.

—¿Y Richard? —pregunto.

Adele se inclina hacia adelante encima de Grim, que no parece preocuparse, y da unos golpecitos sobre la foto del niño más grande, que está solo. Hay un pequeño espacio vacío a su lado, el brazo extendido débilmente, como si Richard no supiera dónde apoyar el codo sin el

hombro de su pequeño hermano.

—Mi madre dijo que estaba siempre triste. Nunca se perdonó a sí mismo haber perdido a su hermano allí abajo.

Permanecemos en silencio por un rato largo. El único sonido es el murmullo constante del ronroneo de Grim.

Y mientras le doy vueltas a la historia dentro de mi cabeza, comprendo exactamente, con lúgubre terror, qué tengo que hacer.

—No lo digas, Cass —interrumpe Jacob.

—Tenemos que volver a las Catacumbas.

Adele levanta la vista del gato mientras su rostro se pone blanco.

—¿Qué?

Jacob emite un quejido.

—Piénsalo un momento —insisto—. Solo porque Thomas no esté *unido* a un lugar, eso no significa que ese lugar no sea importante para él. Las Catacumbas es el sitio donde *murió*.

—Es cierto —replica Jacob—. Pero él *no recuerda haber muerto allí*.

—Tal vez no de manera consciente —señalo—, pero cuando nos vio, estaba *contando*.

—¿Entonces?

—Entonces una parte de él recuerda haber jugado al escondite allí abajo —acota Lara desde mi teléfono—, aun cuando él *no recuerde* que lo recuerda. Es probable que su recuerdo de las Catacumbas haya sido uno de los últimos en desaparecer; lo cual significa que será el primero en regresar. Tiene sentido. Será el lugar más fácil para refrescar su memoria.

Me vuelvo hacia el teléfono.

—Está bien, Lara —propongo—. Yo me encargaré de aquí en adelante.

—Buena suerte —me desea antes de cortar la conversación.

—¿Tiene que ser *necesariamente* en las Catacumbas? —pregunta Jacob—.

¿Por qué no podemos elegir un lugar en el que estemos en igualdad de condiciones? Como un jardín. Un jardín sería buena idea. Y *encima de la tierra*.

Ojalá pudiéramos hacer lo que sugiere Jacob. Realmente. Pero he perdido mucho tiempo intentando lograr que Thomas salga, hacer que venga a mí, eludiendo la sencilla verdad: las Catacumbas es el lugar donde todo comenzó; es donde tiene que terminar.

—Tú sabes que tengo razón.

—No, no lo sé —afirma Jacob—. Hay aproximadamente un cincuenta por ciento de probabilidades de que tengas razón y un noventa por ciento de que esto salga verdaderamente mal.

—¿Solo un noventa por ciento? —pregunto con una sonrisita burlona.

—¿Qué está diciendo tu fantasma? —pregunta Adele mientras se pone de pie y sujeta al gato como si fuera un escudo.

Jacob se cruza de brazos e ignora a Adele.

—¿Y si Thomas no aparece? —pregunta.

Pero lo hará.

Puedo sentirlo.

Como siento el golpeteo cuando los fantasmas están cerca.

Como siento el Velo entre los dedos.

—Está bien —admite Jacob—, pero ¿cómo haremos para volver a las Catacumbas? Por lo que yo sé, tus padres ya han terminado de grabar, el lugar debe estar cerrado y nos marchamos mañana.

Se me cae el alma al suelo.

Y no es que no tenga una idea.

Tengo una, pero es muy pero muy mala.

Jacob hace una mueca al leer mi mente.

—Oh, *no*.

Capítulo veintidós

El material grabado está guardado en el oscuro maletín de metal.

Me agacho frente a él y apoyo las manos en los broches.

—Adele —indico—, necesito que vayas al pasillo y no despegues los ojos del ascensor y de la escalera.

—¿Cómo hago para no *despegar los ojos*? —pregunta, el ceño fruncido.

—Es una frase hecha —explico—. Significa que necesito que estés alerta. Avísame cuando no haya moros en la costa.

—¿En la costa? ¿Como si estuviéramos en el mar?

Exasperada, balbuceo alguna respuesta y luego exclamo:

—Ve y quédate en el pasillo. Golpea la puerta si ves venir a mis padres.

Apoya a Grim en el suelo y sale de la habitación; respiro profundamente y abro los broches.

—Espera —advierte Jacob—. Tú sabes que siempre estoy dispuesto a portarme un poco mal...

—No, no es cierto —comento—. Eres un cobarde total.

—Está bien, no es necesario insultar. Escúchame. Una cosa es portarse mal y otra cosa muy distinta es portarse *muy* mal. Y lo que estás a punto de hacer está *muy* mal.

—Lo sé —susurro—. Pero una cosa son los fantasmas y otra cosa muy distinta son los *poltergeist*. Y a lo que nosotros nos estamos enfrentando —concluyo señalando el televisor puesto en mute— es a un *poltergeist*.

En la pantalla, vehículos para emergencias rodean a un edificio que tiene el aspecto evidente de estar incendiándose. Unos segundos después, la imagen cambia a una calle muy bulliciosa, todo el tráfico detenido mientras los equipos de mantenimiento tratan de acercarse a un cable de electricidad que lanza chispas.

Jacob suspira, derrotado, mientras yo levanto lentamente la cubierta.

El maletín está dividido en dos. Los carretes de película compacta están

colocados de un lado, en la gomaespuma negra, y las tarjetas digitales están encajadas en el otro. Obviamente, el equipo graba de las dos formas. Afortunadamente para mí, todo está cuidadosamente etiquetado, dividido no solo por día sino también por localización.

El primer carrito dice CAT, abreviatura de Catacumbas.

Paso los dedos por la etiqueta. Las Catacumbas es uno de los sitios más famosos del mundo. Ninguna excursión relacionada con fantasmas está completa sin él. De modo que si destruyo lo grabado durante esa jornada, *tendremos* que regresar.

—¿Sabes algo, Cass? —comenta Jacob, después de aclararse la garganta—. Pensé que meterte en una tumba abierta y esconderte debajo de un cadáver era una mala idea, pero lo que piensas hacer ahora transforma aquello en algo completamente sensato.

—Tengo que hacerlo, Jacob.

—No es cierto. —Se agacha junto a mí—. Esto no es como lo que pasó en Escocia, no estás atrapada en el Velo. Tienes una opción. Y si lo piensas bien, este poltergeist no es nuestro problema.

—Sin embargo, lo es. Y aun si no lo fuera, nosotros somos los únicos que podemos liberarlo, Jacob. Si no hacemos nada, podría hacer daño a mucha gente.

—¡Podría lastimarnos a *nosotros*! —exclama Jacob. Le dedico una mirada penetrante—. Bueno, podría hacerte daño a *ti* —corrige—. Que de por sí ya es bastante malo.

—El Código de El Hombre Araña —murmuro balanceándome sobre los talones.

—¿Qué?

—Tú sabes de qué hablo. Un gran poder... —Hago una pausa esperando que él termine la frase.

—...pone *bran bilidad*... —balbucea Jacob.

—¿Qué ha sido eso? —lo presiono.

Raspa el suelo con el zapato.

—...supone una gran responsabilidad.

—Exacto.

Jacob se mueve inquieto y suspira.

—No puedo creer que me hayas aplicado a mí el código de El Hombre Araña —gruñe mientras yo observo el material grabado.

Jacob se cubre los ojos como si pudiera no mirar.

Por desgracia, yo tengo que hacerlo.

Juro solemnemente que mis intenciones no son buenas, pienso mientras agarro la tarjeta de datos de las Catacumbas de su ranura en la gomaespuma y la guardo en el bolsillo trasero.

—Hay días en que desearía que fueras Slythercore en vez de Gryffindot —murmura Jacob entre dientes.

—No es cierto —afirmo mientras desenganchó el rollo de película etiquetado como CAT—. Y uno de estos días te obligaré a leer Harry Potter.

—Hago girar la caja de plástico en mis manos.

—¿Y cómo piensas explicar la súbita destrucción? —pregunta Jacob—. ¿Echarás la culpa al poltergeist? ¿Crees que tus padres se lo creerán?

Miro nuevamente la etiqueta y considero la cuestión.

CAT.

Cerca, Grim se estira y bosteza.

—No —respondo sacando la película de los rollos—. Pero a los gatos les fascinan las cintas, ¿no es cierto?



Cinco minutos después, el escenario está armado, el daño está hecho. Adele

entra y avisa que mis padres están subiendo las escaleras. La sujeto del brazo y salgo corriendo hacia el pasillo, dispuesta a encontrarme con ellos por el camino.

—Ah, aquí estáis —exclamo al toparnos con ellos en las escaleras—. Estábamos yendo a buscaros.

—¿Todo bien? —pregunta mi madre.

—Sí —respondo un poquito rápido—. Estamos empezando a tener hambre y queríamos saber si podíamos pedir comida.

—Claro —dice mi madre mientras nos damos la vuelta y volvemos a subir.

Cuando subimos las escaleras, contengo la respiración.

La última parte de mi plan depende de Jacob, o, mejor dicho, de sus crecientes poderes.

—¿Estás seguro de que eres lo suficientemente fuerte como para hacerlo? —le pregunté mientras colocaba el maletín haciendo equilibrio en el borde de la mesa.

—Creo que sí —respondió y extendió la mano, los ojos entrecerrados por la concentración. Luego apoyó el dedo contra una de las esquinas del maletín, que se inclinó muy ligeramente antes de recuperar el equilibrio.

Ahora, mientras llegamos al pasillo, estornudo ruidosamente, la señal acordada, y un segundo después...

PLUM.

El ruido de un maletín de metal cayendo al suelo.

Mi madre irrumpe en la habitación, mi padre pegado a sus talones. Adele y yo permanecemos en el pasillo, pero a juzgar por el grito ahogado de horror de ella y las maldiciones de él, la idea ha funcionado.

La escena que se extiende frente a nosotros es la viva imagen de la destrucción.

Grim, erguido ante el impacto provocado por el ruido del maletín, mira desde arriba el desastre que tiene en el suelo frente a él. Solo unas pocas tarjetas digitales se cayeron del maletín, las demás se han quedado alojadas en las ranuras de gomaespuma. Los rollos no han tenido tanta suerte. Han rodado por el suelo, se han dado la vuelta, la mayoría no ha sufrido ningún daño, pero hay uno que yace arruinado en el centro de la escena, un revoltijo de película enredada.

—¡Gato malo! —grita mi madre, corriendo hacia adelante.

Grim salta a la parte de atrás del sofá y me echa una mirada fulminante con sus ojos verdes, como diciendo *Esto ha sido un golpe bajo, humana*. Yo prometo silenciosamente comprarle una lata entera de hierba gatera cuando todo esto termine.

—*Mon dieu!* —exclama Adele. Debo reconocer que su rostro es la viva imagen de la sorpresa, mientras yo siento ganas de vomitar.

Jacob se encarama en la parte de atrás del sofá, los brazos cruzados, claramente indeciso entre sentirse enfadado conmigo u orgulloso de su logro. Se conforma con observarnos mientras nos ponemos en cuatro patas y recobramos del suelo todos los carretes desparramados y las tarjetas digitales caídas, y las colocamos nuevamente en el maletín.

Mi padre trata de encajar la película dañada en la carcasa de plástico, pero enseguida resulta obvio que no lo conseguirá.

—Menos mal que hay una copia de repuesto digital —refunfuña, pero mi madre menea la cabeza.

—Desapareció.

—¿*Qué?* —ruge mi padre cuando mira dentro del maletín para confirmar lo que yo ya sé.

No encontrarán el chip con la información de las Catacumbas ahí, ni en ningún otro lugar.

La cara de mi padre está roja de furia, la de mi madre está pálida y llena de erupciones provocadas por la angustia, y hay una tormenta dentro de mi estómago mientras me recuerdo a mí misma que la vida de la gente está en peligro. Que tengo que hacer lo que está bien aun cuando, en este caso, lo que está bien venga mezclado con una dosis de algo que está mal.

Aun así, no me siento bien.

Y debe notárseme lo mal que me siento porque Jacob no me trata duramente. En cambio, aparece a mi lado y apoya el hombro contra el aire, justo al lado del mío.

—El Código de El Hombre Araña —comenta mientras las lágrimas amenazan con caer por mis mejillas.

Asiento en silencio y prometo que, si no da resultado, encontraré la forma de compensarlos.

A todos.

Incluido el gato.

—Escuchadme —exclamo como si la idea se me acabara de ocurrir—. Nos iremos mañana por la tarde, ¿no es verdad? Entonces ¿por qué no regresamos a las Catacumbas por la mañana y lo grabamos de nuevo?

—No es tan sencillo, Cassidy —señala mi padre, pellizcándose el puente de la nariz.

—¿Por qué no? —pregunto mientras el corazón salta dentro de mi pecho.

—Las Catacumbas son un lugar público —responde con un suspiro—. La admisión está firmemente controlada. No podemos ir y venir como queramos. Pauline concertó nuestra visita con semanas de anticipación.

Le echo una mirada a mi madre, pero ella ya se ha adelantado y tiene el teléfono móvil apoyado en la oreja. Imagino que está hablando con Pauline.

—Lo sé —afirma ella una y otra vez, dejando espacios de silencio, en los que nos preguntemos qué estará diciendo Pauline—. ¿Existe alguna

manera? De acuerdo.

Aparta el teléfono del oído con un tembloroso suspiro.

—¿Y bien? —inquire mi padre.

—Verá qué puede hacer.

Así que hacemos lo único que podemos hacer.

Esperar.

Cinco angustiantes minutos después, suena el teléfono y contengo la respiración mientras mi madre responde. Observo su rostro, la tensión reemplazada finalmente por un torrente de alivio. Siento como si una ráfaga de aire fresco invadiera mis pulmones cuando dice:

—Gracias. Muchísimas gracias. —Corta y explica que Pauline, la bendita y maravillosa Pauline, ha conseguido que podamos ir a las Catacumbas después de la hora de cierre.

Esta noche.

—¡Genial! —exclamo.

—Sí, genial —repite Jacob—. Porque la única cosa más aterradora que estar treinta metros debajo de la tierra durante el día es estar allí durante la noche.

Y aunque Adele no puede escuchar lo que él ha dicho, se la ve igual de perturbada ante la idea de un viaje a las tumbas en medio de la oscuridad.

Mis padres vuelven a ponerse la ropa para estar en pantalla, se arreglan el pelo y tratan de recobrar una apariencia de calma mientras esperan la llegada de Pauline. Pero cuando mi padre me ve calzándome los zapatos, menea la cabeza.

—No, Cass. Adele y tú os quedáis aquí.

Se me cae el alma al suelo.

—Si vosotros vais, yo quiero acompañaros.

Mi madre se pellizca el puente de la nariz.

—No tiene sentido que vengas —señala—. Ya te asustaste bastante la primera vez y...

—No os estorbaré —prometo—. Por favor.

—No es que nos vayas a *estorbar*, querida —se excusa mi madre.

—La última vez no veías el momento de marcharte de allí —interviene mi padre—. ¿Por qué el súbito cambio de opinión?

Bueno, pienso, hay un poltergeist al que debo hacer salir de su escondite para poder recordarle quién es y cómo murió, y luego liberarlo antes de que alguien más salga herido.

Pero como obviamente no puedo decir eso, elijo una táctica diferente.

—Las Catacumbas es la clase de lugar al que la mayoría de la gente solo va una vez —invento—. No quiero perder la oportunidad de verlas otra vez. Aun cuando son aterradoras. Además, vosotros me asignasteis un trabajo, hacer fotografías. Y quiero hacerlo.

Puedo verlos rendirse, pero agrego una última razón.

—Además, quiero mostrarle las Catacumbas a Adele.

La niña me mira con muy poco entusiasmo, pero deseo para mis adentros que no diga nada.

Mi madre suspira, pero mi padre se limita a menear la cabeza y mirar el reloj.

—Si vas a venir, debes ponerte un abrigo. Por la noche hace más frío.

Contengo las ganas de abrazarlo. Una cosa es mostrarse contenta y otra cosa muy distinta es mostrarse sospechosamente emocionada, y no puedo darme el lujo de que se pregunten el motivo.

Por suerte, tienen mucho en qué pensar.

Nos encontramos con Pauline en el vestíbulo.

Ha optado por un coche de alquiler. Anton y Annette ya se encuentran sentados en el interior. Mi padre les entrega el material grabado con

profusas disculpas, pero Anton lo tranquiliza con un ademán y sujeta el maletín.

—*C'est la vie* —comenta—. Estas cosas suceden.

—A menos que seas Cassidy Blake —agrega Jacob mientras el coche arranca—. Y entonces *haces* que sucedan.

Capítulo veintitrés

Ya es de noche cuando nos detenemos frente a la casita verde.

Un guardia de seguridad nos espera mientras subimos al bordillo de la acera. Hago una rápida foto del cartel de la entrada con el teléfono y se la envío a Lara.

Cass: Estoy entrando. Espero hacer las cosas bien.

Cass: Si muero, no liberes a Jacob.

Apago el teléfono, lo guardo en el bolsillo y respiro profundamente.

Confesión: tengo mucho miedo. Miedo de que mi plan funcione. Miedo de que no funcione. Miedo de lo que me está esperando allí abajo, en la oscuridad.

Desearía que el sol todavía brillara.

Sé que nada debería cambiar... después de todo siempre está oscuro allí, debajo de la tierra. Nada *debería* cambiar, pero algo cambia. Mientras caminamos hacia la puerta, puedo sentir esa transformación de la que mi madre siempre habla, en las sensaciones que provoca el mundo cuando el sol desaparece.

No hay calor en el aire para mantener a raya el frío.

No hay luz para empujar las sombras hacia atrás.

Yo sé que la oscuridad no está más embrujada que el día.

O, más bien, que el día no está menos embrujado que la oscuridad. Pero, aun así, es muchísimo más aterrador.

—Cinco fantasmas, para que la suerte nos acompañe —exclama Jacob sosteniendo la palma baja y no alta. Muevo la mano y la apoyo justo arriba de la suya.

Para que la suerte nos acompañe, pienso, pero en lugar de emitir el sonido de siempre de piel chocando piel, los dos mantenemos el gesto en silencio. Dejamos un ratito las manos, una encima de la otra: lo más cerca que

podemos estar para no perder la tranquilidad.

Mi mano sube hacia la cámara, que cuelga de mi cuello. En realidad, no he puesto otro rollo de película, pero sigue siendo un talismán. Un amuleto de la buena suerte, un poquito de magia adicional. Y, por supuesto, el destello blanco y brillante del flash siempre es útil para detener fantasmas.

El guardia de seguridad introduce una llave pesada en el candado y empuja la verja de hierro, lo suficiente como para que podamos pasar apretados. Pienso en Thomas, tan pequeño que podía deslizarse entre el último barrote y la pared.

El equipo pasa primero, después mis padres. Estoy a punto de seguirlos cuando me doy cuenta de que Adele no se encuentra conmigo. Miro hacia atrás y la veo rondando la entrada, las zapatillas doradas moviéndose nerviosamente en la acera. Se está mordiendo el labio, la mirada perdida más allá de mí, hacia el interior de la casa oscura.

—*Alors* —murmura suavemente—. Creo que se está haciendo tarde. —Mantiene la barbilla levantada, la cabeza alta—. Me parece que debería volver a casa.

Hasta ahora ha sido tan osada, tan valiente, que era fácil olvidar que aún es una niña.

—Tienes razón —replico—. Seguramente tu madre ya debe estar preocupada.

—Sí —admite—. No es que no quiera ir —agrega con un resoplido de orgullo—. Es que...

—Está bien —le digo apoyando mi mano en su hombro—. Has sido de gran ayuda. Sin ti, no podría haber llegado hasta aquí. Pero yo me encargo a partir de este momento.

—¿Estás segura de que puedes hacerlo? —pregunta, sus ojos penetrantes posados en los míos.

No, pienso, estoy muy lejos de estar segura. Pero lo que respondo es:

—Espero que sí.

Adele traga y asiente.

—Está bien.

Mi mano se aparta de su hombro. Cuando comienza a alejarse, se me ocurre una idea.

—Espera un momento —la llamo y me agacho para entrar en la casita verde. Me acerco a mi padre y saco la bolsita con sal y salvia del bolsillo interno de su abrigo. Tendrá que arreglárselas con un amuleto menos.

—¿De dónde ha salido eso? —pregunta, pero yo ya estoy corriendo hacia Adele.

Jacob se aleja lentamente, conteniendo la respiración, mientras le entrego a ella la bolsita.

—Para que te proteja —le explico. Adele mira la bolsita y luego rodea mi cintura con sus brazos.

—*Bonne chance*, Cassidy Blake.

—¿Eso quiere decir en francés *ten cuidado*?

—No —contesta Adele mientras menea la cabeza con una sonrisa—. Significa *buena suerte*.

—*Merci*, Adele Laurent —le agradezco y sonrío a mi vez.

—Adiós, peque —agrega Jacob mientras la niña se dirige hacia la estación de metro, que está muy cerca.

—¡Cassidy! —grita mi madre desde el interior de la casita, respiro hondo.

—¿Estás lista? —pregunta Jacob.

—La verdad, no.

—Pero lo haremos de todas maneras, ¿no es cierto?

Enderezo los hombros y me dirijo hacia la puerta.

—Sí, lo haremos.

Seguimos al resto del grupo a través del molinete y nos detenemos al comienzo de la escalera caracol, que desciende enroscándose en la oscuridad. Mis padres bajan primero, seguidos de Anton y Annette, las cámaras sobre los hombros, con las luces rojas, señal de que ya están grabando. Luego sigo yo, después Jacob y Pauline.

Seis pares de pisadas resonando en los peldaños.

Un, deux, trois, cuento mientras descendemos un piso, dos, tres. *Quatre, cinq*, termino cuando llegamos al final.

Una brisa, viciada y fría, sopla hacia nosotros, como si los túneles respiraran.

Me ajusto la chaqueta, las viejas fotografías de Thomas y su familia crujen levemente debajo de ella. Y luego comenzamos los diez minutos de camino a través de los túneles vacíos hacia la entrada del Imperio de la Muerte.

El agua chorrea del techo bajo; las pisadas reverberan en la piedra húmeda.

—¿Ahora? —pregunta Jacob. Y hunde las manos en los bolsillos, claramente dispuesto a terminar con esto cuanto antes.

Sacudo la cabeza. Thomas y Richard no habrían jugado aquí, donde no hay curvas ni recovecos, ni huesos detrás de los cuales esconderse. No, ellos habrían estado más adentro, donde los corredores se vuelven sinuosos y las paredes están llenas de huesos y de sombras.

Pero no puedo culpar a Jacob por querer que esto termine cuanto antes.

El aire es húmedo y frío, y cada paso que damos nos aleja de la seguridad. El Velo se vuelve más pesado. Se inclina sobre mí, empujándome hacia adelante, tratando de arrastrarme a través del límite, hacia dentro de la oscuridad.

Todavía no, pienso, retrocediendo. *Todavía no*.

Llegamos al final de las galerías.

ARRÉTE!, advierte el cartel que está arriba de la entrada. ¡DETENTE!

Hemos llegado muy lejos como para regresar ahora.

Así que, después de respirar profundamente, cruzamos la entrada.

PARTE CINCO
RECUERDO

Capítulo veinticuatro

—Sepultadas debajo de París, las Catacumbas albergan más de seis millones de huesos...

Mis padres caminan adelante relatando la historia y la tradición popular de este lugar. Están contando las mismas historias que antes, pero ahora la energía es distinta. Están claramente inquietos, alterados por todo el incidente del maletín. Eso los pone tensos y nerviosos, lo cual probablemente sea bueno para un programa sobre actividad paranormal. Hasta la imperturbable calma de mi padre se ha endurecido, transformándolo por primera vez en una persona de aspecto realmente nervioso.

La voz de mi madre es tensa, aun mientras su mano revolotea por el aire encima de las calaveras.

—Los túneles serpentean por debajo de la ciudad, tan vastos que la mayoría de los parisinos están caminando sobre huesos...

—¿Ahora? —pregunta Jacob y yo asiento, sabiendo que esto es lo más cercano que tendré a una oportunidad. Retrocedo un paso, dos, me doy la vuelta y, cuando estoy por estirarme hacia el Velo, una mano me sujeta la muñeca.

Pauline.

—No te alejes —advierde, cuidando de no levantar la voz, porque aquí todo resuena.

—No iba a hacerlo —susurro alzando levemente la cámara—. Solo estaba buscando una buena toma. —Señalo a mis padres por encima de su hombro, que continúan caminando. El resplandor de las luces del túnel que está delante de ellos crea un halo inquietante, convirtiéndolos en siluetas.

Pauline afloja la mano con que me sujeta y veo mi oportunidad.

Para cuando su mano cae, yo ya estoy estirándome hacia el Velo, que se abre alrededor de mí. Y lo último que veo es a Pauline girándose, los ojos

muy abiertos por la sorpresa, mientras yo desaparezco a través de la cortina invisible.



Mi corazón se agita asustado cuando me hundo en la oscuridad.

El aire es denso, pesado y viciado. Solo puedo pensar en que estoy cinco pisos debajo de la tierra y que la última vez había una lámpara en el suelo, pero ahora no está y no puedo respirar. El pánico llena el lugar donde debería estar el aire, y necesito hacer uso de toda la fuerza que poseo para no intentar alcanzar el Velo y volver a cruzar a la seguridad de la luz.

—Jacob —susurro, temiendo por una parte que nadie conteste, y, por otra, que lo haga alguien que no sea él. Pero después lo siento, un desplazamiento en el aire junto a mí.

—Cass —susurra a su vez y me doy cuenta de que casi, casi, puedo ver el contorno de su cara. Parpadeo con desesperación para que mis ojos se adapten a la falta de luz y, cuando eso ocurre, descubro que la oscuridad no es absoluta.

Debe haber una luz en algún lugar al doblar el final del pasillo, pues un resplandor muy fino se desparrama por los túneles. Avanzo manteniendo una mano contra la pared para no perder el equilibrio. La pared, que no es una pared sino una pila de huesos. Mis dedos saltan por encima de los huecos de una calavera, las ranuras y las muescas donde los huesos se enganchan unos con otros como piezas de un rompecabezas.

Al doblar el pasillo, encuentro la lámpara de aceite en el suelo. Me agacho, giro la perilla hacia arriba y el túnel se ilumina un poco pero no tanto como me gustaría. Echo un vistazo a mi alrededor, pero no hay rastros de Thomas. De hecho, tampoco hay rastros de ninguna otra persona. Los túneles están vacíos.

—¿Thomas? —lo llamo. Pero lo único que escucho es el eco de mi propia voz. Y no hay rastros de él ni de la luz roja que parece seguirlo por el Velo.

Pero tiene que estar aquí. Tiene que estar.

¿Y si no es así?

Bajo la vista hacia la lámpara que está en el suelo de tierra y luego me enderezo. Se me ocurre una idea.

—Hey, Jacob —exclamo—. ¿Quieres jugar al escondite?

Me mira durante unos segundos, luego traga y estira las manos. Un puño descansa sobre la otra palma abierta: el gesto universal para piedra-papel-tijera.

—El que gana se esconde —propone—. El que pierde busca.

—Ni lo sueñes —replico. Piedra-papel-tijera no es un juego justo cuando uno de los dos es vidente. Extraigo una moneda del bolsillo trasero y la lanzo al aire.

—Cruz —canta Jacob mientras la moneda destella en la oscuridad.

Atrapo la moneda y la estampo contra el dorso de mi mano.

Cara.

Siento un gran alivio. La única cosa más aterradora que estar aquí abajo en la oscuridad sería tener que cerrar los ojos. Gruñendo, Jacob se da la vuelta, queda frente a la columna de huesos más cercana y coloca las manos sobre los ojos.

—Uno, dos, tres... —comienza a contar.

Y en lugar de correr a esconderme, me oculto en un hueco cercano, que se encuentra en sombras, y espero. Espero que se produzca un movimiento. Espero ver ojos rojos en una pequeña cara redonda. Me muerdo el labio.

Jacob llega a diez y aún no hay señales de Thomas.

Quince.

Veinte.

Y luego, justo cuando Jacob está diciendo «Veintiuno», escucho pies que se arrastran. Levanto la vista y veo a Thomas. El niño espía desde la esquina del pasillo, los ojos rojos muy abiertos por la curiosidad. No me ve, pero sí ve a Jacob. Lo mira durante varios segundos, después se da la vuelta y se pierde en la oscuridad.

Voy tras él, cuidando de mantener la distancia exacta como para que no note mi presencia, pero tampoco como para perderlo de vista. Ayuda mucho que todo su cuerpo esté teñido de rojo. Los bordes emiten un resplandor, el aire que lo rodea se retuerce en volutas de humo de color. Lo sigo sigilosamente y pronto se detiene, se agacha y forma un arco con el cuerpo, los huesos que están debajo de él se han desmenuzado hace tiempo.

Igual que en el rincón de la historia de Adele.

Me pongo en cuclillas frente al escondite de Thomas.

—Te atrapé —susurro. Pero, por un momento, solo veo oscuridad, sombra, y pienso que logró escapar. Después me doy cuenta de que está allí. Tenía la cabeza gacha, inclinada contra los brazos cruzados. Alza la vista, los ojos rojos resplandecen en la oscuridad.

Y arruga el ceño.

Retrocedo bruscamente, impresionada por la ira de esa cara pequeña, el veneno en su expresión mientras sale gateando de su escondite, los ojos rojos tan brillantes que parecen quemar el aire.

—Thomas... —comienzo a decir y saco las fotos de mi chaqueta mientras se pone de pie.

En su expresión destella ese tipo de malhumor que solo un niño de su edad puede sentir. Indignación. Traición.

Balbucea algo en francés y, a pesar de que no comprendo las palabras, el sentimiento es claro. Yo he hecho trampa. No he jugado limpio.

—*Thomas* —repito, tratando de mantener la voz firme. Extiendo una de las fotos de él con su hermano, pero ni siquiera la mira. Sus ojos resbalan por las imágenes, como el aceite sobre el agua, y se posan sobre mí.

Y luego extiende la mano con la velocidad del rayo.

Salto hacia atrás imaginando que me está apuntando a mí. Pero, en su lugar, descarga la mano contra la pared de huesos más cercana, como un niño derribando cubos.

Pero estos cubos no se caen.

Tiemblan y se sacuden, emitiendo una luz roja con la fuerza de su poder.

Fuera del Velo *Thomas* era fuerte.

Aquí, en el interior del Velo, impulsado por todas esas travesuras, amenazas y caos, es algo completamente distinto. Como si pudiera alimentarse de la energía del propio espacio, de los muertos que no descansan, de los siglos de pérdida, de miedo y de tristeza. Las Catacumbas se inclinan alrededor de él, ante él. Esto no es solamente una tumba para *Thomas*.

Es un patio de juegos.

Y, mientras las paredes tiemblan, algo comienza a filtrarse por ellas, chorreando entre los huesos como si fuera humo. Y luego toma forma. Una pareja joven con mochilas. Una adolescente de pelo negro y finito. Un hombre de mediana edad con una barba desaliñada. Son dos, cinco, diez, y mientras los espíritus brotan de las paredes cubiertas de huesos, arrastrándose, haciendo muecas, enfadados, yo retrocedo, comprendiendo con horror que las Catacumbas no estaban tan vacías.

Simplemente estaban dormidas.

Levanto la cámara con rapidez, mi dedo índice ya está oprimiendo el flash. El brillante fogonazo me permite ganar un segundo.

Y, en ese segundo, me doy la vuelta y echo a correr.

Capítulo veinticinco

Mis zapatos resbalan en la piedra mojada.

Llego al final del túnel antes de que un viejo andrajoso brote a través del suelo y me bloquee el paso. Freno de un patinazo y me lanzo a toda velocidad por otro sendero más oscuro pasándome el colgante por arriba de la cabeza antes de chocar con otro cuerpo. Ya estoy levantando el espejo cuando una mano familiar me sujeta la muñeca.

—Jacob —exclamo con un grito ahogado alejando el espejo de mi amigo.

Mira por encima de mi hombro y sus ojos se abren ante la marea de espíritus, el estruendo de huesos.

—¿Qué *has hecho*? —inquire.

—Encontré a Thomas —respondo empujando a Jacob detrás de mí. Adelante, hay una verja abierta y la atravesamos a los tumbos. Me doy la vuelta y cierro los barrotes de hierro con fuerza.

—Lo bueno —baluceo sin aliento— es que finalmente Thomas está aquí —. Lo malo —agrego reclinándome contra los barrotes— es que es más poderoso de lo que imaginaba.

Cierro los ojos cuando el mareo me inunda como una ola, el Velo está comenzando a robarme la fuerza, la concentración.

—¿Y cuál es el plan? —pregunta Jacob y estoy a punto de contestarle cuando me aparta de la verja dos segundos antes de que una mano se meta violentamente a través de ella.

Hay una mujer al otro lado de los barrotes tratando de alcanzarme, susurrando una retahíla de palabras en un francés desesperado. Saco el colgante de debajo del cuello, extendiendo el espejo y consigo su atención.

—Observa y escucha, mira y aprende, esto es lo que eres.

Sus ojos se agrandan durante una fracción de segundo, lanzo mi mano dentro de su pecho y tiro del hilo. Se desintegra, pero aun antes de que se desvanezca del todo, las paredes continúan sacudiéndose y brotan más

espíritus, y sé que la única manera de detenerlos a todos es detener a quien los despertó.

Thomas.

Me alejo de los barrotes.

—Vamos —exclamo y sujeto la mano de Jacob. No podemos quedarnos aquí.

—Tampoco podemos seguir escapando —comenta Jacob.

—Lo sé. Solo intento ganar tiempo para...

Doblamos otro pasillo y un espíritu (un hombre de mediana edad con ropas anticuadas) brota de la oscuridad y se detiene frente a nosotros.

—*Cherie, Cherie* —canta y yo no sé quién es Cherie pero hay algo en el fantasma que me llama la atención. Y no es la preocupante falta de dientes en su amplia sonrisa.

Es la gorra.

Como las de los niños que reparten periódicos, las que tiene adelante una visera rígida.

He visto una exactamente igual en las viejas fotografías que tengo en el bolsillo. Y, de repente, se me ocurre una idea.

Jacob ya se está alejando del espectro pero yo avanzo deprisa.

—Perdóneme —pregunto—. ¿Podría pedirle prestada su...?

El hombre gruñe, me sujeta y me estampa con fuerza contra una pared de huesos que repiquetea al hundirse en mi espalda. Respiro con dificultad, pero consigo arrebatarme la gorra de la cabeza antes de que Jacob se arroje desde atrás y lo arrastre de espaldas.

Una vez libre, me desplomo contra los huesos y Jacob lanza al otro fantasma contra una columna de calaveras. Los huesos se derrumban con estrépito y el hombre cae, aturdido, de rodillas.

—¡Vámonos! —grita Jacob, pero mi mirada se desvía de la camiseta de mi

amigo, con su gran emblema de revista de cómics, al hombre de la chaqueta, gastada y vieja. Coloco la gorra robada en las manos de Jacob y me estiro hacia el fantasma caído, aferrando uno de sus puños grisáceos.

—¿Un poco de ayuda? —pregunto bruscamente a Jacob que solo atina a quedarse parado, alternando la mirada entre la gorra que tiene en las manos y yo.

—¿Ayuda para hacer *qué*? —inquire.

—Quitarle-la-chaqueta —respondo mientras tiro de la manga del fantasma. El espíritu está comenzando a defenderse, pero, con la ayuda de Jacob, consigo quitarle el abrigo al espíritu de pocas luces, una tarea tan difícil e incómoda como parece.

Arrojo la chaqueta a Jacob, coloco violentamente el espejo frente a la cara del espíritu y tiro del hilo lo más rápido posible. Para cuando desaparece, yo ya estoy volviendo nuevamente al túnel y buscando el lugar adecuado para tender mi trampa.

—¿Vas a contarme qué está pasando? —pregunta Jacob aferrando la chaqueta y la gorra mientras me sigue.

Finalmente, lo encuentro.

Un tramo de túnel iluminado por una lámpara de aceite, un lado se pierde en la oscuridad y el otro está limitado por un pasadizo sin salida.

Me vuelvo hacia Jacob.

—Ha llegado la hora de cambiar de juego. Ponte esa ropa.

Me observa con la boca abierta.

—¿Quieres que juegue a disfrazarme con la ropa de otro fantasma?

Extraigo una de las fotos. La de Richard solo, después de la muerte de Thomas.

—Quiero que te disfraces de él.

Jacob examina la fotografía durante un buen rato y yo espero su

comentario ingenioso, pero no dice nada, solo mira, la expresión inescrutable.

—¿Qué pasa? —pregunto—. ¿No crees que dará resultado?

Pero cuando contesta, su voz es baja, extrañamente sobria.

—De hecho —responde—, creo que podría funcionar.

Se pone el abrigo moviendo exageradamente los hombros y haciendo algunas muecas.

—En este momento, me siento realmente repugnante —masculla. El abrigo le queda grande, lo suficiente como para cubrir la camiseta, probablemente demasiado grande para resultar natural, pero es lo único que tenemos. Se arremanga.

—Lo siento —murmuro.

—¿Bueno? —pregunta, acomodándose la gorra en la cabeza—. ¿Cómo estoy?

Lo miro de arriba abajo, sorprendida de lo que unos pocos cambios pueden lograr. Con el abrigo y la gorra, Jacob casi podría pasar por un chico de otra época.

Echo un vistazo a la fotografía de Richard y luego a Jacob.

—Una cosa más —agrego y arrastro la mano por arriba de una pila de huesos y luego extendiendo la tierra por sus mejillas.

Jacob aprieta los dientes.

—¿En serio acabas de pasar tierra de gente muerta por mi cara?

El parecido no es perfecto, por supuesto.

Pero probablemente sea suficiente.

Mejor que lo sea, porque se me están acabando las opciones.

Y se me está acabando el tiempo.

Mi vista se está volviendo un poco difusa y me doy cuenta de que he estado demasiado tiempo aquí abajo.

—Me debes muchos cómics —dice Jacob, pero la broma es débil y puedo ver que está inquieto. Incluso asustado. Me olvido de que, a veces, buena parte del miedo de Jacob es una actuación, realizada con el fin de hacerme sentir más valiente.

Verlo realmente asustado, es... bueno, aterrador.



Le cuento a Jacob el resto del plan y luego señalo la torre de huesos más cercana.

Las calaveras forman una franja ondulada cada sesenta centímetros y nos sonríen con ojos vacíos. Las uso para sujetarme. Jacob entrelaza los dedos y me ayuda a elevarme encima de la pared. Así la veo. Como una pared. No como una pila de fémures y calaveras, los huesos moviéndose peligrosamente bajo mi peso. Nop. Simplemente una pared. Un lugar donde agacharme, ocultarme, esperar. El techo es bajo y húmedo y me estremezco cuando roza la parte de arriba de mi cabeza. Intento no pensar demasiado en nada de lo que me rodea.

Desde este ángulo, la cara de Jacob está escondida por su gorra prestada y no es difícil pensar que es otra persona. Un chico buscando a su hermano pequeño.

—¡Thomas! —grita, la voz reverberando por los túneles.

Thomas... Thomas...

Durante un largo rato, nada sucede.

—¿Thomas?

...Thomas... Thomas...

Y luego.

El niño brota de la nada. No espía por la esquina del pasillo, no viene corriendo. En un momento Jacob está solo en el túnel y, al siguiente, ya no

lo está.

Jacob no lo ve enseguida.

Está de espaldas al niño mientras grita en la oscuridad.

—¡Thomas!

...*Thomas... Thomas...*

El pequeño ladea la cabeza confundido y la luz roja de sus ojos titila una vez, como una bombilla en cortocircuito, pero luego se enciende de nuevo. Da un paso hacia adelante y después se detiene cuando su pie se apoya sobre el trozo de papel. Una de las fotografías que yo he desparramado por este tramo de túnel como migas de pan, destinadas a guiar hasta su casa a un niño perdido.

Thomas se agacha y levanta una foto. Observa la imagen de Richard con la mano encima del hombro de su hermanito. Entrecierra los ojos y la luz roja titila otra vez.

Está *dando resultado*.

Jacob continúa caminando, como acordamos, y Thomas lo sigue.

Los huesos que tengo debajo se me clavan en las palmas de las manos al arrastrarme hacia adelante.

Thomas se arrodilla y levanta otra fotografía. Y otra. Y otra. La luz roja que lo rodea se debilita con cada trozo de papel, con cada recuerdo.

Continúo gateando, tratando de acelerar el paso mientras se dirige hacia Jacob.

Debajo de mi cuerpo, la capa de la pared es rígida, los huesos trabados para formar una estructura irregular pero estable. Pero las filas que se encuentran *detrás* de esa fachada no son más que pilas de huesos viejos y podridos, así que debo tener cuidado de mantenerme en la franja angosta de suelo sólido.

Adelante, el túnel llega a su fin.

Jacob se detiene, levanta una mano hacia los huesos que bloquean el camino y luego se da la vuelta.

No puedo ver su cara, pero todo su cuerpo se queda rígido por la sorpresa al ver al niño aferrando esas viejas fotos. O es mejor actor de lo que pensé o realmente no escuchó a Thomas acercándose por detrás de él.

—Thomas —murmura y puedo escuchar cómo se esfuerza por mantener la voz firme.

Resiste, pienso mientras el aire se enrosca nerviosamente alrededor de Thomas.

—¿Richard?

La voz de Thomas es débil, insegura.

Jacob extiende la mano y Thomas está a punto de sujetarla. La luz roja de sus ojos casi ha desaparecido y estoy casi al lado de él cuando mi rodilla se apoya sobre un hueso quebradizo...

Y el hueso se rompe con un chasquido. No es suficiente para que me resbale, pero el sonido resuena por la oscuridad como una rama rompiéndose en un bosque silencioso.

Thomas gira y se aleja de Jacob, la luz roja se enciende nuevamente en sus ojos. Me muevo hacia el lado, fuera de su vista y me adentro en la oscuridad más profunda.

Demasiado tarde, me doy cuenta de mi error.

Demasiado tarde, todo mi peso se desplaza de la pared estable a la pila de huesos podridos.

Demasiado tarde, la pila cede y se desintegra como ceniza debajo de mí, y yo me voy cayendo y cayendo en la oscuridad.

Capítulo veintiséis

Hay muchas clases de oscuridad.

Está la oscuridad rojiza y cálida que ves cuando cierras los ojos.

Está la oscuridad intensa de la sala de cine, el público solo iluminado por la pantalla.

Y luego está la verdadera oscuridad de los espacios subterráneos sin luz, lugares en los que el negro es tan denso que no puedes ver tus propias manos. No puedes ver el contorno de tu cuerpo. No puedes ver nada de todo aquello que sabes que está ahí contigo, en la oscuridad.

Esta es esa clase de oscuridad.

Toso y mis pulmones se llenan de ceniza y de hollín. Algo se clava en mi costado. Y, por un momento, en lo único que puedo pensar es en que así es cómo él murió. Thomas murió sepultado por los huesos.

Pero yo aún estoy viva.

Yo aún estoy viva.

Aunque no pueda ver.

Luego recuerdo mi teléfono y lo saco rápidamente. Aquí abajo no hay señal, pero no necesito hacer ninguna llamada: solo necesito un poco de luz. Enciendo el teléfono y activo la linterna incorporada. El mundo que me rodea se ilumina con un estallido de luz blanca y brillante. La vista es... desagradable. Estoy boca arriba en el fondo del hueco y el polvo cuelga encima de mí. Me pongo de rodillas tratando de contener la respiración ante la nube de muerte y putrefacción mientras balanceo la luz del teléfono. El hoyo no es profundo, poco más de un metro. Puedo extender la mano y enroscar los dedos por encima del borde, pero los huesos son blandos en algunas partes y cortantes en otras. Y cada vez que me muevo, el aire se llena de cosas que no quiero respirar, de cosas en las cuales no quiero pensar.

—¡Cassidy! —grita Jacob, la voz tensa por el pánico.

—¡Estoy bien! —respondo.

—¡Pero yo no!

Miro a mi alrededor, no hay nada más que oscuridad en los tres lados salvo la pared de fémures y calaveras que tengo a mi izquierda. Cuando apoyo el ojo contra los huecos, puedo ver a Jacob bordeado por la luz roja y rodeando a Thomas con sus brazos, el niño inmovilizado contra él.

Thomas se mueve violentamente tratando de liberarse. A su alrededor, el aire ondea y emite un resplandor rojo. Todo el túnel comienza a temblar mientras el resplandor carmesí se extiende sobre todo, cubriendo el suelo, el techo y las paredes de huesos.

El poltergeist está *furioso*.

Estiro los brazos hacia arriba, tratando de impulsarme fuera del agujero, pero no logro sujetarme. Los lados del hueco se deshacen, lodo, polvo y un material arenoso se desintegran en mis manos. Puedo oír el ruido de pisadas, el arrastrar de pies, y tengo la inquietante sensación de que pronto no estaremos solos en esta sección del túnel.

—¡Cass! —aúlla Jacob

—¡Resiste! —le pido mientras giro en un pequeño círculo tratando de decidir qué hacer. Intento insertar mi pie en algún orificio, pero es inútil. Y subir está fuera de mis posibilidades.

Todo el suelo comienza a sacudirse con la fuerza del descontento de Thomas. Hasta la pared de huesos a mi izquierda comienza a temblar y a cambiar de lugar.

Mi padre tiene un dicho: *la única forma de salir es a través*.

Estampo el hombro contra la pared y la siento estremecerse y resbalar. Golpeo otra vez y reprimo una descarga de dolor mientras la pared cede, se inclina y, finalmente, se ladea y se sacude.

Y cae.

Un ruido demoledor inunda el túnel mientras cientos de huesos secos se estrellan contra la tierra y la piedra.

Yo toso, escupo ceniza y trastabillo mientras intento vadear la marea de huesos.

Jacob me mira, los ojos muy abiertos, las palabras mudas pero claras.

Date prisa.

Su pelo flota en el aire alrededor de él, los ojos brillantes, mientras en sus brazos el niño grita, se retuerce y lucha por liberarse.

Pero Jacob no lo suelta.

Me lanzo hacia ellos, la ceniza rocía mi piel, el espejo apretado en la mano mientras, a ambos lados, las paredes de huesos oscilan y amenazan con desplomarse. Pero los ojos de Thomas aún están rojos. Las fotografías girando frenéticamente por el aire destrozadas por el remolino que lo rodea.

Y se me cae el alma al suelo, porque lo he intentado todo y Thomas aún no encontró el camino de regreso. Aún no ha recordado.

No sé qué hacer.

Pero, al final, no soy yo quien lo hace.

Jacob aprieta a Thomas con más fuerza y exclama:

—*C'est finit.*

Y me viene a la mente cuando estábamos en la habitación del hotel, sentados en el suelo, mientras Adele contaba la historia de lo que les había sucedido esa noche a los hermanos.

Richard gritó: «¡*Thomas, c'est finit!*» (ya se ha terminado), pero no hubo respuesta, salvo su propia voz resonando en los túneles.

La luz roja parpadea en los ojos de Thomas.

El túnel tiembla y lucho por mantenerme de pie. Los huesos se desploman con estrépito a nuestro alrededor, quebradizos como el cristal.

—*Non* —susurra Thomas, pero ya no suena enfadado. Solo triste y

perdido.

—*C'est finit*, Thomas —repite Jacob y juro que puedo ver lágrimas cayendo por el polvo de su rostro.

—*C'est finit* —susurra Thomas a su vez y la luz roja titila y se apaga.

Por fin, Thomas deja de luchar.

El túnel deja de temblar.

El Imperio de la Muerte se queda quieto y en silencio.

Thomas alza la vista hacia mí y me mira fijamente, los ojos abiertos, marrones y asustados mientras me acerco. Jacob inclina la cabeza contra el niño, los ojos apretados con fuerza mientras levanto el espejo.

—Observa y escucha —pronuncio suavemente.

El contorno de su cuerpo ondea en los brazos de Jacob.

—Mira y aprende.

Se mira en el espejo, las lágrimas manchan sus mejillas.

—Esto es lo que eres.

Thomas se va desvaneciendo, pasa de carne y sangre a gaza y humo, y yo introduzco la mano en el pecho del niño y cierro los dedos alrededor del hilo. Lo extraigo, la delgada espiral de una vida que no debería haber sido tan corta. Se suelta, se disuelve en la palma de mi mano y desaparece al igual que Thomas Alain Laurent.

En un momento está allí y luego se desvanece.

Poltergeist, luego fantasma y luego nada.

Los brazos de Jacob caen al costado de su cuerpo, vacíos. Se desploma contra la pared que tiene detrás y, por una vez, no parece importarle que esté hecha de calaveras.

—¿Jacob? —susurro, preocupada por su silencio.

Se frota los ojos y traga con fuerza. Después se aparta de la cabeza la gorra prestada y la arroja a un lado.

—Puaj —exclama, quitándose el abrigo—. Repugnante.

Me reclino contra la pared junto a él y, durante varios segundos, permanecemos allí, en medio de los huesos, en la oscuridad. La cabeza me da vueltas y tengo la garganta cubierta de ceniza, y ambos sabemos que es hora de irnos, pero algo nos retiene ahí.

—Lo logramos —comenta Jacob.

—Lo logramos —repito, apoyando la cabeza contra su hombro.

Y luego las Catacumbas comienzan a susurrar.

Jacob y yo intercambiamos una mirada.

Thomas se habrá marchado, pero este lugar no está vacío en absoluto.

—Larguémonos de aquí —digo y extendiendo la mano hacia el Velo.

Por un instante, se resiste, pero luego la mano de Jacob se une a la mía y cruzamos juntos. Una descarga de frío me golpea los pulmones y el mundo aparece otra vez, repentinamente brillante. Un segundo después, Jacob ya está junto a mí, transparente como siempre. Echo una mirada a mi alrededor con preocupación, pensando que tal vez nos alejamos demasiado. Pero después oigo la voz de mis padres, fuerte y afortunadamente cerca, y doblo la esquina del pasillo justo antes de que se den la vuelta y miren.

—Apareciste —exclama mi padre—. Creí haberte dicho que no te alejaras mucho.

—Lo siento —respondo mientras corro hasta ellos—. Solo trataba de mantenerme lejos de la grabación.

Mi madre coloca el brazo alrededor de mi hombro.

Echa una mirada hacia las Catacumbas.

—Esperemos que este sea el final —exclama.

Y yo estoy totalmente de acuerdo.

Subimos en silencio y cuando llegamos a la calle mi madre se fija en mi ropa.

—Cassidy Blake —me regaña—. ¿Cómo rayos te has ensuciado tanto?

Capítulo veintisiete

De regreso en el Hotel Valeur, me doy una ducha muy pero *muy* caliente, intentando quitarme las Catacumbas de la piel. Me seco y me pongo un pijama rojo y amarillo sintiendo que, esta noche, me he ganado los colores de Gryffindor.

Mis padres están en el sofá compartiendo una botella de vino tinto mientras miran lo último que se grabó. Annette solo les dio una copia del archivo digital y dijo que sería mejor si Anton y ella cuidaban el resto.

En la pantalla, mis padres se encuentran delante de una pared de huesos, las luces proyectan sombras largas sobre cada uno de los diseños de las calaveras.

—Me gusta —comento mientras paso caminando lentamente junto a ellos.

—Bueno —señala mi padre—, no fue la manera en que planeamos pasar nuestra última noche...

—Pero lo positivo es —agrega mi madre— que esta toma salió aún mejor.

—Me alegra que todo haya salido bien —afirmo, aliviada de verdad.

—¿Quieres verlo? —pregunta ella, dando unas palmadas a su lado, en el sofá, donde Grim retuerce una oreja.

—No, gracias —respondo y meneo la cabeza.

Ya es de público conocimiento que no quiero saber nada más acerca del Imperio de la Muerte.

En mi habitación, encuentro a Jacob sentado en el alféizar de la ventana.

Echa una mirada por encima del hombro.

—Ojalá *yo* pudiera darme una ducha —exclama frotándose una mancha de suciedad en el brazo—. Huelo a tierra de tumba y a huesos viejos.

Camino hasta la ventana y olfateo el aire que lo rodea.

—Para mí no hueles a nada.

—Bueno, queda claro que *mis* sentidos espectrales son más agudos que

los tuyos. —Se pasa la mano por el pelo—. Hablando de olores, ahora que Thomas ya no está, por favor ¿podemos deshacernos de las bolsitas de sal y salvia? Me están dando un espantoso dolor de cabeza.

—Por supuesto. —Registro todas las habitaciones y encuentro los sobrecitos que escondí en los bolsos de mis padres, en el alféizar de las ventanas, debajo del sofá y en la maceta junto a la puerta.

—¿Qué estás haciendo, Cass? —pregunta mi madre, mientras coloco la caja de amuletos protectores en el pasillo.

—Haciendo la maleta —respondo y regreso a mi habitación.

»¿Mejor? —le pregunto a Jacob, que respira aliviado.

—Mucho —contesta, pero no se baja del alféizar de la ventana. Se ve claramente que todavía hay algo que le molesta y quiero preguntarle qué, pero no lo hago. Tengo que confiar en él, tengo que creer que cuando esté listo para contarme en qué está pensando, lo hará.

Entonces me reclino de golpe en la cama y hago una mueca de dolor cuando algo se clava en mi costado.

Mi teléfono móvil.

He olvidado encenderlo y, al hacerlo, la pantalla se llena de mensajes, todos de Lara Chowdhury.

Lara: ¿Cómo ha ido todo?

Lara: ¿Cassidy?

Lara: Si mueres, no descansaré hasta atrapar a tu fantasma.

Lara: ¿Hola?

Lara: Más vale que estés bien.

Le mando un mensaje asegurándole que estoy muy bien, que Thomas Laurent ha sido finalmente liberado (aclarando que no podría haberlo logrado sin la ayuda de Jacob), y que mañana le explicaré todo. Esta noche, lo único que quiero es dormir.

Me recuesto contra las almohadas, cierro los ojos y enseguida me hundo en la oscuridad.



Me despierto una vez en medio de la noche.

Esta vez, no se trata de una pesadilla, es solo la sensación de que no estoy sola. Me doy la vuelta en la cama y veo que Jacob continúa sentado en la ventana, la cabeza ladeada hacia atrás. Tiene esa mirada perdida, como si estuviera mirando más allá de los edificios de la ciudad hacia algún lugar que yo no alcanzo a ver. Tal vez aún estoy dormida, tal vez *este* es el sueño, porque no parece oírme cuando pienso su nombre. Cierro los ojos y cuando vuelvo a abrirlos ya es de mañana.

Los rayos del sol se cuelan a raudales por la ventana mientras hacemos la maleta. Colocamos el equipaje y el transportín de Grim en la recepción, para desagrado de la recepcionista.

Es nuestra última mañana y todavía tengo algo que hacer.

—¿No podrías llamarla simplemente? —pregunta mi padre cuando le cuento mi plan.

—Aún tengo sus fotos —respondo meneando la cabeza—. Además, quiero despedirme.

—Está bien —señala mi madre, y apoya una mano en mi hombro—. Tenemos tiempo.

En el exterior hace un día espléndido y toda la ciudad brilla con luz, desde los edificios de piedra clara hasta las terrazas de metal, que se elevan contra el cielo azul y diáfano. Y París parece estar regresando a la normalidad. El metro funciona, el alumbrado de las calles ya no entra en cortocircuito y ya no se escuchan las sirenas de los bomberos ni de las ambulancias.

Es como si Thomas nunca hubiera existido.

Pero claro que existió.

Y aun cuando esta ciudad siga adelante con su vida, yo tardaré un tiempo en olvidar.

Al llegar al edificio de los Laurent, les pido a mis padres que me esperen fuera y subo las escaleras de dos en dos hasta el apartamento 3ºA. Madame Laurent abre la puerta y, al verme de pie sobre su felpudo, entorna los ojos con inmediato recelo.

—¿Otra vez tú? —pregunta mientras su mano aferra la puerta, pero Adele aparece a su lado.

—¡Maman! Es una amiga.

Después de intercambiar unas rápidas palabras en francés, Sylvaine suspira y se retira dejándonos a Adele y a mí (y a Jacob) solos en la entrada. Adele lleva el mismo calzado y los mismos vaqueros, con un jersey rojo y amarillo, el emblema de la casa sobre el corazón.

Como no podía ser de otra manera, es de Gryffindor.

—Ven —dice alegremente—, vayamos a mi dormitorio.

Adele me guía por el pasillo hasta su habitación pequeña y luminosa.

—¿Funcionó? —pregunta apenas la puerta está cerrada—. ¿Cómo fue?

Le echo una mirada a Jacob pero, por una vez, aparta la vista.

—Fue intenso —respondo—. Pero, al final, logramos llegar hasta él. Thomas recordó quién era y yo pude liberarlo.

—¿A dónde crees que fue? —pregunta pensativamente.

—Esa es una gran pregunta —indico—. Y, para ser sincera, no lo sé. A algún lugar al que no podemos seguirlo. Pero lo importante es que ya no está atrapado ni está perdido. Está libre.

—Qué bien —comenta con una sonrisa—. Gracias, Cassidy.

—No podría haberlo logrado sin tu ayuda —aclaro. Lo miro a Jacob. Y la

tuya.

Jacob esboza una triste sonrisa, pero no dice nada... todavía se comporta de manera extraña.

Adele saca una piruleta de un frasco que está junto a la cómoda y me ofrece una. La agarro y, al quitarle el papel, descubro que es de un amarillo intenso. Limón.

—Nunca me gustó el limón —dice Jacob aun cuando yo sé que está enfurruñado porque no puede comer azúcar.

—Más para mí —murmuro distraídamente.

Adele abre muy grandes los ojos.

—¿Hablabas con Jacob? —Echa un vistazo a su alrededor—. ¿Está aquí con nosotras?

Y Jacob, como respuesta, estira la mano y desliza los nudillos por el cristal de la ventana. Provoca un minúsculo estremecimiento, como un guijarro golpeando contra un vidrio.

Adele se gira abruptamente y yo observo, entre divertida y preocupada, cómo Jacob empaña la ventana y hace un dibujo con el dedo: una carita feliz.

—Genial —exclama Adele con una gran sonrisa.

—Bueno —digo sacando las fotos del bolso de mi cámara—. Quería devolvértelas. Siento que se hayan ensuciado un poco.

Y, en verdad, me quedé muy corta con el comentario.

Una tiene una huella polvorienta de un zapato. Otra está casi cortada en dos.

Adele sujeta las fotografías y las apoya contra su pecho.

—Gracias —dice, antes de extraer del bolsillo una bolsita de sal y salvia—. Debería devolvértela —agrega extendiéndola hacia mí.

—Consévala —musito.

—Mejor —añade Jacob olfateando.

Adele sonrío y guarda la bolsita.

—Supongo que ha llegado el momento de decir adiós —comento.

—No —corrige Adele—. *À bientôt*.

—¿Eso qué quiere decir?

—Hasta pronto.

Adele sonrío y tengo el extraño presentimiento de que tiene razón.



Encuentro a mis padres en la acera de enfrente, sentados en una terraza bebiendo café con *croissants*. Jacob camina un paso más atrás de mí. Ha estado callado toda la mañana.

Aunque en realidad ha estado callado desde anoche en las Catacumbas. Incluso desde antes de eso. Sé que puede escucharme mientras me estoy preguntando y preocupando por su silencio, pero no me ofrece una respuesta y me obligo a no preguntar. Me contará qué le pasa cuando esté listo. Eso espero.

Me desplomo en la silla que está frente a mis padres, y estiro la mano hacia el último trozo de *croissant* que hay en el plato de mi madre. Ella lo manotea antes que yo y se lo mete en la boca con una sonrisa traviesa. Luego me extiende una bolsa de papel con un *pain au chocolat* entero en el interior.

—*Merci* —musito con una amplia sonrisa y la boca llena.

Mi padre mira la hora en el teléfono.

—Tenemos un lugar más a donde ir.

—Pero el equipo de grabación ya se ha marchado. Pensé que ya habíamos terminado —comento confundida.

—Esto no es para el programa —explica mi madre—. Hoy no hay

Inspectros, podemos ser una familia normal.

Ante ese comentario, la boca de Jacob se retuerce en una leve sonrisa mientras susurra:

—*Paranormal*.

Capítulo veintiocho

—No puedes ir a París y no ver el Louvre —anuncia mi madre mientras cruzamos el patio del palacio—. Está prohibido.

Allí es adónde vamos: al Louvre, el gran museo identificado por la pirámide de cristal, que se encuentra al final de las Tullerías.

Este lugar es *inmenso*. Hay alas enteras dedicadas a distintos países, distintas épocas. Hay estatuas y cuadros, tapices y mosaicos, esculturas y antigüedades. Fragmentos del pasado. Para ver todo necesitaríamos semanas, quizás años, pero solo tenemos un par de horas, así que saltamos de un sector a otro con todos los demás turistas. En una sala, una gran multitud está reunida alrededor de un cuadro minúsculo y, cuando nos acercamos lo suficiente, veo que es la *Mona Lisa*, también conocido como *La Gioconda*. Siempre pensé que sería más grande.

Jacob camina cerca de mí, sin mirar la pintura sino más allá de ella, a través de ella, hacia otro lado. Por centésima vez, desearía poder leer su mente como él lee la mía. Desearía tener el coraje de preguntarle qué está pensando, sabiendo que es probable que no me lo diga.

Mientras descendemos, puedo sentir el *tap-tap-tap* de los fantasmas. El Velo ondea a mi alrededor, pero no es hasta que llegamos al sector de Egipto que descubro por qué.

—¿Ves esas marcas? —pregunta mi madre cuando señala el interior de un sarcófago—. Son de las uñas de una persona. —Mueve los dedos—. Significa que la enterraron *antes* de morir.

—Nop —murmura Jacob y no puedo menos que estar de acuerdo con él. Me siento agradecida cuando avanzamos hacia una sala con estatuas de mármol.

—Es importante cuidar el pasado —reflexiona mi padre mientras atravesamos las salas y las exhibiciones—. Revisarlo para estudiar y aprender. Entender el pasado nos ayuda a movernos por el presente y

descubrir el futuro.

Y recordar el pasado nos ayuda a seguir adelante, pienso. Nos ayuda a dejar ir.

Jacob comienza a demorarse, primero un paso, luego dos. Hasta que miro por encima del hombro y veo que ya no está. Mis padres, tomados del brazo, se detienen a examinar una estatua y yo me alejo de ellos, prometiendo que regresaré enseguida. Por una vez, me dejan ir.

Encuentro a Jacob sentado en un banco, al otro lado del salón. Está observando un trozo de piedra que se encuentra adentro de una vitrina, las tallas de la cara completamente desgastadas.

—Hola —le digo y me coloco a su lado.

—Hola —repite manteniendo la mirada hacia adelante.

Permanece callado un momento prolongado y luego exhala una trémula bocanada de aire.

—Cass —comenta lentamente—. Estoy listo para contártelo.

—¿Contarme qué?

—Lo que me pasó.

Me envaró. Yo siempre he *querido* saberlo, pero también acepté el hecho de que Jacob no quisiera compartirlo conmigo. No podía culparlo por eso, en serio... ¿quién quiere pensar en la forma en que murió, en lo que perdió?

—¿Estás seguro?

Su voz, cuando contesta, es tan baja que apenas lo escucho.

—Sí.

Cuando se mira las manos apoyadas sobre las rodillas, ambos vemos la forma en que sus dedos descansan sobre los vaqueros. Ya no es transparente como solía ser.

—Jacob —comienzo a decir—, si no estás listo, no tienes que...

Pero me interrumpes.

—Todavía lo recuerdo. Pero también sé que la única diferencia entre Thomas y yo es el hecho de que yo todavía no he olvidado.

—Pero esa no es la única diferencia —le recuerdo—. Tú también me tienes a mí.

—Exacto —admite Jacob—. Por eso te lo voy a decir. Para que, si alguna vez empiezo a olvidarlo, puedas ayudarme a recordar.

—De acuerdo —acepto y lanzo una temblorosa bocanada de aire—. Te escucho.

Se pasa las dos manos por el pelo y las entrelaza detrás de la cabeza. Es una pose que le he visto cientos de veces, pero su rostro nunca tuvo este aspecto. Serio y triste.

No puedo dejar de recordar al muchacho que vi en los fragmentos de cristal, la otra versión de Jacob, perdido, gris y difuso. Pero este Jacob es distinto. Está a mi lado, los ojos cerrados, el ceño fruncido, todo el cuerpo tenso ante la verdad, incluso mientras la relata.

—Ellis Hale.

—¿Quién es ese? —pregunto.

—Yo. —Sus ojos se abren despacio—. Digo, es mi nombre completo, el resto. Jacob Ellis Hale.

Jacob Ellis Hale.

Es muy extraño, pero el segundo nombre y el apellido, le dan una apariencia... real. Lo cual es una locura, porque Jacob siempre fue real para mí. Pero también es cierto que solo lo conocí como es ahora, con su pelo rubio y desordenado, su camiseta de superhéroe y sus vaqueros, constante, inalterable...

—Muerto —concluye por mí.

Es la primera vez que lo escucho utilizar esa palabra, y arruga un poco la

cara mientras la pronuncia, como si tuviera feo sabor.

—Nací en Strathclyde, al norte de Nueva York, pero nos mudamos a Landing cuando tenía ocho años.

Landing: es la ciudad que está justo al lado de la mía, al otro lado del río.

—Ochocientos cincuenta y siete días. Es el tiempo que pasó desde que sucedió, si llevas la cuenta. Cosa que yo hago.

No tengo que decirle que yo también llevo la cuenta, que cuento cada día desde que (casi) me ahogué. Para mí, ese número es trescientos noventa y dos. Y ni siquiera estoy muy segura de que quiera llevar la cuenta; pero, cuando me despierto cada día, lo sé.

Y con respecto a Jacob, hago la cuenta en mi cabeza, o al menos lo intento (nunca fui muy buena en matemática) y todavía estoy intentando dividir por dos cuando dice:

—Dos años y medio.

Dos años y medio.

Eso significa que, si él todavía estuviera vivo, tendría casi quince años. Yo sabía que era mayor que yo... tenía que serlo. Después de todo, tenemos casi la misma edad, pero él murió antes de que yo me ahogara.

—Si sirve de algo —aclara—, yo no me *siento* más mayor. Tal vez tenga que ver con eso de ser un fantasma.

—Tal vez los chicos maduran con más lentitud —bromeo.

Jacob sonrío ligeramente.

—Lo siento —digo—. Continúa.

Respira despacio para calmarse.

—Bueno, mis hermanos y yo...

Hermanos. Familia. Mi mente vuela hacia Thomas y Richard, a la extraña carga que ha estado flotando en el aire alrededor de Jacob desde que averiguamos la verdad sobre la historia de Thomas.

—¿Tienes hermanos?

—Sí. —Una luz rara asoma en sus ojos. Su sonrisa es triste y dulce al mismo tiempo—. Uno mayor y uno menor. Matthew, que tenía dieciséis, así que imagino que ahora es más mayor. Probablemente ya esté en la universidad. Y Kit, bueno, Kit me volvía loco. Tenía solo siete cuando...

Jacob lanza una suave bocanada de aire y luego inhala profundamente, como si estuviera a punto de sumergirse en aguas profundas.

—Kit tenía un muñeco que le encantaba, Skull de *Skull and Bone* (Calavera y Hueso). Yo se lo regalé para su cumpleaños cuando cumplió siete y lo llevaba a todos lados. Al colegio, a la cama. Hasta a la ducha. —Ríe por lo bajo—. Así que estábamos en el río y, como era de esperar, Kit tenía el muñeco. Yo le dije que no lo metiera en el agua. Le dije que lo perdería. Pero los hermanos pequeños... —Menea la cabeza—. No siempre escuchan. Bastó una buena ola para que Kit perdiera ese estúpido juguete.

»Yo estaba nadando cuando sucedió. Subí a tomar aire y lo vi sentado en la orilla, sollozando. Salí pensando que se habría hecho daño o algo parecido. Estaba muy enfadado. Tuvo una rabieta terrible. Entonces yo hice lo que tenía que hacer: me metí otra vez en el río.

Mientras habla, cierro los ojos y es raro, pero juro que puedo verlo: el río, fluyendo rápidamente en el verano. El hermanito de Jacob, las rodillas apoyadas en la orilla. No sé si es mi imaginación o porque estamos conectados, pero esta es la primera vez que nuestra conexión mental funciona en los dos sentidos.

La primera vez que veo dentro de la cabeza de Jacob.

La primera vez que me permite hacerlo.

—El muñeco era pesado —explica—. Tenía unas pesas para que pudieras hacerlo caminar por el fondo de una bañera, ese tipo de cosa. Así que me imaginé que debía estar en el fondo del río. Me zambullí tres o cuatro veces

antes de verlo, pero cuando me sumergí para agarrarlo, estaba encajado debajo de un palo o algo parecido. Tardé unos segundos en desengancharlo y casi lo tenía cuando... —Se aclara la garganta—. No sé, Cass. Aun hoy realmente no lo sé. La corriente se volvió más rápida. A veces, sucedía eso. Sacudía rocas y troncos, los lanzaba violentamente por el lecho del río. Lo único que sé es que algo me golpeó, algo duro, y el mundo simplemente... se detuvo.

Jacob traga con fuerza.

—Y eso fue todo.

Cuatro pequeñas palabras.

La diferencia entre la vida y la muerte. Mi cabeza da vueltas, se tambalea. No sé qué decir, pero tengo que decir algo, pero también sé que no es una buena idea decir algo como *lo siento*.

Yo solo he conocido al Fantasma Jacob. Eso quiere decir que solo he conocido a Jacob desde el momento en que entró en *mi* historia. No pensé mucho en que tuviera una historia propia. Una vida completa, por más corta que fuera, antes de que nos entrecruzáramos, antes de que se convirtiera en mi mejor amigo.

Ahora es como si estuviera rellenándose frente a mí, volviéndose macizo. Vivo.

—¿Alguna vez intentaste regresar a ellos? —susurro.

—¿Estás preguntándome si me aparecí a mi familia? —Jacob aprieta los dientes—. No. Yo... no podía. Al principio, no. No podía irme del río.

Claro. Era su Velo.

—Y más tarde, después de que te conociera, *pude* irme del río... tuve... creo que tuve miedo de verlos y no estar con ellos. Tuve miedo de que fuera demasiado doloroso. Tuve miedo de quedarme atrapado allí, como el Espejo de Erisorn.

—Erised —acoto, conteniendo la risa. Es el espejo de Harry Potter que les muestra a las personas lo que más quieren, pero Dumbledore le advirtió a Harry que la gente podía perderse frente a él.

Jacob logra esbozar una pequeña sonrisa.

—Sí, eso. —Baja la mirada—. Debería leer esos libros.

—Deberías.

A continuación, los dos nos quedamos callados.

Jacob terminó de hablar y yo no sé qué decir. Me entristece no haberlo sabido antes. Me alegra saberlo ahora. Que me haya confiado esto, su pasado, su verdad, los fragmentos que, sumados, conforman a Jacob. Y pase lo que pase, no permitiré que olvide quién era, quién es. Lo que significa para mí.

Me apoyo contra él hasta que el aire se difumina entre nuestros hombros y, esta vez, cuando siento una mínima resistencia de su cuerpo contra el mío, no siento miedo.

Te llamas Jacob Ellis Hale, pienso. Naciste en Strathclyde, Nueva York. Hace dos años y medio, te zambulliste en el río y, el año pasado, me sacaste de él.

Eres mi mejor amigo.

En la vida y en la muerte.

Y en todo lo que hay en el medio.

Capítulo veintinueve

Pauline nos está esperando cuando regresamos al hotel, sentada en un sillón mullido junto a nuestro equipaje y el transportín de Grim.

Al vernos, se pone de pie, elegante como nunca con un conjunto blanco y tacones oscuros. Me extiende un pequeño paquete: mis fotos, reveladas por su padre.

—Monsieur Deschamp te manda saludos —señala—. Dice que tienes un ojo especial y que debes haber usado técnicas ingeniosas para lograr los efectos conseguidos.

Aprieto el sobre contra el pecho. La verdad es que no tengo la menor idea de si mi cámara todavía funciona, si la magia está situada en una parte específica, como el lente original que perdí. O si es especial porque es mía.

Hay una sola forma de averiguarlo.

Miro las fotos mientras mis padres hacen los trámites para dejar el hotel.

Entre las «normales», hay una de ellos en las Tullerías de la primera noche en París, la feria alzándose en el fondo, la luz difuminándose débilmente, de modo que parece fuego. Luego hay otra de ellos dos en una calle angosta admirando una vidriera llena de *macarons*. El equipo preparándose entre las criptas de Père Lachaise y mi madre en un banco, las manos extendidas mientras habla en el Jardín de Luxemburgo. La ópera, con su resplandeciente araña antes de caer. Una foto de Adele sonriendo ampliamente alrededor del palito blanco de la piruleta, de camino a Notre Dame. Y, por supuesto, nuestro primer viaje a las Catacumbas, la galería vacía que conduce a las tumbas y después los túneles y túneles de huesos.

Estoy orgullosa de estas fotografías. Son exactamente lo que mis padres me pidieron, una mirada detrás de las cámaras, de la cocina de un programa.

Pero las fotos paranormales, las que hice al *otro* lado del Velo, son algo distinto. Algo más. Yo temía que la lente nueva no funcionara, pero está

claro que la magia de mi cámara no se debe a ninguna de sus piezas en especial.

En todo caso, las imágenes se están volviendo más nítidas.

Las Tullerías, las Catacumbas, el cementerio de Père Lachaise: aparecen en tonalidades fantasmales de gris, las imágenes difusas, subexpuestas pero visibles. El palacio, delineado en blanco por el calor ardiente del fuego. Los túneles, oscuros salvo por el débil resplandor de un farol, la mirada vacía de una calavera.

También está la serie de tomas que hice desde la ventana de la habitación del hotel cuando Thomas apareció abajo, en la calle. Lo recuerdo vívidamente, los ojos rojos inclinados hacia arriba. En la fotografía, sin embargo, la calle se ve vacía, la acera marcada por el fantasma de un fantasma de un fantasma, una sombra contra las sombras, tan débil que nadie más lo notaría.

Y luego viene la foto que le hice a Jacob sentado encima del ángel roto en Père Lachaise. En blanco y negro, la estatua es impresionante, pero el aire encima del hombro no está vacío en absoluto. En cambio, se curva como el humo de una vela, como la imagen persistente de un flash al parpadear, moviéndose sigilosamente por las ramas manchadas entre la lápida y el cielo.

Traza la forma de un niño, una rodilla levantada, la cara capturada en el movimiento de darse la vuelta.

No queda duda, Jacob también se está volviendo más nítido.

Avanza hacia mí y guardo las fotografías en el sobre antes de que llegue. Pauline también se acerca y me da dos besos, uno en cada mejilla.

—Me ha dado mucho gusto conocerte, Cassidy.

—Bueno, Pauline —pregunta mi padre—, ¿hemos logrado que creas en fantasmas?

La joven me echa una mirada, en su boca se va dibujando una pequeña sonrisa.

—Tal vez —responde—. Debo admitir que, en este mundo, las cosas no siempre son lo que parecen.

Juntamos nuestras cosas, nos despedimos del Hotel Valeur (y de la recepcionista, que parece particularmente contenta al ver que nos marchamos) y salimos al sol de París.

Mientras nos dirigimos al metro, no evito que mis ojos bajen a la acera y recuerde cuánta historia, cuántos secretos están sepultados bajo nuestros pies.

—Si tuvieras que resumir a París en una sola palabra —pregunta mi madre—, ¿cuál sería?

Mi padre reflexiona unos segundos y luego contesta:

—Avasallante.

—Encantada —replica mi madre.

—Embrujada —propone Jacob secamente.

Pienso un momento y finalmente encuentro la palabra perfecta.

—Inolvidable.



Mientras esperamos el tren que nos llevará al aeropuerto, Jacob deambula de un lado a otro del andén. Se divierte haciendo rebotar el globo de un niño, colocando la mano sobre el amplificador de un músico que toca la guitarra apoyado contra una columna. Parece más feliz, más liviano, después de contar su historia. Yo me siento un poco más pesada después de escucharla, pero está bien. Así funciona la amistad: aprendes a compartir la carga.

Meto las manos en los bolsillos de los vaqueros y siento algo duro y

cuadrado. Lo saco y me quedo congelada. Es la tarjeta de datos que robé del maletín de grabación, cuya etiqueta dice CAT, por Catacumbas. Me late con fuerza el corazón mientras miro a mis padres, que están hablando a pocos metros de mí. Camino hasta el cubo de basura más cercano y arrojó la tarjeta.

Es en ese momento cuando noto la presencia de un hombre.

Se encuentra en el andén de enfrente, el hueco de las vías nos separa, y lo primero que noto es lo inmóvil que está en medio del mar de gente.

Es una sombra delgada en un traje negro. Lleva guantes blancos y un sombrero de ala ancha que le cubre el rostro.

Hasta que alza la cabeza y descubro que no es un rostro sino una máscara, lisa y blanca como los huesos. Y un escalofrío me atraviesa, porque el contorno y los ángulos son los mismos que vi miles de veces abajo, en las Catacumbas.

La máscara es una calavera.

En algún lugar, detrás de las cuencas abiertas, debe haber ojos, pero no puedo verlos. Es como si llevara una segunda máscara debajo de la primera, completamente negra, que borra todos sus rasgos.

Mis dedos se dirigen a la cámara, que cuelga de mi cuello. No puedo apartar los ojos de él.

Parece tan fuera de lugar en medio de los turistas con sus maletas y su ropa de verano que, al principio, pienso que debe ser un artista callejero, uno de esos que permanecen completamente quietos hasta que arrojas una moneda en su cuenco. Pero si está actuando, nadie parece notarlo. De hecho, la gente del andén se mueve alrededor de él como el agua alrededor de una roca. Como si no lo *vieran*.

Pero yo sí.

—Jacob —susurro, pero está muy lejos.

Levanto la cámara para hacer una foto, pero, al hacerlo, el hombre me mira. Lleva una mano enguantada a la máscara y, de pronto, no puedo moverme. Mis miembros están congelados, mis piernas son un peso muerto y, mientras se quita la máscara del rostro, lo único que veo es oscuridad.

Mi vista titila y mis pulmones se inundan de agua fría.

El metro desaparece, el andén se desploma bajo mis pies y me hundo velozmente en la helada oscuridad.



Todo ha desaparecido.

Y, en un instante, regresa otra vez. El mundo se llena de sonidos, de voces preocupadas, de luz fluorescente. Estoy en el suelo, jadeando y siento que estoy a punto de escupir agua de río. Pero no hay más que aire y la superficie dura y fría del andén debajo de mí.

Jacob está arrodillado de un lado y mi padre en el otro, ayudándome a incorporarme. Mi madre está marcando un número en el teléfono, la cara llena de miedo. Nunca la he visto asustada. Seriamente asustada. Otras personas comienzan a congregarse alrededor murmurando por lo bajo en francés y me sonrojo, súbitamente cohibida.

—¿Qué ha pasado? —pregunto.

—Te has desmayado —responde mi padre.

—Te desplomaste como una piedra —agrega Jacob.

Como si el suelo hubiera desaparecido.

Como si estuviera cayendo.

—No hay señal —musita mi madre, los ojos cristalinos por las lágrimas.

—Creo que ya se ha recuperado —comenta mi padre, mientras coloca la mano en el brazo de ella antes de volverse otra vez hacia mí—. Hija, ¿te encuentras bien?

Me pongo de pie y mi madre me envuelve entre sus brazos. Dedico los siguientes minutos a convencer a mis padres (y a Jacob) de que estoy bien, que solo ha sido un mareo, que estoy más avergonzada que herida. Y esa última parte, al menos, es cierta. Tengo un ligero dolor en el lugar en donde mi rodilla ha chocado contra el suelo y un mal presentimiento en el pecho.

Entonces recuerdo. Me pongo rígida, mis ojos regresan instantáneamente al lugar en el que se encontraba la sombra, en el andén de enfrente. Pero el hombre de traje negro, sombrero de ala ancha y máscara de calavera ya no está.

Trago con fuerza, el sabor del río todavía en la garganta. Jacob sigue mi mirada a través del andén, leyendo mis pensamientos, mis preguntas.

¿Lo viste?, pregunto.

Jacob niega con la cabeza. ¿Quién era?

Yo... no estoy segura.

Pero quienquiera que fuera, ya no está, y tampoco la leve sensación de mareo. Y sí, ha sido extraño. Pero no es lo más extraño que me ha sucedido este año... ni este mes... ni esta semana.

Mis padres continúan examinándome, lanzándome miradas nerviosas, preparados para agarrarme si me caigo. Pero ahora me siento bien. De verdad. Hago una nota mental de contárselo más tarde a Lara.

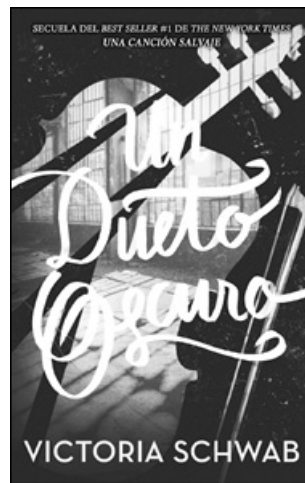
Para cuando el tren llega a la estación, todo parece haber sido un sueño lejano, tan tonto como extraño. Lo relego al fondo de mi mente mientras se abren las puertas de los vagones y subimos. La familia Blake: un padre, una madre, una chica que ve fantasmas, su mejor amigo muerto y un gato más bien descontento.

Jacob se sienta sobre una maleta, yo me apoyo contra mi madre y mi padre coloca una mano sobre mi cabeza mientras las puertas del tren se cierran sobre el andén y sobre París.

El tren sale de la estación y se mete en el túnel oscuro. Coloco la cámara en el hombro, nerviosa por ver qué sucederá a continuación.

¿TE GUSTÓ ESTE LIBRO?

ENTONCES, TIENES QUE LEER LAS OTRAS NOVELAS DE VICTORIA SCHWAB.





**¿TE GUSTÓ
ESTE LIBRO?**

Escribenos a

puck@edicionesurano.com

y cuéntanos tu opinión.

ESPAÑA



/MundoPuck



/Puck_Ed



/Puck.Ed

LATINOAMÉRICA



/PuckLatam



/PuckEditorial

¡Gracias por vivir otra
#EXPERIENCIAPUCK!

» PUCK «